

# ESTAMPAS Y ENSAYOS

*por*

RAUL SILVA CASTRO

Tierra Firme

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

RAÚL SILVA CASTRO

# ESTAMPAS Y ENSAYOS

HISTORIA DE LAS IDEAS EN AMÉRICA

*Tierra*



*Firme*

COLECCIÓN TIERRA FIRME

---

ESTAMPAS Y ENSAYOS

IX

Esta serie relativa a la Historia de las Ideas en América se publica en virtud de la cooperación establecida entre la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y el Fondo de Cultura Económica.

Las ideas e interpretaciones en ella contenidas pertenecen a sus autores y corren bajo la responsabilidad de los mismos. Dicha Historia no tiene, por lo tanto, ningún carácter oficial. La Comisión de Historia interviene en esta obra únicamente como agente promovedor del proyecto, pero la elaboración de éste queda enteramente a cargo de los hombres de ciencia de América.

RAÚL SILVA CASTRO

# Estampas y ensayos



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
MÉXICO

24669

Primera edición, 1968

D. R. © 1968 FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
Av. de la Universidad 975, México 12, D. F.

*Impreso en México*

ESTAMPAS LITERARIAS

## CIEN AÑOS DE MARTÍN RIVAS

LA PUBLICACIÓN de *Martín Rivas* iniciada en *La Voz de Chile*, el diario de los hermanos Matta, el día 7 de mayo de 1862, se prolongó hasta avanzado ya el mes de julio. Poco después, la composición tipográfica, reservada para el caso, permitía editar el libro. Otoño e invierno, grandes fríos, odiosas lluvias que emporcaban las calles de la ciudad, y en medio de resfríos, estornudos y romadizos, a medias temperados con tazas de tilo y gruesas bufandas y mucho rebozo en las camas, la única nota fresca y saludable era aquella novela, que hacía pensar e incitaba a leer. Decía Alberto Blest Gana, su autor, que habiendo sido suspendida alguna vez, por pocos días, la publicación, llovieron cartas sobre los editores del periódico para pedirles que cuanto antes fuese reiniciada. La curiosidad de lo nuevo había comenzado a producir sus efectos. *Martín Rivas*, el héroe novelesco, iniciaba su carrera de cien años y a la cual, por lo tanto, podemos contemplar con la perspectiva de la historia.

Es evidente que en sus días la obra fue leída con el ánimo del fisgoneo, como cuando se dirigen miradas a las cartas ajenas y se atisba tras los postigos entornados y las puertas entreabiertas de las casas. . .

La sociedad chilena es todavía muy poco complicada —decía, en 1860, José Victorino Lastarria—. Los habitantes visibles de cada una de nuestras ciudades, incluso Santiago, la gran capital de cien mil almas, se conocen personalmente unos a otros. . .<sup>1</sup>

Martín Rivas, claro está, mozo de pocos años, nacido en la provincia, no podía pasar inadvertido por su continente algo zurdo; y mucho menos desde el momento en que se fue a vivir a casa de su protector, don Dámaso Encina, que encaramado en sus millones y en tal cual blasón nobiliario, podía recibir de todos el epíteto empleado por Lastarria: era hombre *visible*, y aun ostensible, y nada de cuanto hiciera podía pasar en silencio.

Pero el que haya una clave en la novela y el que fuese ella, precisamente, la que la hizo popular en sus días, poco en común

<sup>1</sup> José Victorino Lastarria en su informe sobre *La aritmética en el amor*, fecha 2 de noviembre de 1860. Este informe puede leerse ahora en *Cien años de la novela chilena*, por Raúl Silva Castro, 1961, Santiago de Chile, pp. 29-35. El fragmento citado se lee a la p. 31.

tiene con nuestro interés presente. No hay clave que dure cien años, y sin embargo la vieja novela sigue conquistando lectores. Es posible que el crítico literario haya dicho sobre ella la última palabra, pero ¿podría avanzarse lo mismo del sociólogo, del historiador de las costumbres, del moralista? No lo creo así, y por eso aprovecho esta coyuntura del primer centenario de *Martín Rivas*, novela chilena, para recordar primero la fecha, y además algunos de los lazos íntimos que guardan los chilenos de hoy con los de ayer, a través de las jugosas páginas de la novela.

Desde luego, nótese bien lo que digo: jugosas páginas, aun cuando no admiremos en ellas los mismos tesoros literarios que han hecho inmortal a Cervantes, sino otros, los que corresponden a nuestro medio y a nuestro ambiente. Para probar que esas páginas merecen tales calificativos nos basta volver la mirada en torno. ¿Qué vemos? La sorprendente ciudad de cien mil almas, que tanto admiraba a Lastarria, cuenta hoy largo más de un millón, y el país mismo ha pasado de los ocho millones. La gente visible de ayer no tiene ya el monopolio de la curiosidad pública, y casi podría decirse que hoy antes que pavonearse, orgullosa, procura pasar inadvertida. En lo demás, casi todo sigue idéntico a lo de un siglo antes: cada año, miles de jóvenes salen de la provincia para irse a educar o cultivar en Santiago. En la capital corren aventuras, fracasan, surgen, se curten en las asechanzas de la batalla de la vida, aspiran, renuncian, siguen su camino, y mientras de entre esos miles no pocos quedan tirados a la orilla del sendero como despojos, otros triunfan y llevan a cabo sus ensueños. Esta migración interna, llamada a renovar las fuerzas sociales de Santiago y de Chile, la representa a maravilla el viejo y ya inmortal *Martín Rivas*.

Carácter saliente de *Martín Rivas* es también la forma dinámica en que el autor logra presentar la psicología de su héroe. Todo parecía llamado a contrariar este sesgo, que contribuye como ningún otro rasgo a dar ritmo a la creación. *Martín Rivas* aparece en la capital como uno de tantos provincianos, cortos de palabra, respetuosos, algo aturullados ante el despliegue de costumbres a que no estaban familiarizados en su provincia natal, y en los primeros capítulos de la novela así se mantiene, como si ligaduras invisibles le ataran el paso y el ademán. Pero una evolución se produce, y en ella reside, al parecer, la gran fuerza moral de la obra. En contraste con el ambiente por donde se asoma, la fuerza anímica de *Martín Rivas* no se somete o abdicada, sino que se enriquece. En sucesivos lances, el provinciano

tímido y corto se convierte en ser astuto, que discurre a solas y actúa con vigor irrefrenable cuando se ha convencido de que procede actuar. Prevé, se adelanta a los conflictos, resuelve situaciones difíciles, se compromete. No es ya títere que los demás moverán a través de hilos suspendidos en el aire, sino hombre recio, altivo, incapaz de seguir la norma ajena y apto, sin duda, para imponer la suya a cuantos le rodean.

El lector ve o vislumbra este tránsito, y se extasía ante los resultados. Alguna vez, seguramente, querrá que las peripecias se tornen más riesgosas, para ver cómo reacciona su héroe; y cuando advierte que éste no cesa ni se amilana, termina por tributarle el silencioso homenaje de su admiración. Martín Rivas no es sólo un hombre —como diría Unamuno—, sino que se hace hombre en la lucha, se retiempla y adquiere nuevas luces de la experiencia ajena y, principalmente, de la propia.

Debe notarse, al paso, que hay países de inmigración donde este proceso renovado de adaptación social se cumple con gente de fuera, es decir, de otras nacionalidades, cuya mezcla forma tipos demográficos nuevos. Pero la actitud psicológica en un caso y en el otro es la misma. Siempre quien deja su tierra para afincarse en otra es un hombre bien bragado, atraído por la novedad, capaz de soportar hambre y frío, convencido de su propio valer, sin miedo al futuro ni a la vida misma, esencialmente optimista, pues presume que el día de mañana siempre será para él mejor que los de ayer.

Si Martín es un emigrante de su provincia natal, y un inmigrante en la ciudad a que llega, ¿qué otras condiciones le será preciso poseer? La lectura de la novela va señalándolas una por una, en forma de lances o episodios, donde entran a obrar graves pasiones (el amor, el odio, los celos), ya mediocres y subalternos sentimientos (la envidia, la venganza), amasijo psicológico en medio del cual sólo el imperturbable Martín conserva la cabeza fría, tanto para sobrenadar él como para ayudar a que sobresalgan entre los demás quienes a su juicio lo merecen. Este juego de alternativas apasiona tanto, aparece tan vivamente representado y encarnado en seres humanos semejantes a nosotros, que hoy, al cabo de cien años justos, nos sugiere que *Martín Rivas* apenas ha iniciado su carrera, y que en lo futuro seguirán los chilenos leyéndolo y admirándolo.

En sustancia, y a riesgo de anticipar observaciones que sería procedente reservar para más tarde, suponemos que en las facciones morales de Martín Rivas se reconocen algunos de los mu-

chos jóvenes chilenos emigrados de su provincia para conquistar en Santiago algo que allá no podían lograr.

El Martín Rivas de 1850 llegaba a Santiago desde su rincón, donde su padre trabajaba en las minas, con la aspiración de estudiar leyes para obtener, en fin, el título de abogado. No era elegante. Las botas de becerro denunciaban su escasa noción del bien vestir, y en su indumentaria quedaban rasgos anticuados y rancios. Antes de matricularse en las clases, ya Martín hubo de aceptar que para no pasar al nivel de lo ridículo, en la capital era necesario vestirse bien. La vieja noción de que el hábito no hace al monje es tan errónea y tan absurda, a pesar de lo mucho que se la cita, que en todos los países de inmigración se ve, por lo contrario, bien presentada a la gente. La adaptación del muchacho al nuevo ambiente comenzó, como era previsible, desde afuera.

Pero así como se reciben golpes, se dan. En las clases, rodeado de jóvenes que le miraban como a forastero, con abierta impertinencia de modales, Martín Rivas reveló su entereza, la cual a veces suele parecer simple altanería, al declarar que no toleraría lecciones sino de su profesor y en la materia de sus estudios. ¿Es verdad esto? Yo creo que no, y como me parece un error de Blest Gana y una falla en su obra y como estamos de balance, con motivo del centenario, no vacilo en decirlo. En la vida, todos nos estamos indefinidamente reprendiendo y tachando, y aun sin quererlo damos lecciones, sin ser profesores, y consejos, inclusive no pedidos. Por lo demás, este altivo Martín Rivas, que tan gallardamente quería mostrarse frente a sus compañeros del Instituto Nacional, dentro de la propia novela, semanas después va aceptando, como revela su conducta, los consejos de sus amigos y las lecciones, impalpables e invisibles, de quienes le rodean. Sólo de la vía podríamos decir que cambia. Por la vía directa, haciendo uno de *magister* y el otro de aprendiz, es posible que el segundo se rebele; pero indirectamente, en forma alusiva y discreta, quien puede enseñar algo a los demás lo enseña, por mucho que se proponga conservarse en silencio y hacerse la mosca muerta.

Ya en esos primeros pliegos podemos ver, pues, que la vida es una lucha, una batalla, un combate, donde hay que exponerse y donde, en fin, quien no se arriesga no pasa el río, o, como decía Pedro de Valdivia, el conquistador de Chile, donde no se

pueden pescar truchas a bragas enjutas.<sup>2</sup> Si Martín hubiera carecido de vitalidad, habría abandonado esa pugna; confiando menos en sus fuerzas, habría abdicado. Pero si quienes dejan el suelo natal renuncian a algo, parece que renuncian primero a la idea de retirarse del sitio al cual aspiran. De allí que, a veces, quien logra triunfar en su carrera suele darnos la impresión de estar demasiado satisfecho de sí mismo, como Narciso, el que se extasiaba contemplando sus bellas formas en las aguas de la fuente. Nadie ha visto a Martín Rivas pletórico, rodeado de sus hijos, muy rico, respetado, influyente, al cabo de varios años de plácido matrimonio con Leonor Encina; pero es probable que los cabellos blancos le trajeran a él la impresión de que el haber tenido tales logros implicaba el ser, en algunas cosas por lo menos, infalible. De la personalidad afirmativa a la personalidad que mira de alto abajo al género humano, hay muy breve trecho.

Gran talento del novelista ha sido, pues, suspender su relato cuando para Martín comienza la vida de las responsabilidades, cuando se acaba de casar, cuando la etapa de la prueba y de los contrastes podía darse por terminada. De este modo, podemos suponer cambios, deslizamientos, en virtud de los cuales Martín no exagere demasiado la satisfacción de su propio triunfo y no se sienta envanecido al ver a sus pies, "en la gran capital", a unos cuantos seres que poco antes habrían ignorado fácilmente su existencia.

La bullente agitación juvenil que palpamos en esta novela, con muchachos idealistas reunidos en la Sociedad de la Igualdad, con chicas de *medio pelo*, querendonas, condescendientes y sumisas, con intrigas y carreras nocturnas, saraos y tertulias, con viejos que juegan malilla y tosen, y mujeres sentimentales que se creen incomprendidas de sus padres primero y de sus maridos después, esa existencia cuya escena física podemos seguir, paso a paso, en el plano de Santiago, es lo mejor que nos ofrece la novela chilena dada la época de su composición y atendida la dificultad de hacer relatos novelescos en esa hora harto prematura de nuestra historia. En años sucesivos el material disponible ha sido más rico, y ha menguado, correlativamente, la posibilidad de que la novela parezca indiscreta, y la emulación ha contribuido a aguzar los ingenios. Pero en su hora, hace

<sup>2</sup> Pedro de Valdivia, el conquistador de Chile, en sus Cartas dirigidas al emperador Carlos V para darle cuenta de sus hazañas.

cien años, atendidas las limitaciones del medio social, psicológico y literario, no se podía ir más lejos.

Por lo demás, debe notarse que ni siquiera la experiencia personal de las cosas, salvo detalles, iba en ayuda de *Blest Gana*. Él no era provinciano sino santiaguino, de modo que nunca hubo de atravesar la ciudad como forastero, ni jamás pudo mirarla como presa para su garra abierta por el apetito de triunfar. No vivió espoleado por necesidades apremiantes, ni tuvo que darse a conocer como advenedizo. Al revés de *Martín Rivas*, su existencia discurrió entre carriles tendidos de antemano, en un ambiente blando, lleno de sonrisas, donde quienes no eran tíos y primos suyos eran amigos de la infancia. Era él, desde luego, primero, hijo de su padre, hombre visible en toda la extensión de la palabra, y en seguida, ya adulto, hombre de nota, pues era capaz de escribir; y este talento, aun cuando no dé todas las satisfacciones de la fortuna, equivale muchas veces a ésta y aun la supera, si quien lo lleva acepta que la vida no da siempre todo lo que promete y, en cambio, entrega no poco que jamás prometió.

Frente al singular logro de esta novela, que al cabo de una centuria disfruta de la misma popularidad de los primeros días, cabe preguntarse, en fin, si *Blest Gana* pretendió poner en ella sólo la vibración de la realidad inmediata, o si divisó algo más entre los atributos de ésta. El problema no es en absoluto baladí. La más exigente crítica literaria está ya acorde en aceptar que con *Martín Rivas* la novela hispanoamericana da un gran paso de avance, y se decide a olvidar la idealización positiva, para encarar el grave compromiso de representar, a lo *Balzac*, la vida común y corriente de los hombres reunidos en sociedad, sin ningún aderezo preconcebido. Hasta esos días, al revés, la novela había solido entenderse como pretexto para consideraciones ajenas a la realidad cotidiana.

Pero que nuestro *Martín Rivas* haya instalado en las letras de este continente la novela realista con todas sus exigencias, no impide que además para los chilenos, para los de casa, si recordamos que el autor fue nuestro compatriota, contenga un poderoso símbolo, una vasta alegoría, lo que, a su vez, implicaría que el autor descubrió al través de la maraña de la realidad, sutiles contactos de espíritu donde afloran las potencias de la raza y se perfilan algunos de los contornos psicológicos más permanentes y constantes de ésta.

La alegoría no es otra que la plena incorporación de *Martín*,

joven provinciano probo y austero, en un mundo más vasto y más exigente que el de su terruño, mundo donde él da a conocer, con renovada eficacia, luces y talento que le llevan a triunfar, con todo lo cual el autor sugiere que en un país centralizado, como Chile, en la capital de la nación debe ir a buscar el riesgo y la ventura aquél a quien el ambiente casero y sosegado de la provincia asfixie. La verdad de esta alegoría nos la prueba el hecho de que la capital, Santiago de Chile, está llena de provincianos, en su hora otros tantos Martín Rivas; y que si bien no todos han colmado sus ambiciones con tanta plenitud como su héroe prototípico, ni expandido su personalidad tan audazmente como pudieron soñar en días juveniles, todos, en cambio, aseguraron su pitanza en ámbito menos estrecho que el de los orígenes.

Yo no tengo el honor de ser provinciano, y en consecuencia me crié, como Blest Gana, dentro de un ambiente blando, suave, acomodaticio, que exige poquísimos a sus criaturas. Pero, en cambio, he tratado a varias docenas de jóvenes en quienes más de una vez descubrí el aliento de Martín Rivas, sea porque, de pronto, en una conversación trivial dejaban ver un ala capaz de encumbrarse y de encumbrarlos, sea porque era una garra tenaz, si bien a veces forrada de terciopelo, la que asomaba, sin querer ellos, al extremo de un brazo tendido a lo alto. Y, empedernido admirador del mérito ajeno, a todos los he admirado, pues creo que todos han contribuido y contribuyen a sostener la vida chilena en el nivel de tensión espiritual que va conquistando.

Con el aliento de *Martín Rivas* se forjan hombres recios, de temple moral elevado, a quienes las asechanzas de la vida no amilanan. En la fragua se funden igualmente piezas grandes y pequeñas, engranajes llamados a dar vueltas incansablemente y ejes que soportan sin chistar fuertes presiones, pero de todas puede igualmente decirse que revelan la nobleza del material de origen y la rectitud del proceso forjador. No es la molición la que remonta, sino la adversidad. En un camino llano se corre, sin duda, más velozmente; pero el músculo juega mejor, se ensancha, se fortifica, cuando la superficie no es lisa sino montuosa, y cuando hay que sortear baches y durezas. Quien corre por esta pista fatigosa, extenuante, llega más tarde, pero alcanza la meta con una carga de experiencia a que jamás puede aspirar el otro, el corredor de pistas suaves.

Si en Chile los poderes públicos no vivieran, por tradición,

tan divorciados de las letras, a las alturas de los cien años de existencia de esta notable novela podría auspiciarse hacer de ella una prolija y elegante edición nacional, corregida, en la cual se consideraran las variantes y las erratas que debieron producirse en las anteriores, por la precaria impresión inicial, a fin de que el libro adquiriera una forma fija, *ne varietur*, para establecer autoridad de una vez por siempre.

Pero todo esto es utópico. En Chile las letras viven como pueden, batiéndose en retirada, pidiendo de limosna un sitio para prosperar, y desde las alturas no les llega jamás una mirada auspiciosa. Es verdad que existe el Premio Nacional de Literatura; pero, en cambio, no hay ediciones nacionales de las obras. Se galardona pues al hombre, se le da un diploma como para colgarlo en el salón de su casa, se le entregan unos pesos para componer por un año su averiado presupuesto; pero nada se hace por su producción. Ni se publican los escritos inéditos, ni se recogen páginas fragmentarias y dispersas, ni se reeditan los libros agotados.

El haber cumplido cien años de existencia *Martín Rivas*, novela leída por toda suerte de lectores, nos prueba, de una parte, que es la novela chilena un órgano representativo de la vida nacional, donde podemos buscar nociones acerca del chileno como entidad psicológica y moral; y nos convence, por otra, de que la tradición literaria que nace, llamada a acrecentarse con nuevos hechos cada día, la cual terminará por ser una escuela destinada a encauzar la individualidad de los escritores del futuro, tiene allí, en esa novela, uno de sus fundamentos más sólidos. Las hay muy bien escritas, pero frías; las hay más alegres, con más personajes que entran y salen, pero suelen ser, en rescate, superficiales. Aquí, en cambio, en la ya centenaria *Martín Rivas*, se dan equilibradas las proporciones, sólida y simple la arquitectura, todo ello hasta el extremo de que los cambios de sensibilidad apenas han afectado la boga de esta novela singularísima, donde el pueblo chileno, como en la pulida lámina de un espejo, puede contemplarse cuando necesite comprobar su identidad, que sobrevive a casi todas las mudanzas acarreadas por el tiempo.

## PEDRO ANTONIO GONZÁLEZ

NOCHE de julio. Llovió en el día, y cuando, al caer la tarde, cesó la lluvia, entra a soplar un frío céfiro bajo cuya caricia en los prados húmedos cuajan pequeñas flores de hielo. Noche gélida, cruzada de vagos presentimientos. ¿Temblará? ¿Volverá la lluvia? ¿O vendrá mañana la luz radiosa de un sol recién nacido a desentumir las ramas de los árboles? Por el cielo entoldado de nubes suelen asomar, de vez en cuando, los rayos de la luna, que parecen también gélidos. Así y todo, nada se divisa en esta dura noche, calculada para castigar la paciencia.

El hombre que perezosamente marcha por la acera empapada levanta el cuello de su abrigo para protegerse del hielo que corre por el aire. Gris, casi negra, es la bufanda de lana que le circunda la garganta. La mano izquierda bulle en el bolsillo del gabán, en busca de calor, mientras la derecha sostiene el bastón, que tan pronto se arrastra por el suelo, tan pronto sigue rítmicamente el paso de su amo. Los faroles de gas iluminan a trechos su rostro, algo oscuro, mongólico, donde las cejas gruesas y el bigote largo, de guías en descenso, enmarcan las facciones. Un cigarrillo de brasa menuda descansa en los labios y presta a la boca un poco de su lumbre. En la oscuridad suele destacar, metálico, el brillo de la mirada, pero es un brillo irregular porque el estrabismo echa a los ojos cada uno por su lado. Cobra así la faz una rara asimetría y una expresión despectiva y sarcástica.

El hombre pasa por la calle de la Bandera, rumbo al norte, junto a los jardines del Congreso, empapados de lluvia, ve sin emoción la iluminada hornacina de la Catedral, y lanza distraídas ojeadas a un lado y a otro. Silencio. Sombras. En las ventanas de una casa con peldaños de mármol ante la puerta, se ven alumbradas cortinas. ¿Quién vive ahí? Parece que hay invitados, y al calor de la chimenea se conversa y se hace música. Eso es todo. Siguen las sombras, y cuando el hombre atraviesa el río por el iluminado puente de acero, nuevos soplos fríos le sorprenden en la marcha y van a su encuentro, como si quisieran detenerlo. Viajero de la sombra, va a su destino lentamente, "sobre las mudas calles desiertas de la metrópoli", con el pensamiento suspendido en las imágenes del día.

Cuando Pedro Antonio González terminó su caminata en la noche de julio, y llegó aterido a una modesta habitación de ultra Mapocho y encendió la pequeña estufa que le iba a acompañar durante el sueño, recapitulaba las últimas charlas con sus amigos. Había estado en la redacción de *La Ley*, y entre Marcial Cabrera Guerra y Ramón Liborio Carvallo iniciado no pocas censuras a las cosas de Chile. De pronto, en un aparte, Marcial le había dicho:

—Y *El proscripto* ¿cómo anda?

El poeta alegó falta de tiempo, compromisos, clases, las clases cotidianas, pero el otro, sin hacer caso de tanta protesta, insistía:

—No te disculpo; no es razonable. Hay una orden de prelación en las cosas. Primero que todo, tu obra.

Las palabras de Cabrera se hacían a veces consoladoras, para calmar la inquietud de González, siempre enderezada a lo sombrío.

—Poeta —le decía con aire caluroso y algo infantil—, “sé tu cruel melancolía”, pero alza la frente y sigue tu marcha. Estás rodeado de incompreensión, y te duele ver cómo triunfa el joven petulante e insolente que no posee una chispa de tu talento. Así es la vida. Tú, en todo caso, más feliz que ese pazguato, cuyo triunfo te aflige, eres de la familia de los genios, y eres más feliz que éstos porque dispones de tus sentidos intactos y disfrutas de buena salud. No olvides que Homero y Milton eran ciegos, que Cervantes había perdido el uso de un brazo en Lepanto y que Byron, tu adorado Lord Byron, a quien tanto admiras, andaba columpiándose en el aire, en actitud muy poco elegante, porque era cojo...

A esta altura de su discurso, las estruendosas carcajadas de Cabrera Guerra cortaban su palabra. Imaginarse a Lord Byron columpiado por el cimbrón de su cojera había despertado su fácil hilaridad. Y la risa de Cabrera Guerra, coreada al fin por el propio González, iba de oficina en oficina por el edificio del diario, donde algunos de sus colegas al oírla decían:

—Cosas del chico Cabrera, siempre alegre, siempre oportuno...

Sin quitarse las prendas que le protegían del frío, el poeta apaga el fósforo con que había encendido la estufa y se acerca a la pequeña mesa que le sirve de escritorio. Allí, en un legajo de pliegos de papel, una hoja a modo de cubierta decía: “*El proscripto*. Poema.” Lo tomó en las manos, lo atrajo a la luz, lo hojeó, como si algo buscara, y al fin lo abrió en la primera

hoja escrita. Con voz al principio informe y bien pronunciada más adelante, leyó:

A ti, caro Marcial, que tantas veces  
alas me das y aliento  
para sentirme fuerte en los reveses  
y espaciar en la luz el pensamiento;  
que, como franco amigo,  
mi mano estrechas con hidalga mano...

Y después de leer algunos versos más, de pronto encontróse mascullando:

—Bien, bien. Eso está bien.

Se detuvo. Este acto de narcisismo, tan ajeno de sus gustos y tan contrario a su criterio, que le ordenaba siempre velar por su expresión para eliminar de ella cuanto hubiera de vulgar y de barato, le pareció de pronto una adulación sin sentido. Hurgó otros papeles en la mesa, entintó la pluma para tachar una palabra que le parecía inadecuada, al asomar la vista en sus originales, y mirando la hora aceptó que era muy tarde y debía reclinarsse a dormir. Desnudo ya, sumergido en la ropa del lecho, tardó en llegar el sueño. Imágenes literarias flotaban en la oscuridad, iban y venían por entre las llamitas de la estufa y parecían irse imantadas hasta las sienes a deponer allí el silencioso testimonio de sus caricias. Adormecido, sintiendo sin angustia que la conciencia resbalaba en el sopor, perdió la noción de sí mismo hasta el día siguiente.

Su vida había sido dura. Entre los vigorosos muchachos de su rústico poblacho natal, todos aptos para cruzar ríos a nado y para domar potros sin mucho esfuerzo, él hizo desmedrado papel con sus ojos estrábicos que le impedían manejar la honda para cazar pajarillos. Y cuando creció, fue peor acaso su infelicidad. Las chicas, cuya compañía buscaba ya instintivamente, no le daban mucha atención. Es verdad que él les hablaba de las estrellas y que pretendía hacerles ver en estas figuras simbólicas, como la lira, como el cisne; pero también le notaban dominado por largos silencios, en horas y horas de mutismo, donde sólo el cigarrillo lograba hacerle desplegar los labios. Y leía demasiado. Con un libro bajo el brazo, aprovechando hasta las últimas horas del crepúsculo, no parecía necesitar otra com-

pañía. A veces, entornando las páginas del libro, dábase a repetir en voz alta lo que había repasado de sus autores favoritos.

En Santiago comenzó estudios de leyes, y más de un artículo del Código Civil hubo de aprender de memoria, a fuerza de repetirlo, para ir cumpliendo sus trámites. No se recibió de abogado, sin embargo. Cierta cortedad íntima le empujaba de modo inexorable hacia destinos menos lucidos. Unos de sus favorecedores, Juan Nepomuceno Espejo, le abrió las puertas del Instituto Nacional, donde González tuvo monótona pitanza entre los chicos pensionados y un cuartucho con cama, donde podía tenderse a dormir por las noches. Otro de sus valedores le abrió paso a un colegio de señoritas, ante quienes el poeta, desplegando a trechos el tesoro intacto de su elocuencia, explicaba las partes de la oración y difundía nociones de estética del lenguaje. La historia antigua, la historia del Renacimiento, la mitología de los griegos, le inspiraban a veces tiradas elegantes y bien pronunciadas, desplegando a la vista de las chicas extasiadas por el ritmo de la frase hermosas figuras de hombres selectos y audaces y de mujeres de estupenda belleza: "Lucrecia Borgia, tras la postrera y ardiente danza..." El poeta se exaltaba, y pronto debía reprimirse. Sus mejores instantes los reservaba para la academia del colegio, donde él, ante un auditorio tímido y pronto al aplauso, recitaba fragmentos de sus poemas. Decirlos en voz alta le ayudaba a sorprender la eventual aspereza de la forma y la debilidad o la incongruencia de la idea, y nuevas correcciones iban puliendo el manuscrito a cada nueva lectura, que se ajaba de tanto ir de las manos al bolsillo en este trajín. Estudiar, leer, dar lecciones, escribir, soñar en la gloria y verla siempre lejos, cada vez más distante, eso era todo.

Santiago tenía muchos rincones por los cuales el poeta lanzaba una mirada displicente, como el cerro de Santa Lucía, lujuriosamente dominado por las verdes frondas, y como el Parque Cousiño, con un laguito de ensueño y botes de veneciana remembranza, deleite de las noches de luna. Pero en invierno, con glaciales temperaturas que bajaban de los Andes, solía ser curioso asomarse a las vecindades del Teatro Municipal, ocupadas por docenas de coches brillantes, charolados, apiñados en las calles a la espera de sus propietarios. Y alguna vez, paseando, vagando, llegó a la hora de la salida de la ópera, y entonces pudo ver a vaporosas damitas, con las mejillas algo atufadas por el calor de la sala, vestidas de seda, que protegían muy a medias

sus cuellos y sus hombros con mantillas de encaje o con sueltos y flexibles *cache-nez*. Era otro mundo, no el suyo.

El suyo, desde luego era mejor. Le abonaba la ventaja de que podía ser evocado cuando quisiera el capricho, y el poeta lo disfrutaba a solas, sin ningún intermediario, ni galán celoso ni cochero impertinente. Y podía ser, en fin, evocado con repetición. Aquella ninfa rubia, de ojos celestes, que le acarició un día la frente y tras la frente el alma, con sus dedos de luna y rosa, ¿no podría volver? Sí, volvería, y en consecuencia tornaría el poeta a mantenerla junto a sí. La mujer velaba y desvelaba sus formas, danzaba, se recostaba fatigada en la piel de tigre extendida junto al sofá, se erguía de nuevo, para colocar triunfalmente sus manos en las caderas, mientras el labio incitaba a la danza y los ojos seducían y quemaban.

Había también hadas morenas de piel bronceada, y algunas muy niñas, en cuyos miembros se adivinaban sólo las morbideces futuras. Unas llevaban el pelo suelto, que descendía por los hombros y la espalda; otras, de rizos anillados, se coronaban la cabeza con una especie de aureola. Casi todas iban descalzas, pero a las veces se ponían sandalias de oro para defenderse los pies de las durezas del camino. Y algunas, más audaces, más amigas del poeta, le ofrecían, de vez en cuando, la lira que simbólicamente le invitaba a cantar.

Entonces el poeta cantaba. Es verdad que en el día, en la sucia redacción, había debido defenderse de alguna intriga no menos sucia, y que las chicas de la clase habían estado distraídas y perezosas, y que hubo hambre y sed y falta de pecunia y sobra de soledad. Pero nada de eso cohibía el encuentro con las ninfas amigas, la cita solitaria y bajo llave, con la cual el poeta establecía la compensación de todo. Y era entonces, precisamente, cuando, invitado por la ninfa seductora y sonriente, el poeta exhalaba sus mejores notas, los arpegios más nítidos, los cantos más férvidos en elogio de la belleza virginal de sus compañeras. Lo primero de todo, pues nobleza obliga, agradecer la incitación de la ninfa:

Es la mística virgen de ojos bellos  
que iluminó mi soledad sombría  
y ungió mis huracánicos cabellos  
con efluvios de olímpica ambrosía.  
La que da, desde lo alto de su solio,  
al laurel de la selva flores y hojas,

y al cisne de los lagos ritmo eolio  
y miel al beso de las bocas rojas.

(Triunfal.)

El poeta sentíase obligado por la suerte de los demás hombres, a quienes apenas conocía, y creyó que debía consolarles de la rutina de la vida diaria con sus estrofas y sus cantos. El Derecho, la Libertad, la Razón, eran las deidades tutelares a cuya sombra florecería la Paz. Largas zonas de vacío se interponían entre el ideal propio del poeta y la realidad del vivir popular, pero era preciso ir a su encuentro, perforar las sombras, difundir la luz. Sin creerse dueño de secretos enormes, sentía que su deber le imponía echar su palabra a todos los confines, para que rodando, rodando llegara un día del futuro, que él mismo acaso no viera, en que el hombre quisiese más al hombre y lo sintiera su hermano. La gran palanca sería, sin duda, la Razón, que despeja penumbras y hace retroceder a los vestigios, y por eso el poeta cantaba:

Fuera de Dios no hay nada,  
razón humana, que eclipsarte pueda.  
No hay abismo en la tierra dilatada  
ni en el cielo sin límites, misterio  
que el paso no te ceda,  
ni sobre él reconozca al fin tu imperio!  
Uno y otro podrán, por un instante,  
sus barreras de sombras oponerte,  
y en tu soberbio empuje, vacilante  
también por un instante podrás verte.  
Pero nunca podrán esas barreras  
las alas abatir con que te agitas,  
porque son de tus alas altaneras  
invencibles las fuerzas infinitas!

(A la Razón.)

Y en esta poesía social, inspirada en las luchas de la historia, ¿no quedaría hueco a las ansias íntimas, a los ensueños que pueblan las almas de los poetas, a los recuerdos, a los dolores individuales? Quedaría, pues no en balde el poeta era hombre sin perjuicio de ser ciudadano, y tenía una historia sombría y tierna. Temeroso de no ser fiel hasta el fin a su misión de heraldo de futuras conquistas, asustado acaso por las revelaciones a que abriría paso, receloso de que su fuga hasta el pasado

de muertas ilusiones pudiese parecer cobardía, algún canto podría consagrar al idilio trunco que acarició su alma en las noches de su primera edad. Así nació, entre otros, este fragmento donde sin gran esfuerzo divisaremos, en medio de tersas cláusulas, el gesto sombrío e irresoluto del hombre:

Cada vez que a tu lado  
el arpa de oro del amor pulsaba,  
algo grande y sagrado,  
algo de Dios mi espíritu agitaba.  
Mi rauda fantasía sin sosiego  
hería con sus alas las estrellas,  
y a sus ardientes ósculos de fuego  
tras su mano de luz temblaban ellas.

Todo acabó. Desde tu cruel partida,  
mi arpa dulce y sonora,  
ni canta dichas, ni tristezas llora.  
Siempre meditabundo,  
busco tan sólo la perpetua calma.  
Vago como un autómatas en el mundo,  
envuelta en noche sin aurora el alma.  
¡Murió mi juventud! El ronco cierzo  
gime en los sauces del sendero mío  
¡Ya no me alegra el sol del Universo!  
¡Ángel! ¿Dónde estás tú?  
¡Yo tengo frío!

(*Ultratumba.*)

Desde muchacho, González dividió su existencia en dos compartimentos separados, entre los cuales sólo él podía circular. Uno de ellos era el de todos los humanos, y aparecía maculado por las responsabilidades de la cotidiana labor: las clases, el bullicio de la urbe, los rostros impenetrables de los hombres, el frío, la pobreza. A todo ello atendía el poeta, pero siempre absorto y algo distante, pues su oído estaba embargado por las "voces de otra esfera", y tan absorto, que algunos se alejaban de su lado, amedrentados por la acogida. Si eran benévolos, perdonaban la esquivez del poeta murmurando:

—¡Qué hacer! Está componiendo sus versos.

Pero abundaban los no benevolentes, y éstos no perdonaban nada. Para ellos el rostro huraño envolvía desprecio hacia los demás hombres, y al fin y al cabo esos versos no eran tan grandes ni tan bellos ni tan frecuentes como para disculpar las faltas que el autor cometía en el diario vivir. Y todo un catálogo de

ellas podía exhibirse, desde el ateísmo confeso y proclamado en público, hasta el culto, acaso excesivo, por los frutos de la vid, no en su forma prístina de racimos, claro está, sino en sus derivados, el vino, el ardiente coñac...

En el otro compartimento, González estudiaba la obra de escritores de su agrado, desde el amplio Dante con su colosal *Divina comedia* a cuestras, hasta el versátil Víctor Hugo, en quien admiraba tanto el fuego de la invectiva política como el cantar íntimo, la queja de pasión y el complaciente espectáculo del hogar amasado en el amor. Comprendía que es duro el combate, y que desde el rincón donde el destino quiso emplazar su cuna, sería muy difícil llamar la atención de nadie. Así y todo, venciendo las rachas de pesimismo que con frecuencia le azotaban el alma y le dejaban agotado y exhausto, solía tomar muy en serio su tarea y se iba labrando una senda propia por la cual caminaría en lo futuro, solo sin duda, pues no era afecto a compartir con nadie el secreto de sus búsquedas y de sus hallazgos. Lo primero, el lenguaje, la palabra, la voz, instrumento de comunicación a que debía acudir el poeta para lograr la acogida simpática de los demás hombres. Y González, escogiendo las voces, pasó agotadoras noches de estudio, dedicadas a explorar el diccionario a fin de dar allí con las que mejor sonaran a su oído de poeta, agilizado en aquella labor de orfebre.

En esta selección de voces que hizo para el verso, encontró que la palabra aroma era algo sorda e inerte, y creyó preciso reemplazarla con otra que más pronto corriese en el aire, que fuese como alígera o soluble. De allí *efluvio*. Contiene cuatro de las cinco vocales, y en lugar de rodar como guijarro, parece que se desliza, merced a la dulzura de sus consonantes. El ejemplo podría repetirse, ya que no pocas voces así se dan en su lenguaje. En su hora, prestó sello a su estilo el uso de *plectro* y de *raudo*, y podría señalarse además el empleo de rosa como voz simbólica: tras el nombre de esta flor, el poeta establecía multitud de correspondencias dulces e intencionadas entre hechos del mundo así ennoblecido, gracias al contacto de los dedos del poeta.

Cosa semejante cabe decir de los colores. En la poesía científica del fin de siglo, bajo la influencia de venerables modelos que constituían ya una rutina, el color había sido abandonado como indigno de la atención del artista del verbo, la cual estaba remontada a cimas mucho más altas, en la comarca de los

conceptos. González innovó también aquí, y en sus versos hallamos no sólo hermosísimas menciones de azul, el color cerúleo que tanto apasionaba por esos mismos días a Rubén Darío, sino también amplias y gallardas sinfonías en blanco mayor, como ésta:

La nítida espuma del lago no iguala  
la tez de la virgen de labios de miel.  
No hay cisne que tenga más cándida el ala,  
ni armiño que guarde más blanca la piel.  
El mármol de Paros, que Apolo saluda,  
con ser que es de Paros no iguala su albor.  
Parece que fuera la virgen desnuda  
de carne de nieve, de sangre de icor.

(*Asteroides*, vii.)

Su alma le llevaba de preferencia a los cuadros sombríos y algo tétricos donde hay soledad y silencio, y donde por la penumbra cruzan pasos misteriosos y ligeros murmullos, los silbidos acaso de la turba que no comprende al poeta y quiere vengarse de su lenguaje articulado y sonoro con aquellas ligeras exhalaciones del aire entre los labios, parecidas por desgracia al bisbiseo de las serpientes. Y así es como uno de los marcos predilectos para su fantasía era la conjunción de la noche y la luna:

Vino la noche, al fin. Con voz extraña  
parecieron de amor hablar en ella,  
con el grano de arena la montaña,  
con la nube la estrella.  
No era un crespón sombrío, funerario,  
su impenetrable velo.  
Era el tul infinito del santuario,  
de la unión de la tierra con el cielo.  
Bien pronto, allá a lo lejos,  
indiferente a mi fatal fortuna,  
coronada de mágicos reflejos  
se alzó la blanca luna.  
Y al beso de los pálidos celajes  
de su pálida frente desprendidos,  
con vértigos de amor, en los follajes  
palpitaron los nidos.

(*El proscrito*, x.)

Esta familiaridad con la sombra convirtió a González en un precioso cicerone de la noche. Conocía mejor a la ciudad cuando estaba cerrada y muda para el descanso, que cuando en las horas del sol la poblaban gentes presurosas, y bajo el silencio nocturno sorprendía, a lo lejos, el incierto manar de una luz amiga y cómplice. Supo de sobra dónde podía, en cualquier hora de la noche, entrarse a pedir una copa de vino, y entre mesón y mesón, terminó por saber también dónde sería recibido con menos extrañeza su torvo silencio. Y era, en fin, preferible la noche para vagar por la calle, porque entonces, en la sombra, nadie le reconocía y nadie le esperaba.

A pesar de que en su poesía se demora el raciocinio para ir explicando una por una las proposiciones que intenta demostrar, suelen también asomar síntesis rápidas. Podría, inclusive, afirmarse que en González yacía, escondido, un lapidario apto para el epigrama, que no logró dedicarse a esta especialidad porque no tuvo tiempo. Así sentimos cuando en sus versos topamos con cláusulas como "yo cruzo la noche con pasos acia-gos", "la selva dantesca de mis desengaños", "marco mis huellas con acerbo llanto", o "a mí no me queda ya nada de todo", en que sin duda se refiere a sus personales desdichas; pero en región más serena, menos conmovida por la angustia de existir, se despliega asimismo su aptitud para la síntesis: "bate el verso sus alas de cisne", "el gran país del nardo y del pámpano rubio", "la tenebrosa legión del viento", "castas Evas de cuello de paloma". Estas expresiones bien logradas, donde nada sobra y acaso nada falte, también las vemos escritas con las palabras más simples, las viejas palabras de la sabiduría popular. Con ellas el poeta no contaba producir ningún deslumbramiento, sino sólo cantar directamente, con estricta economía verbal, lo que sentía de veras.

Y a propósito de palabras finas y selectas, vale la pena mencionar el gran vuelco ocurrido en Chile en los sesenta años que nos separan de la muerte de González. Hoy los poetas no escogen su vocabulario en lo más selecto, ni se detienen a elaborar bellas asociaciones de palabras, ni eligen las voces por su timbre, su color ínsito, su rareza o su exquisitez. Quienes así proceden ahora son los prosistas. Unos y otros aspiran a obtener reacciones simpáticas en el lector: hacen una siembra y aguardan una cosecha; pero sólo en los prosistas vemos empeño por iluminar el alma de la palabra, entusiasmo para lograr el ritmo, selección rigurosa en el engarce y en la melodía. El

escribir al desgaire, salga como salga, no es ya propio de la buena prosa chilena, inclusive de la periodística, que está ganando una audiencia internacional que por muchos años le fue negada.

Por lo demás, el arte de la prosa obedece a leyes que no son las mismas del verso, y no es a los prosadores a quienes correspondería verificar en las producciones de los poetas la piadosa ortopedia que les permitiría cobrar la amplia circulación que sin duda pretenden. La elegancia, la majestad, la variedad, el oportuno color, caben muy bien en las líneas de la prosa, y cuando se logran, éstas ondulan como banderas al viento, exhiben sus diseños y proyectan sobre los de abajo una sombra benéfica, sombra que no excluye la luz sino, al revés, suele conservarle el sitio que en justicia le compete. Y como la prosa no maneja sólo visiones informes, jirones de pesadilla o pequeños aullidos metafóricos, sino también conceptos y doctrinas, es en definitiva a ella a quien corresponde servir de vestidura a las producciones literarias más permanentes. Las del poeta pueden olvidarse, y a veces efectivamente se olvidan unas postergadas por las otras, pues tantas son las que surgen en torrente indistinto. Las del prosista que sabe su oficio y le sirve con desinterés y abnegación, no se olvidarán tan fácilmente si ha logrado, como suele ocurrir, la armonía entre la concepción y el estilo.

En los años de que estamos tratando, quienes cuidaban la palabra y hacían acopio de voces finas y selectas para esmaltar con ellas su estilo, eran los poetas. Es verdad que los volcanes rugen y que su rugido amedrenta a los hombres; pero siempre ha sido preferido el trino del ruiseñor, que no asusta y en cambio deleita. ¿Por qué? Nadie lo sabe; pero es así, y lo es desde lo más hondo de las edades y de los tiempos. Cuando los poetas que parecían ruiseñores, por su concertado canto, echaron a parecer volcanes, por el informe resoplido que exhalan sus entrañas, entonces fue llegada la hora del prosista. Dejó la discreta penumbra en que hasta entonces había estado sumido, y gritando "*anch'io son pittore*" púsose a la tarea con devoción y esmero. Hoy en día, dentro de Chile, son los prosistas quienes conservan la casta y consoladora misión del ruiseñor que con su cántico vierte bálsamo en las almas de los hombres. Cerrado el paréntesis.

En los últimos días de septiembre de 1903, tendido en el lecho de un hospital, González mascullaba con frecuencia una especie de soliloquio, que podía ser su despedida al mundo por el cual había vagado no más de cuarenta años. La incomprensión, la soledad, la angustia, el haber carecido de todo, parecían encerrarse en aquellas palabras dichas a medias. Estaba muy lejos ya el periodo de la creación a todo trance, durante el cual el poeta se había mostrado tan severo para dar paso en su obra al *sermo vulgaris* de los demás hombres; y ahora, volviendo, sin saberlo, a la pobreza de sus orígenes, el poeta empleaba las palabras más sencillas y menos atildadas para verter su íntimo sentir.

Un día el soliloquio se hizo más audible, y el médico que en esos instantes le tomaba el pulso se acercó y le dijo:

—¿Necesita usted algo?

—Nada, muchas gracias —le respondió González—. Debe creer usted que estoy rezando, pero no, me estoy despidiendo del mundo.

—¿Por qué?

—¡Vamos! No pretenda usted engañarme. Sé que me muero, y por eso me despido. Oiga usted, acérquese, porque no puedo ya alzar el diapasón...

Y el poeta, con la voz sacudida por súbitas pausas, dijo así:

Siento que mi pupila ya se apaga  
bajo una sombra misteriosa y vaga.  
Quizás cuando la luna se alce incierta  
yo esté ya lejos de la luz que vierta.  
Quizás cuando la noche ya se vaya,  
ni un rastro habrá de mí sobre la playa.  
Parece que mi espíritu sintiera  
las recónditas voces de otra esfera.  
No sé quién de este mundo al fin me llama.  
¡De este mundo que no amo y que no me ama!

El médico sintió un escalofrío al exhalar de labios del poeta las últimas palabras, y una onda de viril ternura le llevó a buscar sobre la sábana la mano inerte, que apretó en silencio. Y queriendo prolongar el reposo del enfermo, le aplicó una inyección.

Pasaron luego horas de silencio y de abandono. La luz, resbalando de los muros al suelo, fue extinguiéndose y cayó la noche,

mientras del jardín del hospital ascendían ligeros aromas de las flores de la primavera. El sopor siguió por mucho tiempo. En este descanso de las horas finales, el poeta entrevió de nuevo, a ráfagas, su existencia, y tuvo ocasión de llorar sus últimas lágrimas. Todo en él había sido mediocre, y tras los placeres más inocentes y legítimos había venido, de prisa, el desengaño, a borrar las huellas deleitosas. "¡Quizás soy un mago maldito!" Como Sísifo, sentíase empujando una agria piedra montaña arriba, empujando hasta el agotamiento sus fuerzas, y antes de sonreír por el logro de su hazaña, veía que la piedra rodaba en la cuesta, para que él debiera reanudar la tarea. Roca arriba, roca abajo, en la montaña no quedaba rastro alguno de sus afanes, en los cuales sentía que se le estaba yendo la vida, como la sangre en una vena rota.

Nuevas imágenes pasaron en ronda, y el poeta viose un día aclamado por sus amigos y hasta por desconocidos admiradores. Mucha gente se apretaba en esas filas, y se tendían manos que iban a su encuentro:

—¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Viva el poeta!

¿Dónde estaban él y la turba? ¿Fue el día en que había sido preciso despedir a Manuel Antonio Matta, que desertaba la lucha en plena juventud, herido sin piedad por la muerte, celosa de sus virtudes y de su triunfo reciente sobre la dictadura? ¿O fue cuando José Martí cayó en la arena proclamando otra vez, a gritos, su amor a Cuba? No, no sabe nada. Las imágenes fluyen, vagan, chocan, se borran, vuelven, y no permiten ver más. Lo que sí persiste, con jadeo isócrono, es el grito de admiración de la multitud: *¡Viva el poeta!*

Así, de pronto, se intercalan ramos de azahar y velos blancos en el sopor del poeta, y entre ellos se precisan dos ojos risueños y una boca que se entreabre para mostrar blancos dientes y para decir, en lento y cálido susurro:

—Sí quiero.

Es el día de las bodas, y en la iglesita se apiñan unos cuantos seres cuyos rostros la distancia confunde. Y el poeta, terminada la ceremonia, sale a la calle del brazo de su novia, henchido el corazón de una emoción sobrehumana que lo hace latir locamente. Nuevas imágenes, nuevas sombras, y en el sopor se hace luego la noche. El poeta duerme profundamente.

Después se ve en una playa solitaria, desnudo, batido por las olas, y como algunas cayeron en sus labios, pudo advertir que el agua era amarga y quemante. La sed albergada tanto tiempo

se encendió de nuevo, y en los instantes finales, el hombre sintió que abría muchas veces la boca en vano para recibir en ella algo que le calmara el anheloso latir de las entrañas.

La agonía siguió, entreverada por inyecciones de morfina que calmaban los dolores, y sólo vino a cesar el día de octubre. Cesó con la muerte.

1963

## DOÑA AMALIA Y DOÑA BLANCA

CUANDO el 17 de diciembre de 1866 don Alberto Blest Gana dejaba las playas de Chile, rumbo a Washington, llevaba a su lado a una chica de pocos meses de edad. Blanca Teresa del Rosario eran los nombres que se habían dado a esa criatura en la pila bautismal de la parroquia de San Fernando, pues nació cuando el novelista y futuro diplomático era Intendente de la provincia de Colchagua. Había nacido el 11 de enero, y fue apadrinada en el bautismo por don Federico Gana Munizaga y doña Rosario Gana, a quienes, por estar ausentes, representaron dos vecinos de la localidad. Andando el tiempo se le dio sólo el nombre de Blanca, y por su matrimonio con don Alejandro Nariño, cubano, se la ha conocido como Blanca Blest de Nariño. Hace pocos días los avisos de defunción que se publican en los diarios la daban por muerta. Y como hay una simpatía de las almas, que no todos perciben, pero que es interesante recordar de cuando en cuando a los insensibles, permítase a este cronista señalar cómo por esos mismos días, hora más u horas menos, fallecía en Versailles la ex reina de Portugal, doña Amelia. ¿Qué hay de común entre estas dos damas?, se dirá el lector corriente. Pero si tiene curiosidad de seguir leyendo, verá cuánto hubo de común entre ellas.

Lo que no sabía el señor Blest Gana al salir de Chile en 1866, era que jamás regresaría a su tierra. Decíamos que partió de Valparaíso rumbo a Washington, y podemos agregar que después, muy poco después, se embarcó hacia Inglaterra. Presentó credenciales a la reina Victoria el 6 de marzo de 1868. El 1º de diciembre del siguiente año se le acreditaba también como representante de Chile ante el Emperador Napoleón III. La legación estaba en vacancia desde 1865, y para llenar tan larga suspensión de las relaciones, Blest Gana optó por fijar su residencia en París.

Merced a esta resolución vienen a abrirse los caminos para que las dos jóvenes a que hemos aludido más arriba se encontraran y fueran amigas.

La dama que acaba de morir en Europa era María Amelia Luisa Elena de Orléans, y había nacido en 1865. Sus padres eran el Conde de París e Isabel de Orléans. Como pretendiente de la corona de Francia, el padre hubo de sufrir las más variadas contrariedades políticas y debió vivir la mayor parte de su existencia fuera de la tierra de sus antepasados. Luis Felipe Alberto de Orléans, como reza su nombre completo, sufrió, además, el agravio de que por ley de 23 de junio de 1886 se le ordenara abandonar el territorio francés. El Conde había querido que sus hijos no perdieran del todo el contacto con la sociedad francesa, y por eso no es raro ver a doña Amalia con residencia en París y teniendo relaciones con diplomáticos y viejas familias francesas que eran, tal vez, realistas de corazón, a pesar de que los tiempos no fueron siempre favorables para confesar sus preferencias y su ilusión de una futura restauración monárquica. La casa del representante de Chile no podía ser tildada de monarquista, y debido a ello fue entonces escenario de singulares reuniones.

Doña Amelia había sido criada como princesa, y su padre, que no dejó nunca de sentirse pretendiente del trono de Francia, puso empeño en que su conducta en la vida fuera siempre la que correspondía a una persona llamada a ocupar el trono. Sus esperanzas no resultaron como él las concebía, pero se aproximaron al ideal. Doña Amelia no fue princesa en la Casa de Orléans reinante otra vez en Francia, sino reina de Portugal por su matrimonio con el entonces príncipe heredero don Carlos de Braganza. Los resultados para ella fueron, eso sí, desastrosos. Su marido, Carlos I, y su hijo Luis Felipe, heredero del trono, fueron asesinados en Lisboa, 1908. Su otro hijo, Manuel, rey de pocos meses, fue destronado ruidosa, aunque no cruentamente, en 1910. Desde entonces hasta su muerte, ocurrida hace pocos días, doña Amelia vivió retirada del mundo, arrastrando su luto y su dolor, como ex reina madre destronada, viuda y cada vez más solitaria en el recuerdo de pretéritas grandezas. . .

Por su educación principesca sabía, pues, doña Amelia que el casarse no era cosa fácil en semejantes familias, y que casarse con un príncipe heredero no contribuía en nada a facilitar el problema. Las razones de Estado pesaban terriblemente, y llegaron a pesar casi más que la justa impaciencia de los enamorados. En 1885 y 1886, años de noviazgo y de boda, nadie podía dudar de la estabilidad de ese trono, tradicionalmente afianzada en un buen entendimiento con el Imperio británico; pero Carlos, que ya contaba con más de treinta años de edad, no quería llegar

soltero al trono de su padre. Más de una vez asomó por entonces en la Legación de Chile en París, tanto para pedir noticias de lo que se estaba tratando, como para agradecer a don Alberto la parte que éste tomaba en su destino.

Creían los orleanistas franceses que el matrimonio de la princesa Amelia con el futuro rey de Portugal, robustecería su causa. De allí el empeño en que el enlace se realizara con la pompa que correspondía a dos casas de tanto lustre histórico, la de Orléans y la de Braganza. Los republicanos de la Tercera, que contaba pocos años de vida, vieron en aquella unión un peligro en potencia para sus designios. La casa de Orléans resultaba engrandecida, y el conde de París, aun cuando generalmente permanecía ausente a la espera de buenas noticias, bien pudiera sentirse provocado a volver a pedir el trono. Para que todos estos pequeños secretos de Corte, tanto más difíciles de manejar cuanto que se trataba de Cortes en destierro. . . no condujeran a un conflicto, fue preciso discutirlos como cosas de Estado. La casa de Blest Gana fue el campo neutral de las negociaciones.

Participaron en ellas el ministro de Relaciones de Francia, M. de Freycinet, y el embajador de Portugal, y el tema principalmente tratado fue el de la política que seguiría esta nación en sus relaciones con aquella cuando entrara a compartir el trono la hija del Presidente. ¡Ardua cuestión! Por muy republicanos que fuesen, los políticos franceses hubieron de darse cuenta de cuán inconveniente era que la princesa llegara al trono portugués cargada de resentimiento contra aquellos sujetos que, a su juicio, estaban entorpeciendo el acceso de su padre al cetro de sus mayores.

Las negociaciones se dilataron semanas y meses, y en cierto modo tuvo en ellas la sartén por el mango el diplomático lusitano. Entraba uno u otro de los negociadores a la Legación de Chile, conversaba con don Alberto, dejaba ceremoniosamente un papelito y se iba. Horas después le tocaba al otro, que entre venias y sonrisas recibía el papelito y antes de marcharse aseguraba pronta contestación. Los jóvenes hijos de don Alberto seguían estos ajetreos desde lejos, pero tuvieron de ellos noticias muy puntuales por la edad parecida de doña Amelia y de doña Blanca. Contaba ésta en sus años postreros, cuando ya se había radicado en Santiago para morir, que su amiga al pedirle impresiones le rogaba que le contase cuanto oía decir en la Legación.

El pedido era difícil satisfacerlo: don Alberto no era hombre de estar contando lo que se confiaba a su discreción, y mucho menos a los chicos, a quienes mantenían siempre a la distancia.

—No ha pasado nada; no sé nada —era la respuesta más frecuente; y cuando la princesa Amelia urgía por mejores noticias, doña Blanca se despachaba con evasivas.

—Hoy estaba preocupado en el almuerzo, pero en la tarde, después de la visita de tu Embajador, se le vio más alegre...

Por los mismos días en que estas gestiones confidenciales se llevaban a cabo en la Legación de Chile, el escritorio del señor Blest Gana vibraba con asuntos muy diversos. De una parte, los tenedores de bonos peruanos del guano, reunidos en un comité de Londres que desplegaba la mayor actividad, exigían participación en las ventas de ese fertilizante que en años anteriores había hecho el Gobierno de Chile. También se refieren las notas de la Legación en ese periodo a las enojosas discusiones a que dieron origen los procedimientos de los tribunales arbitrales convocados en Chile para atender las reclamaciones de los neutrales que se decían damnificados en la guerra. Las dos cuestiones procedían, como se ve, del periodo de las hostilidades, que en el campo de batalla fue clausurado mucho antes y que proseguía, a la sordina pero con terrible eficacia, en la esfera de las negociaciones diplomáticas.

Cuando todo se allanó, la pareja salía de Francia para ir a contraer el enlace en Portugal, una de las condiciones fijadas por el Gobierno de la República para quitar a la ceremonia algo del contenido político que se le daba entre los círculos orleanistas. El matrimonio se verificó en Lisboa el 22 de mayo de 1886. Y esta vez doña Amelia y doña Blanca no pudieron estar juntas, a pesar del mucho derecho que tenía la segunda para asistir, si quiera como invitada, a las bodas de la princesa.

Mientras su hija se casaba con el príncipe heredero de Portugal, a las orillas del Tajo, el conde de París asombró a la sociedad parisiense y creó una grave complejidad a los hombrecillos de la Tercera República con una recepción gigantesca en el palacio Galliera. Anticipándose a la ley que iba a desterrar a los príncipes para alejar el peligro de que conspiraran y siguieran

encabezando a los partidarios de la restauración monárquica, el conde se despidió de sus amigos. Las crónicas de la época están llenas de informaciones bizarras, que hoy nos parecen abultadas. Nadie, entre los orleanistas, creía que la despedida iba a ser eterna. Se susurró que el Gobierno de M. Jules Grevy quería prohibirla, y luego se dijo que la Tercera República habría dado mal indicio acerca del concepto que ella misma abrigaba sobre su licitud y su solidez si se hubiese mostrado airada por semejante despliegue de mundanidad. La tolerancia era preferible, y la tolerancia se impuso. Al fin y al cabo, se trataba de títulos en el aire y de tronos hipotéticos.

Los cronistas mundanos, sin temer pasarse de listos, afirmaban que la recepción había sido ordenada por el conde con el objeto de anunciar el matrimonio de su hija, que enlazaba la casa pretendiente de Orléans con la casa efectivamente reinante de Braganza, y que no quiso dar contraorden cuando de las negociaciones que se hacían en casa de Blest Gana resultó que el enlace debía verificarse en Lisboa.

La recepción fue permitida y los diarios repletaron por varios días sus columnas con las nóminas de los invitados. Diez mil asistieron, pero muchos, habiendo recibido tarjetas de invitación, tuvieron que desechar el convite por razones de Estado. En este último grupo se encontraban, desde luego, todos los diplomáticos residentes en París, ya que estaban acreditados ante el Gobierno republicano y debían abstenerse de aparecer cultivando relaciones demasiado estrechas con los orleanistas.

Sólo dos excepciones hubo: el embajador de Portugal, a quien nadie se habría atrevido a prohibir la asistencia por la relación de familia entre las casas de Orléans y de Braganza, y el representante del imperio Alemán. De éste, el príncipe Hohenlohe, a quien veremos figurar más adelante en estas notas mundanas, se dijo que había ido a la fiesta autorizado expresamente para ello por Bismarck. En este rasgo de prepotencia, como en otros, el Canciller parecía estar obrando todavía con el mismo ímpetu avasallador que condujo a los ejércitos de Prusia contra París en 1870.

Cuando la señora Blanca se vino a Chile, ya por última vez, fui varias veces a verla. Estaba yo entonces escribiendo un libro sobre su padre, y necesitaba informaciones sobre el hombre de hogar, que por cierto no aparecían en las cartas y notas sobre

asuntos oficiales, las únicas que hasta entonces me habían guiado. Doña Blanca tenía excelente memoria, pero era poco lo que cabía recordar.

Como rasgo de época decía que ella y sus hermanos eran citados a ver a su padre en ciertas y determinadas horas del día. El padre les preguntaba cómo estaban, qué habían comido y qué programa tenían para la tarde, les daba unos besos, les entregaba algún dinero y se despedía hasta el día siguiente. Las obligaciones de la existencia diplomática hacían aconsejable este trato. Doña Blanca no conoció la corte del segundo Imperio, porque cuando cayó Napoleón ella tenía poco más de cinco años. La única que conoció fue la sociedad de la Tercera República, muy cosmopolita y repleta de un exotismo que bajo Napoleón III habría sido un insulto a las instituciones.

Comenzaban a entrar a París, precedidos de bullicioso séquito, los orientales con el prestigio de imponderables riquezas. Los uniformes abigarrados, los turbantes, los feces, las cimitarras de los que confesaban su carrera militar, el afeite de las uñas y de los rostros de las mujeres, tuvieron influencia decisiva en los adornos y en el vestuario de los occidentales. Tal vez proveyeran de los harenes musulmanes el oscurecimiento de la ojeras, el carmín aplicado a los labios y la depilación sistemática de las cejas. París, en todo caso, se pobló de figuras de circo que, a diferencia de los empleados circenses, no vivían en carpas sino en los más suntuosos y exquisitos palacios. Doña Blanca recordaba estos extremos de la vida en París, con una sonrisa muy aguda. Era terrible en sus incisivas observaciones. La ironía con que comentaba los rasgos desmesurados de los príncipes arrancados a las páginas de *Las mil y una noches*, siempre me pareció demasiado inteligente para ser piadosa.

Los días que evocaba doña Blanca en su ligera charla eran también los tiempos en que la colectividad hispanoamericana de París daba la nota alta de su entroncamiento con importantes títulos europeos, cuando Carlota Guzmán, hija del *ilustre americano* Guzmán Blanco, entregaba su mano blanca y suave a Carlos, Duque de Morny. El ambiente estaba agitado, y un republicanismismo intemperante y feroz pedía que se expulsara a todos los aristócratas. La alianza de una joven sudamericana con un sujeto tan encumbrado como el de Morny parecía acreditar que los hijos de estas repúblicas no estaban tan empapados como los franceses en el odio a la sangre y a los títulos. M. Jules Simon tronaba en favor de los príncipes a quienes la mayoría parlamen-

taria optó por extrañar para siempre del territorio francés, en un discurso famoso en los anales de la oratoria tribunicia.

Blest Gana no llegó tan lejos, ya que no podía, por muchos conceptos, emular con la fastuosidad del *ilustre americano*; pero sus recepciones tuvieron algún brillo. El periodista De Blowitz, que como corresponsal del *Times* en París entraba a todas partes, fue asiduo a las reuniones de la casa de Blest Gana, y seguramente uno de los motivos de su preferencia era que allí circulaban frescas noticias que habría sido necio ocultar a su exigente diario. En unos recuerdos de este periodista publicados en *La Época* de Santiago (1886) se decía que Blest era "atento, frío, reservado, amable" y como diplomático se hacía de él el más cumplido elogio: "Representa a un país pequeño haciéndolo aparecer grande. He dado cuenta en el *Times* mismo de sus interesantes y honrosas recepciones. Esto no es fácil cuando se tiene por escenario a una ciudad como París, Londres o Roma. Durante la presidencia de M. Grévy *le premier étage* del número 12 de la pequeña Rue Magellan, ha sido teatro en más de una ocasión de reuniones que harían honor al 75 del Faubourg St. Honoré." Esta referencià al palacio elíseo basta...

Y siempre en plan de confidencias, M. de Blowitz agregaba todavía un cuadro más íntimo y placentero: "Bailaba cuadrillas con una de las señoritas Blest, la señorita Blanca, y me hacía *vis à vis* el príncipe de Hohenlohe, embajador alemán, acompañado de la otra interesante hija de M. Blest Gana. No sé cómo, creí notar que la fisonomía grave y reposada del príncipe tenía más animación... Mi compañera, viva, inteligente, bonita y llena de gracia, me lo hizo notar en español. Siempre dice ella que mi torpeza es grande, si no aprendo esta hermosa lengua con tan buena profesora."

Blanca Blest permaneció soltera muy poco tiempo más. Su padre fue reemplazado en la legación en 1887, y al año siguiente Blanca concedió su mano a don Alejandro Nariño, descendiente de ilustre familia colombiana. *La Libertad Electoral* informaba en Santiago sobre la boda en su edición de 14 de diciembre de 1888, empleando estos términos:

"El 10 del presente [noviembre] se celebró en la iglesia parroquial de Chaillot el matrimonio de la simpática y bella señorita Blanca Blest Bascuñán, hija de nuestro ex ministro, con el joven cubano don Alejandro Nariño, nieto del famoso colombiano don

Antonio Nariño, precursor de la independencia en Bogotá, figura equivalente por su general ilustración y lo más adelantado de sus ideas a la de don José Antonio Rojas entre nosotros. Llenaron la iglesia los numerosos amigos del señor Blest Gana y, como es natural, figuraron en la concurrencia todas las familias de compatriotas que se hallan actualmente en París, desde la del ministro plenipotenciario actual, la del señor senador de la República don Melchor Concha y Toro y la del señor contraalmirante Latorre hasta las de los particulares que viajan. Fueron testigos de la niña el señor Concha y Toro y su tío don Florencio Blanco Gana. En el cortejo figuraban llamando la atención por su gracia y hermosura, las señoritas Concha y Subercaseaux.

"El cura de la parroquia pronunció una sentida alocución antes de echar su bendición a los novios, y una misa solemne cantada admirablemente por excelentes artistas coronó la ceremonia. Terminada ésta, la numerosa concurrencia pasó a felicitar a los padres y a los novios a una capilla lateral, y en el largo desfile pudo verse a muchos de los antiguos colegas del señor Blest Gana en el cuerpo diplomático, no pocas de sus relaciones francesas y cuanto hay de más distinguido en la colonia hispano-americana de París.

"De regreso a la iglesia, los padres de la novia abrieron su casa convertida en un verdadero jardín de delicadísimas flores regaladas en prueba de simpatía por sus numerosos amigos. Descollaban entre los ramos los enviados por los señores Antúnez, Latorre y Pividal, pues eran colosales, a pesar de la estación de otoño y de lo escogido de su composición. En esa recepción abierta en que se sirvieron unas onces dignas de Chevet, reinó la alegría más cordial, distinguiéndose, sobre todo, la inteligente y amable novia que a cada cual manifestaba su gratitud con especial gracia y acierto. Que la fortuna le sea propicia y Dios le dé duradera felicidad."

Pero como la suerte ofrece algunos contrastes, he aquí que el mismo diario informaba a sus lectores, en seguida:

"Caprichos de la suerte: seis días después, el martes 16 del presente, a las doce del día, el departamento del señor Blest Gana era devastado por las llamas. La familia, forzada a invernar en el sur de Francia, a causa del estado precario de la salud de otra de las hijas, aún soltera, que acaba de salir de una gravísima enfermedad, se había marchado la víspera. El fuego, sin duda, se preparó durante toda la noche del lunes al martes, y estalló con toda violencia diez y ocho horas después. Dada la

alarma, los bomberos y la policía no tardaron en hallarse en el sitio del siniestro y una hora después lo habían dominado. Los estragos, sin embargo, han sido tales, que los amigos del señor Blest Gana que una semana antes habían podido admirar el buen gusto de los dueños de casa en sus elegantes aposentos, no han podido reprimir sus lamentaciones al verlos convertidos en un hacinamiento de despojos. Las pérdidas no serán, con todo, de gran consideración para nuestro ex ministro, pues se encontraba felizmente asegurado en una compañía plenamente responsable. Hay, sin embargo, cosas que no se pueden indemnizar, tales como esos mil nada y fruslerías que se acumulan en el curso de los años, sin más valor que el de afección que les atribuye el corazón, por incorporar recuerdos de personas queridas."

Se dirá que estos triunfos de los salones son efímeros y se dirá la pura verdad. Quien vio a doña Blanca en estos últimos años pasar por las calles de Santiago, menuda, vestida de oscuro, desprovista ya de la elegancia de los años juveniles, difícilmente imaginaba cuánto había brillado en el mundillo parisiense. Pero esos triunfos dejan recuerdos, y de ellos vivía nuestra gentil amiga. Los nombres de los tertulios de su padre rodaban sin afectación de sus labios. Había conocido príncipes y magnates de todo orden; en los salones de la Legación se había tenido noticias de intrigas en que eran grandes personajes los autores, los cómplices y los beneficiados. Cerró los ojos de su madre en 1911. Acompañó a su padre en la viudez de nueve años, y cuando en 1920 él también plegó para siempre los párpados, la hija se resistía a creer que aquello fuera cierto. ¡Tanta memoria feliz se iba para no volver!

La otra impresión familiar que resaltaba muy nítida en los recuerdos de doña Blanca era la de que nunca había conocido amigos íntimos a sus padres. Conocían a "todo el mundo", recibían a todos los chilenos que pasaban por París; pero sus relaciones eran siempre un poco superficiales y más impuestas por los deberes del cargo que por otro motivo. ¿Cómo se explica esto? Doña Blanca accedió a explicármelo:

—Mis padres se comprendían tan bien, que no necesitaban ayuda ajena para vivir en armonía. Estoy cierto de que la me-

por compañía que jamás pudo desear mi padre fue la de su mujer, que salía con él a todas partes y que, cuando por razones oficiales debía esperarlo en casa, siempre estaba ansiosa de verlo regresar, como una recién casada.

Salvas las obligaciones del cargo, vivían como dos burgueses de moderada fortuna. Lo cual, por lo demás, fue la más estricta de las verdades, pues Blest Gana no dispuso de otra renta que la de su empleo, disminuida en seguida por la jubilación. Doña Carmen Bascuñán Valledor, a quien se unió en matrimonio en 1854, no aportó riquezas monetarias al hogar, sino una sencillez distinguida que la caracterizaba inclusive cuando era anciana. Don Carlos Silva Vildósola visitó a Blest Gana en París a comienzos del siglo, y después de contar lo que le pareció el diplomático, agrega: "A su lado había un espíritu fino, agudo, una mujer de mundo en el más alto y noble sentido de la expresión. La señora de Blest Gana hacía su labor a la luz de una lámpara, mirando de cuando en cuando a los visitantes por encima de sus gafas, hablando poco, discreta y reservada. Treinta años de vida europea, en medio de una sociedad cosmopolita, no le habían hecho perder uno solo de los rasgos de la dama chilena de su época, pero habían aguzado en ella su natural instinto de la psicología de los demás y le habían dado una experiencia del mundo un poco escéptica, sin dejar de ser benévola."

Es posible que no todos los recuerdos de esos años de París fuesen para doña Blanca tan placenteros como éstos que se ligan a su padre y a su madre. Hubo tristezas, como en todos los hogares, y algunas pudieron llamarse crudamente tragedias. Pero doña Blanca sabía, como todos los humanos, olvidar, y de otro modo no habría alcanzado los ochenta y cinco con cara de ochenta y seis años bajo cuyo peso ha muerto.

ESTAMPAS HISTÓRICAS

## O'HIGGINS JUNTO AL ARADO

VAMOS a considerar en estas líneas un aspecto poco estudiado de la vida de O'Higgins: sus tareas en la agricultura. Agricultor fue en los primeros años, cuando volvió a Chile después de haber estudiado en Inglaterra, y la oportunidad de serlo la debió a su padre que le instituyó heredero de la hacienda San José de las Canteras. Y agricultor fue de nuevo en la última etapa de la existencia, cuando se asiló en el Perú a raíz de la abdicación. En ninguna de estas dos ocasiones el cultivo de la tierra le permitió salir de una medianía honorable, y aun puede decirse que tuvo menos fortuna la segunda vez que la primera. La hacienda de las Canteras fue dispersada por las tropas de Pareja, las sementeras fueron incendiadas, rota la vasijería de las bodegas, arrancadas las plantas de vid. La guerra volvió a pasar una vez y otra por la heredad que pudo haber sido una fuente inagotable de riquezas, y al cabo de los años, O'Higgins, ya viejo y sin esperanzas de tornar a su patria, se resignó a venderla para pagar precisamente algunas de las deudas que había contraído en la explotación de Montalván.

Verdad es que O'Higgins había sido infiel a la tierra que a su nombre había querido vincular su padre. En lugar de permanecer al pie de las vides y junto a los potreros, cultivando a la par de los labriegos la heredad, pasó a Concepción a preparar desde allí la rebelión contra la autoridad peninsular. A ser agricultor prefirió ser héroe, agitador de nuevas ideas, promotor de instituciones, guerrero y gobernante. La tierra quedó olvidada en el tumulto, deshecha, perdida para siempre. Sólo la generosidad del Gobierno peruano, que no podía menospreciar la circunstancia de que fuese O'Higgins quien promoviera la expedición libertadora, puso de nuevo la mano del prócer sobre el arado. Y O'Higgins volvió a las labores agrícolas con renovado empeño, y venciendo las naturales limitaciones que la edad iba imponiendo a su organismo, luchó para que Montalván fuera un establecimiento próspero. ¿Hay necesidad de recordar que no logró ver realizado su ensueño de bienestar? ¿Es preciso decir que murió pobre, a pesar de que estaba casi a la mano la fortuna que poco después derrocharía insensatamente su hijo Demetrio?

No hay datos suficientes en los historiadores para establecer cómo llegó la hacienda de las Canteras a propiedad del Gobernador O'Higgins, ni siquiera se conoce la fecha aproximada en que éste la tomó a su cargo y comenzó en ella los trabajos iniciales que le permitirían al cabo del tiempo considerarla un bien suficiente para que en él viviera su hijo don Bernardo. Lo que sí se sabe de cierto es lo que el entonces virrey de Lima dispuso en su testamento de 14 de marzo de 1801: "Mando que a don Bernardo Riquelme, luego que llegue de Europa, se le entregue la estancia de las Canteras, existente en la provincia de la Concepción de Chile, con 3 000 cabezas de ganado, de todas edades, para que la haya y tenga, en virtud de esta disposición, como suya propia, encargándole procure conservarla y perpetuarla en su familia." El hijo del virrey no pudo cumplir este último deseo de su progenitor. En vida hubo de desprenderse de las Canteras, y su familia, desgajada en Chile y en el Perú y sin una constitución regular, nunca pudo tomar contacto siquiera con la tierra que don Ambrosio había querido ligar a su estirpe.

La propiedad de la hacienda que había correspondido a don Bernardo al ejecutarse la voluntad testamentaria de su padre, convirtió al joven recién llegado a Chile en uno de los ricos propietarios del país, aun cuando la tierra estaba lejos y no era fácil hacerla rendir como su dueño hubiese querido. Se calcula que medía no menos de 16 999 cuadras, y en 1803 don Bernardo obtuvo permiso del ejecutor testamentario don Pedro Nolasco del Río para separar 500 reses en el ganado manso de la hacienda, con cuyo fruto hizo el joven O'Higgins un rápido viaje a Lima. A su regreso, según conjetura Vicuña Mackenna (*Ostracismo*, página 93), se efectuó el rodeo definitivo de la hacienda para establecer lo que ella contenía y para que el nuevo dueño entrara en posesión formal de su bien hereditario. Duró el rodeo veintidós días, y en él "hubo tantas recias faenas que se bajaron a los llanos, a fuerza de lazo, no menos de 600 reses alzadas". En resumen, fueron entregadas a O'Higgins 4 264 vacas y 540 caballos y yeguas. La hacienda había crecido en el abandono de varios años, desde que dejó de vigilarla personalmente don Ambrosio hasta que la obtuvo su hijo, pero es de presumir que la importancia del ganado, nacido sin cuidado alguno, dejara no poco que desear, pues los planes de don Bernardo pronto se enderezaron a otros horizontes.

Educado en Inglaterra, en donde la tierra era cultivada con mayor esmero, púsose a la obra de introducir maquinaria en la

labor y contrató los servicios de hombres expertos que escogió entre los ingleses e irlandeses a quienes se sentía atraído por la voz de la sangre. Vivía una parte del tiempo en Chillán, residencia de la familia de su madre, y en la hacienda el resto, y parecía ganado totalmente a la agricultura cuando las novedades políticas comenzaron a sacudir el letargo de la Colonia. Había conocido en Londres al ardoroso Miranda, y con él se había jurado dedicar sus fuerzas a la libertad de la tierra de su nacimiento.

No cabe duda de que en esos años mantuvo correspondencia con algunos de sus amigos de Londres, a quienes le ligaba, como a Miranda, el juramento hecho para libertar el suelo natal. Sea como quiera, existe un documento probatorio de fuerza extraordinaria: la carta que desde las Canteras dirigió el 5 de enero de 1811 al coronel don Juan Mackenna. Ahí le dice que ha decidido pasar el Rubicón alistándose “bajo las banderas de mi patria después de la más madura reflexión y puedo asegurar a usted que jamás me arrepentiré, cualesquiera que sean las consecuencias”. Conoce los sucesos que han ocurrido en Quito y en La Paz, y juzga que ha llegado el momento de poner en obra su juramento. “Mi situación a este respecto —agrega— es mucho más tranquila que lo ha sido en los últimos cuatro años. Quizás no ignora usted los extraordinarios celos y desconfianzas que suscitó en el receloso y fanático Intendente [de Concepción] don Luis Alava, el hecho de haber empleado en mi hacienda algunos ingleses náufragos y el haber introducido en mis faenas algunas herramientas extranjeras. Acaso sabe usted también los planes que abrigó de llevarme preso a Lima cuando los ingleses se apoderaron de Buenos Aires, y el atentado que cometió destruyendo todos los ganados que tenía yo en la isla de la Quiriquina bajo el pretexto de que el enemigo podía aprovecharse de esos recursos. Él sospechaba, además, que la correspondencia que yo mantengo con mi íntimo amigo Tejada en Buenos Aires era de un carácter peligroso, y también se irritó sobremanera cuando combatí sus usurpaciones sobre los derechos del pueblo de Chillán.”

A estas alturas O'Higgins cambiaba su residencia en Chillán por la de Concepción, en la cual había de caberle participación activa en la rebelión contra la autoridad peninsular que comenzó nominalmente en Santiago el 18 de septiembre de 1810, pero que no vino a tener efectividad sino una vez que el movimiento en marcha contó con el amparo de la fuerza moral y

material que le podía proporcionar la provincia del sur. Desde entonces se aleja no sólo físicamente de la hacienda de las Canteras sino también psicológicamente del cultivo agrícola. La patria le llama y debe emplear en su servicio cuanto aprendió en Inglaterra y sobre todo el fuego que supo comunicarle el activo y astuto Miranda. Sólo en 1812 y 1813 estuvo por breves temporadas en la hacienda, sin que pudiera, como es de presumir, dedicar grande atención al trabajo propio de ella, ya que su ánimo estaba embargado por las vicisitudes de la revolución en marcha. La expedición de Pareja al desembarcar en Talcahuano, el 26 de marzo de 1813, le sacó de su retiro y le separó para siempre de la tierra que constituía su fortuna. "Mis intereses personales son de los que menos he cuidado en toda mi vida, principalmente cuando los de mi patria están de por medio", escribía a su amigo el coronel don Agustín López en El Callao en 1842, cuando estaba cercana la hora de su muerte y podía enjuiciar de una sola mirada el panorama de su existencia.

Y que esto es verdad puede juzgarse con sólo repasar las cuentas que sacó Vicuña Mackenna como resumen: "...Cuando O'Higgins salió a campaña en 1813, tenía un valor semoviente de más de cien mil pesos en su hacienda, todo lo que se perdió, así como 25 000 pesos que erogó en dinero durante aquella campaña. Como Bolívar, entró opulento a la revolución, y a su desenlace encontré tan pobre que poco antes de morir tuvo que vender su hacienda de las Canteras con el solo fin de pagar los gravámenes que ella tenía... Entre los valores que existían en 1813 de fácil e inmediata realización y que fueron completamente destruidos por los enemigos, se encontraban 8 000 vacas, 15 000 caballos y yeguas, 1 500 animales vacunos de lechería, engorda y labranza, 440 líos de charqui, 1 600 fanegas de trigo y 1 400 arrobas de vino, producto de una viña de 85 000 pies frutales, plantada por él mismo." (*Ostracismo*, p. 167, nota.) Por el detalle de esas partidas, que puede verse en el inventario hecho por el propio O'Higgins en Trujillo, Perú, en 1824, se advierte que la explotación de las Canteras había sido planteada en términos excepcionales.

Sin duda había mestizado el ganado porque tenía ya muchas piezas finas de lechería y que le permitían afrontar cultivos industriales derivados de la agricultura, y había dotado a la hacienda de instalaciones poco comunes en aquella época y en la región.

Señalemos unas pocas partidas: "Bodegas, vasijería y herra-

mientas que fueron quemadas por el enemigo en venganza de la toma de Los Ángeles. Una casa nueva, acabada de fabricar dos años antes de la revolución (de ochenta y ocho varas de largo), a toda costa, que también quemaron los enemigos por la misma causa de la bodega, a cuyo solo efecto mandaron de la otra banda del Bío-Bío cien hombres de su mejor tropa; y ambos edificios habían costado más de siete mil pesos. Tres mil y pico de arrobas de vasijería de vino y aguardiente. Dos pailas de cobre de valor de ochocientos pesos. Seis fondos de hierro colado de valor de cien pesos cada uno. Doscientos azadones de hierro para las vacas de la viña. Sesenta hachas. Un servicio completo de molino y las correspondientes maderas y demás para el edificio, incluso piedras, etc.”

De este inventario se desprende que a los cultivos naturales de la tierra agrícola, como sementeras y engorda de animales, O'Higgins había agregado molinería para el trigo, vinificación, destilación de alcohol y beneficio de charqui, sebo y grasa (“trescientas veinte botijas de grasa”) como derivados de la ganadería.

En su nuevo periodo de agricultor, O'Higgins no logra jamás salir de una medianía que estaba muy lejos de corresponder al lustre de su nombre, ya que no a sus ambiciones, pues en materia de fortuna parece no haberlas albergado nunca. En una carta de 1827 confiesa el prócer desde Montalván que no va a Lima porque “carezco de medios para pagar mis deudas allí”. En la misma ocasión da noticias de sus trabajos: “la destilería marcha lentamente”; además del cultivo de la alfalfa, que lamenta como perdida en marzo de 1828 debido a una crece del río Cañete, destila la caña de azúcar para producir ron. “El arriero Ramón Pedraza —escribe en 1835 a don Carlos Durán— conduce 20 barriles de ron, catorce de blanco y los demás de color; los primeros son de 25 y algunos de 26 grados; y los segundos, es decir, los de color, son de 23 y 24 grados.” También ha quedado comprobación de que fabricaba azúcar que se almacenaba en Lima para vender por partidas más o menos grandes. En carta de 1837 dice a su hermana Rosa, que se encuentra entonces en Lima: “El arriero Pedro Cárdenas, dador de ésta, conduce en su recua de borricos ocho cargas con cincuenta y cuatro panes de azúcar, peso bruto de noventa y nueve arrobas cinco libras, la que harás también poner en mi cuarto, pues como te he dicho

en mis anteriores, siendo buena y seca como lo es, podremos lograr buenos precios." En el fértil valle del Cañete se mezclan los cultivos semitropicales y los de la zona templada, y en otras oportunidades el prócer trata con su yerno don José Toribio Pequeño, del trigo que ha hecho vender y del que se dispone a despachar.

En 1838, habiendo decidido cambiar la administración de Montalván, dirige a Pequeño una carta en la cual puede verse una enumeración significativa de los trabajos que se habían planteado en esas tierras: "El presente estado de cosas en el valle de Cañete no permite, por ahora, continuar en la administración de mis haciendas de Montalván y Cuiba a don José Borne, en cuya virtud, y estando usted conforme, nombro a usted, a fin de que se ponga inmediatamente en marcha para Montalván y se haga cargo de la total administración de dichas haciendas, tomando a su cargo inmediatamente y en particular la casa paila y el desempeño de todo lo que haga relación a sus trabajos.

"Recíbase usted, pues, de los almacenes, azúcares secas y en beneficio, vacas, bueyes, borricos, yeguas y caballos, herramientas, granos, colca y todo lo que pertenezca a mi propiedad por un apunte; y, finalmente, de los libros de cargo y data de la hacienda y los de fábrica de azúcar y chancaca, apercibiendo los pagos y deudas de arriendos, ventas, etc., que se invertirán juntamente en pagos de deudas, peones, gastos de la casa, etc., de todo lo que me rendirá usted cuenta."

Se queda en Lima, porque la ansiedad que ocasiona en su ánimo el desenlace de la guerra declarada por Chile a la Confederación parece haberle aconsejado mantenerse en la capital, y desde allí instruye a Pequeño para las diversas faenas que deben irse realizando en la hacienda. Y así como en ocasión anterior no iba a Lima porque carecía de dinero para pagar algunos compromisos, en diciembre de 1838 confía a Pequeño: "Habría inmediatamente marchado; pero la suma escasez de plata me detiene hasta que se haga alguna cosa para pagar dos deudas que cargan aquí con demasiado peso." Más tarde lo detiene todavía en Lima la enfermedad de su madre, que fallece el 21 de abril de 1839. En el intervalo, las noticias de negocios que contienen las cartas, dirigidas generalmente a Pequeño, son poco apacibles: ni el ingenio produce azúcar de buena calidad, ni se obtienen precios adecuados. Sólo a fines de 1839 sube el precio del azúcar, y don Bernardo liquida las partidas que había estado acopiando en su bodega de Lima. Ya en el mes de enero de

1840 se encuentra de regreso en Montalván, en breve visita de pocos meses, la última que hará al valle de Cañete.

Montalván, por lo demás, dista mucho de ser hacienda tan productiva como pudo creer el propio O'Higgins al recibirla. En carta de 1827, dirigida a don Tomás O'Higgins, se lee lo siguiente: "Después de infatigables esfuerzos he llegado a convertir esta propiedad en un fundo productivo, asegurando así mi independencia y la de mi familia por toda la vida, aun cuando las Canteras no me produzcan un centavo." Algo después, en 1831, registra una noticia que contradice no poco la anterior, al decir a San Martín que, de una parte, "mi hacienda de las Canteras hace más de veinte años no me produce un real", pero agregando de otra, cómo "ésta del Perú cada año va a menos". Nuevas experiencias le llevan en 1839 a decir que su hacienda "es la más pobre del valle", lo que explica de sobra la acumulación de deudas producidas en los últimos años de la existencia de O'Higgins. En tales circunstancias, parece natural que se acreciente en él el deseo de volver a Chile: no sólo es su patria, sino que además un espejismo de holgura le hace contemplarla a la distancia como un paraíso. Y aquí vemos cómo el hombre de armas también era en el fondo de su corazón un agricultor enamorado de la tierra nutricia: sus proyectos miran a la agricultura antes que a otras actividades, y en ellos no aparece sólo el plan para sanear su propio caudal sino también el esbozo de una acción pública que permita el progreso de la patria.

En carta de 1830 dirigida al general Prieto, sin duda una de las piezas más importantes del Epistolario, se leen las siguientes expresiones: "Yo me gozo, pues, mi querido general, en la confianza de que no anda muy distante el día que el bárbaro y errante leñador de las Pampas se convierta en un civilizado pastor, y el pobre desnudo salvaje de la Tierra del Fuego en un industrioso y acomodado pescador.

"De pescadores y pastores pasamos naturalmente a agricultores, cuyas operaciones sobrepujan en importancia a todas las otras clases y especialmente en Chile, cuyo fértil suelo tan ampliamente remunera el trabajo del arado. En una de mis anteriores toqué a usted acerca de la gran importancia de buena semilla para aumentar abundantes cosechas de trigo, y ahora vuelvo a llamar su atención sobre el mejor modo de traer esas cosechas al mercado. Al presente el valor de los trigos chilenos ha disminuido considerablemente por la falta de limpieza con que se venden al comerciante. Esta falta viene de la desidia y

manera impropia con que el trigo se extrae de la espiga, a saber: en las trillas por las pisadas de bestias sobre terrenos llenos de arena gruesa y piedrecillas que no se pueden quitar, después de repasar el grano, si no es por el trabajo fastidioso de manos, cuya operación es de considerable gasto al molinero, especialmente en Lima donde los jornales son tan caros." Y en carta de enero del año siguiente agrega unas significativas palabras a don Antonio Gutiérrez de la Fuente: "Estuve con un pie en el estribo para regresar a Chile... Si ellos tuviesen mi experiencia, entonces creerían verdaderas mis aspiraciones, que no pasan de la esfera de un buen ciudadano que ama y trabaja por la prosperidad y engrandecimiento de su patria, promoviendo—como tenía preparados— elementos útiles para la civilización de los pueblos errantes del sur del Bío-Bío, colonos y población que diesen brazos a la agricultura y combinaciones próximas al fomento de la pesca de ballenas y desarrollo de un comercio que progresase sobre el antiguo esplendor de la moribunda provincia de Concepción. El retardo de estos trabajos producirá evidentemente desaliento en los que debían cooperar con mis intenciones; pero yo debo conformarme con lo que ordene la Alta Providencia, que confío por sus bondades sea mi guía en todas mis acciones."

Entre las Canteras y Montalván corre toda la existencia pública de O'Higgins: las guerras y sobresaltos de la Patria Vieja, las inquietudes de la organización del Ejército de los Andes en Mendoza, los brillantes triunfos de Chacabuco y de Maipo, el alistamiento de la campaña para libertar el Perú, el gobierno o directorio de seis años en los cuales el prócer plantea las bases de la nación que entreveía en sus ensueños. Y cuando la abdicación le deja libre de estas tareas, anuncia que se va a Europa y se detiene en el Perú sólo como reparo en el camino. No sigue su viaje, sin embargo, y en el Perú permanece hasta que la muerte le rinde.

## SAN MARTÍN GLORIFICADO EN CHILE

Es BIEN sabido de historiadores y viajeros que San Martín guardó de Chile un buen recuerdo. Los homenajes obtenidos a raíz de Chacabuco, la honrosa misión que le confió el gobierno chileno para llevar la libertad al Perú, la defensa que de sus actos hizo O'Higgins con imperturbable firmeza, contra las recriminaciones de Cochranne, habrían bastado para que los años de 1817 a 1823 fuesen para él presididos por una emoción no indiferente a su grande alma. Pero hubo más todavía: San Martín, por motivos psicológicos que es deber de la historia desentrañar, encontró perfecta correspondencia de espíritu con todos o casi todos los personajes chilenos a quienes le tocó tratar en ese tiempo, desde los salones y recintos más severos y esquivos, hasta los campamentos. Se sabe que fue amigo tanto como jefe de los soldados agrupados tras sus banderas; pero también importa saber que entre los jefes, distinguió como verdaderos amigos a cuantos la suerte puso en su camino.

Una carta famosa de San Martín viene como anillo al dedo en esta hora de rememoraciones heroicas. Al general Zenteno, que había sido ayudante y secretario suyo en la expedición al Perú, escribía el gran desterrado el día 22 de julio de 1842: "La carta que Ud. me remite del general Bulnes [a la sazón presidente de la República desde el año anterior] me ha llenado de la más completa satisfacción. En ella no sólo me ofrece una nueva patria, sino también aprueba del modo más lisonjero para mí, mi conducta militar en Chile." Y luego le dice que no puede ir a vivir a Chile, como le insinuaba Zenteno, porque a la muerte de su íntimo amigo, el Marqués de las Marismas, don Alejandro Aguado, ha quedado como albacea de la fortuna de éste "y curador de sus hijos menores".

Finalmente agrega: "Sí, mi amigo: las ventajas que me proporciona mi establecimiento en Chile no las desconozco: 1º Porque en ningún otro punto de América he tenido ni tengo el número de buenos amigos como en ésa: O'Higgins, usted, los generales Prieto, Cruz, Pinto, Borgoño y Blanco; los señores Salas, Palazuelos, Barra, Pérez, Cáceres, Quinta Alegre, Tagle, Larraín, Zañartu, Sánchez, Aldunate, etc. Hay más: en ningún otro país he recibido de los particulares más demostraciones de sincero afecto, como lo comprueba la elección, que Ud. me

anuncia... de miembro del Consejo de Agricultura; y, lo que jamás olvidaré, las demostraciones de interés que me manifestó la población de esa capital en la grave enfermedad que tuve a mi regreso del Perú; y aun ahora mismo me lo dice Ud., y lo confirma la carta de ese señor presidente, el interés de esos habitantes, en que fije mi residencia en ésa."

Desde el punto de vista insinuado, también hallamos en esa carta a Zenteno algunas confidencias útiles. Dice que el carácter "formal" de los chilenos "simpatiza completamente con el mío", y añade: "A esto se agrega la belleza de su suelo, salubridad y dulzura de su clima, efectos que contribuyen muy eficazmente a la felicidad de la vida; pero sobre todo, la inapreciable ventaja para mí son las garantías de orden y estabilidad que presenta ese país, y la pura satisfacción que gozaría siendo testigo ocular de su bienestar y prosperidad." Para hacer ver a su corresponsal cuánto recuerdo lo liga a la tierra chilena, le dice también que sería para él muy seductor "poder seguir una vida independiente y retirada, ceñida a la sociedad de unos pocos y viejos amigos, con los que los recuerdos de nuestros pasados trabajos contribuirían a hacer más llevaderos los males de la vejez"...

Y como brillante florón de esta carta, anotemos que en ella, además, se lee: "... Todo, en fin, demuestra que yo no puedo encontrar ningún otro país como Chile para concluir tranquilamente mis días."

Estas expresiones, insistimos, son de 1842; el Libertador, aunque maduro, dista de ser un anciano achacoso: la mala salud de otros años ha dado paso a un estado de equilibrio mediante el cual disfruta, a la medida de lo permitido en un desterrado, los pequeños goces que le ofrece la vida en Europa. Cuando recuerda a Chile y se muestra anheloso de pasar a radicarse allí, puede creerse que lo hace *ex abundantia cordis*, por verdadero amor a un país que no fue el de su nacimiento, pero al cual quiso, por elección, hacer grande y robustecer, dándole libertad, nuevas fronteras espirituales y una misión heroica que no perece.

La carta de que hemos extraído aquellas noticias es seguramente muy conocida de los lectores argentinos, ya que no en balde ha sido publicada más de una vez en apoyo de investigaciones históricas de todo género. Tal vez no lo sean tanto los versos que citaremos en seguida, con los cuales puede formarse una corona poética que sería la ofrenda de Chile a la glorificación de San Martín. A la inauguración del monumento ecuestre

que conserva la efigie del Libertador en el principal paseo público de Santiago de Chile, los poetas chilenos rivalizaron para poner una rama de laurel sobre el plinto de mármol, y algunos elevados por la magnitud de la fecha y por el nombre al cual consagraron sus voces, lograron sobresalir de la medianía. A ellos concretaremos nuestro recuerdo.

La fiesta del descubrimiento de la estatua se llevó a cabo el domingo 5 de abril de 1863, aniversario de la acción de Maipú, en que San Martín había abatido, tras pocas horas de combate, la prepotencia de los ejércitos españoles. Hablaron oficialmente, en nombre de gobierno de Chile y de las instituciones patrias, el ministro del Interior, don Manuel Antonio Tocornal, y otros personajes, y coros de alumnos de las escuelas públicas entonaron las estrofas del himno de Eusebio Lillo a San Martín, con música de José Zapiola.

El coro

Del Andes en la cumbre  
tu gloria escrita está:  
mientras el sol alumbre,  
tu nombre vivirá,

parecía llamado a que se lo aprendieran de memoria todos los chilenos y decía, en su sencillez, el agradecimiento de la patria al capitán argentino. De entonces acá, lo repiten los libros de lectura escolar, las antologías patrióticas, y se ejecuta todavía con respeto y emoción en las ceremonias que se realizan ya al pie de esa misma estatua, ya en los campos de Maipú, vecinos a Santiago.

Terminada la parte oficial de la ceremonia, tomaron la tribuna algunos oradores designados expresamente para el acto por la Unión Americana. José Victorino Lastarria, Juan Nepomuceno Espejo y Guillermo Matta cumplieron aquel encargo en piezas de carácter muy desigual. Mientras los primeros tocaban los aspectos políticos de la misión de San Martín, actualizados entonces por el creciente peligro de una intervención europea en América, el último pronunciaba una brevísima arenga, de tono muy elevado y tribunicio. A ella agregó en seguida algunos versos, en cuyo coro hay gallardía y nervio nada comunes:

Toque el himno la trompa guerrera,  
suba al cielo el clamor varonil,

bata el viento la libre bandera,  
¡Salve al héroe del cinco de Abril!

Por su parte, el poeta Eduardo de la Barra, que hablaba en nombre del Círculo de Amigos de las Letras, exclama al comienzo de su composición:

Grande te alzas, guerrero, entre los grandes  
que la América libre reverencia,  
y aún conservan tu voz de independencia  
las cúpulas de hielo de los Andes.

Y terminaba diciendo:

Sobre las tumbas la justicia falla,  
huye la envidia y la calumnia calla,  
y hoy nuevamente escribiré la historia:  
¡Gloria a tu nombre, inmarcesible glorial!

El diario de Santiago *La Voz de Chile*, órgano oficial de la Unión Americana, dio amplia publicidad a estos testimonios escritos de la celebración. No sólo publicó los discursos a que nos hemos referido sino también las poesías, con las cuales llenó un par de nutridas columnas en su edición de 6 de abril. Entre ellas conviene citar un soneto de Enrique del Solar, *A O'Higgins y San Martín*, que sin ser un paralelo de los héroes encierra una síntesis muy feliz de lo que Chile debe a ambos. Dos días después agregaba, con la mención de que era tomado del otro diario santiaguino, *El Ferrocarril*, un poema de Hermógenes de Irisarri donde el poeta erótico dejaba expresamente a un lado su "cítara de cuerdas de oro" para abrazar, como excepción, un tema épico. El 9 de abril reproducía de ese diario otro poema dedicado a San Martín por Adolfo Valderrama, que de algunos años a esa parte venía ilustrando el viejo apotegma de que de médico y poeta todos tenemos un poco...

Terminaba por entonces cada semana *La Voz de Chile* con un par de suplementos literarios en su edición sabatina: un tercio de la primera página con versos de diferentes firmas, y una sección fija, *Conversación del sábado*, en que se pasaba revista a los hechos más ostensibles de los siete días anteriores. El 11 de abril pudieron leerse en aquel suplemento los versos dedicados por Juan Castellón *A la batalla de Maipú*, que llevan fecha 1861 y no fueron, por lo tanto, motivados por la inaugu-

ración de la estatua, y que no mencionan a San Martín para nada, aun cuando sí elogian el lustre particular de la fecha dentro de la historia patria.

En la *Conversación del sábado* hay más tela que cortar. Su autor, el mismo poeta Matta ya nombrado, había sido partícipe de la fiesta, de modo que la pudo narrar en términos muy adecuados. Hélos aquí:

“Si alguna vez un gobierno ha podido ver por sus propios ojos lo que se enaltece y levanta ante los ojos del pueblo, cuando cumple un acto de verdadero patriotismo, aquello lo ha conseguido en la solemnidad del domingo 5 de abril. No era sólo la estatua de San Martín la que entonces se inauguraba, era también una nueva época, una nueva idea, una nueva política, en las que (como lo expresó con tanta elocuencia el señor Lastarria) la verdad, la justicia y el derecho, han de ser la glorificación de la democracia y la purificación de la libertad. Con esta política de verdad y de justicia, nada tiene que temer de la Europa despótica la América libre, republicana y democrática.

“No sólo para Chile, para toda la América, el día 5 de abril de 1863 ha sido un gran día. ¿Quién podría describirlo? ¿Quién podría traducir con palabras el entusiasmo que iluminaba todos los semblantes y las esperanzas que conmovían todas las almas? En todos los labios no había más que una voz: ¡Patria!, y esa voz iba a despertar en todos los corazones los latidos de la libertad, rodeando de magnífica aureola la estatua de un héroe. El anciano inválido, el niño travieso, la vieja regañona, la niña hermosa, el joven casquivano, todos, como impulsados por un extraño magnetismo, se encontraron en ese día alegres, decididos y llenos de patriotismo y entusiasmo. Para todos la palabra de Las Heras, modesta y franca como la sinceridad, sublime como el heroísmo; la de Lastarria, austera como la conciencia, elocuente como la verdad; la de Espejo, enérgica como la libertad, arrebatadora como el tambor de las batallas; la de Rodríguez Velasco, respetuosa y varonil como la juventud; la de Barra, magnífica como la poesía; para todos, decíamos, estas palabras sublimes, elocuentes, enérgicas, respetuosas o varoniles, no eran más que el eco del gran pensamiento que en todos dominaba y que elevaba a todos a la misma altura.

“La junta directiva de la Unión Americana, cumpliendo con su deber y con su misión, sombreó el pedestal de la estatua con las banderas de las repúblicas hermanas y colocó, al lado de la estrella de Chile, el águila de México, como prueba de sus

leales sentimientos y como prueba de una alianza futura. La estatua, cuando se descorrió el velo tricolor que la cubría, fue saludada por un inmenso viva que atronó el aire, y hubiérase creído que de sus labios de bronce iba a partir un acento al animarlos repentinamente el sol de la gloria. Inútil fuera que nosotros tratásemos de describir el resto de la fiesta, que durante toda la semana ha sido el tema de las conversaciones y de los diarios de la capital y de Valparaíso.”

José Antonio Soffia, muy joven entonces, fue testigo de aquella fiesta, y acaso estuvo con la muchachada de la Unión Americana montando guardia junto a la base marmórea de la estatua. Años más tarde, siendo ministro de Chile en Bogotá, tuvo que cumplir un grave compromiso poético. Se trataba de escribir un libro de homenaje al centenario de Bolívar, todo en verso, destinado a glorificar al libertador de aquella sección de América. Pero Soffia —cantor de O'Higgins en diversas circunstancias— no podía olvidar a San Martín, cuya gloria está inextricablemente trenzada con la del héroe chileno por antonomasia. ¿Cómo salir del paso? ¿Cómo callar el nombre de San Martín sin hacer injuria a la historia? ¿Y cómo glorificarlo en una nación en que sus hazañas tal vez fueran poco conocidas? Entonces Soffia produjo con *Los dos Mesías* el más curioso y simpático paralelo de San Martín y Bolívar que conoce la musa americana, una joya de gracia y de talento, fina glosa de la historia en sus más prolijos rincones. Son dos soldados —cabo y sargento— los que dialogan: uno, de las huestes bolivarianas; el otro, de las banderas de San Martín. Cada uno tiene su ídolo; ninguno acepta que el otro sea más grande, ni más desprendido, ni más sublime: uno elogia la elocuencia de Bolívar, el otro sabe hallar ecos elocuentes en la mirada penetrante del taciturno gran capitán de los Andes. Y viene la entrevista de Guayaquil, porque el poeta, como se ve, no ha querido evitar detalle para que su labor sea más riesgosa. Y cuando la entrevista ha terminado, vuelven los dos milites a continuar el interrumpido contrapunto:

—Hablaron cosas tan grandes,  
que sólo así, en confusión,  
me acuerdo que repetían:  
¡Libertad! ... ¡Derecho! ... ¡Honor! ...  
¡Independencia! ... ¡El Perú! ...  
¡Futuro! ... ¡América! ... ¡Unión! ...

¡La Escuadra! ... ¡Victorial! ... ¡Pronto! ...

¡Usted manda! ... ¡No: los dos! ...

No se movió el General;

mientras que el Libertador

sin sosiego se paseaba,

y mudando gesto y voz,

—“¡Seremos libres! —decía—;

¡está con nosotros Dios! ...”

Los brazos cruzaba, y luego

volvía a su agitación...

—Pero ¿qué se saca en limpio? ...

—Lo que en limpio saco yo

es que al Callao y a Lima

habrá luego expedición...

—¿Y quién mandará? ... —Digo que no...

Don José... —Digo que no...

—¡Apuesto que don José!

—¡Apuesto que don Simón! ...

En la escena final, magistralmente presentada, viene un desenlace llamado a conciliar las cosas, si no conforme a la verdad histórica estricta, por lo menos de acuerdo con la filosofía que se desprende de los acontecimientos que siguieron. Pero antes de divagar nosotros en ruda prosa, cedamos la palabra al poeta:

—Mi sargento, ¡estoy de viaje!

—¿Para dónde? ... —Para el Sur,

con mi General, que hoy mismo

se va de nuevo al Perú.

—¿Cómo? ... —A renunciar el mando

y a poner bien a la luz

las cosas, para que pueda

el Libertador, según

lo estime más oportuno,

ir, romper la esclavitud,

derrotar a los realistas,

y después... quién sabe... ¡Abur!...

—Pero ¿qué razones tiene? ...

—Ante el peligro común

mi General cede el campo,

¡que no lo cedió en Maipú,

en tanto que al enemigo

lo puso de oro y azul! ...

—Tal vez del Libertador...

—Sin la menor acritud

se aleja. ¡Con qué victorias  
y galones!... —Pero aun  
no entiendo... —¿No está mirando  
que se abrazan?... —Sí... —¡Salud!...

Esta meditada incertidumbre que equivale a la distracción de los soldados mientras discurre, distante de ellos, la escena de la despedida, cierra el cuadro con brochazo maestro. El poeta no se podía comprometer en tierra extraña, ni era historiador que pudiera atreverse a afrontar a pecho descubierto la aguda polémica. Sobre los dos héroes teje una guirnalda de laureles con la aguda charla de los soldados, que, las armas en la mano, evocan con rapidez vertiginosa lo que cada uno sabe de su héroe: el ademán audaz, la mirada, la sonrisa, la voz de mando, la decisión fulmínea ante el enemigo...

En años posteriores el tema aparece de cuando en cuando en la poesía. Los tiempos no son ya los mismos, y el poeta se resiste hoy a llevar a su canto a los hombres públicos. La lira épica va siendo abandonada porque el espacio lo absorbe la confesión íntima. El ciclo de los grandes capitanes ha pasado ya casi del todo. El tema, sin embargo, reaparece cuando menos se le espera. Samuel A. Lillo, en *El paso de los Andes*, evoca a San Martín, elogia "la entereza y la hidalguía", y añade:

En su pecho inaccesible  
como el agrio peñascal,  
tiene sed de lo imposible  
su indomable voluntad...

Y después de otras evocaciones no menos pertinentes al tema, agrega:

Ha tocado la jornada ya a su fin:  
el sol baña  
la montaña  
con sus tintas de rubí;  
en la falda de un picacho pedregoso,  
pensativo y silencioso  
ve el desfile de sus héroes San Martín.

El paralelo de O'Higgins y San Martín, unidos en la hermandad de la "gesta patria", asoma en una poesía de Ernesto

Montenegro, que lleva precisamente ese título. El autor ocupa muchas de sus estrofas en la evocación de las luchas de la conquista, y sólo al final se concreta a la evocación paralela:

Dos banderas se enlazan guiando a la palestra  
 que a dos bandos congrega bajo el son del clarín  
 y entre los granaderos, de O'Higgins a la diestra,  
 viene el émulo digno del héroe: ¡San Martín!  
 Hermanos por la gloria, por la desgracia hermanos,  
 la victoria en sus brazos los estrechó en Maipú,  
 y a un mismo ideal unidos, del mundo ciudadanos,  
 su cruzada llevaron más allá del Perú.  
 ¡Soldados legendarios! Las pampas de la América  
 los vieron marchar juntos, paso de vencedor.  
 Bravía raza indígena, heroica sangre ibérica,  
 no en vano de tus hijos fue la herencia el valor.

Abel González, poeta más próximo a los alientos populares, como lo revela el uso de la décima, no tocó tal vez nunca mejor la cuerda patriótica que al recordar a San Martín. En su *Musa chilena*, especie de panorama poético de las heroicidades de la raza, dice en su elogio:

Y en San Martín, con mi hermana  
 la noble musa argentina,  
 fuimos catarata andina  
 contra la avalancha hispana;  
 fuimos de luz soberana  
 fulminadores chispazos,  
 fuimos recios aletazos  
 de un vendaval tan fecundo,  
 que a su soplo nació un mundo,  
 de la libertad en brazos. . .

Los acentos épicos y heroicos, perdidos para las nuevas generaciones, que han mostrado notorio desvío por ellos, revivieron en el verso de Víctor Domingo Silva. Una vasta porción de la poesía de este egregio poeta aparece ligada a la historia, y por ella desfilan escenas de combate, la colaboración humilde que los guerrilleros prestaron a la emancipación, y, en fin, la acción de gracias a los próceres. Su *Brindis por los granaderos* debería ser copiado íntegramente en esta breve antología, si lo permitiera el espacio. El elogio de San Martín salta de verso en verso.

¡Página enorme la de piedra  
en que ellos graban su heroísmo!  
¿Qué los ataja o los arredra?  
Ni alta montaña, ni hondo abismo,  
ni torrentera, ni quebrada...

Y luego, pasada la evocación de los días epónimos del Ejército de los Andes, el poeta los ve alejarse bajo el mando de San Martín a dar la libertad a otra nación:

¡Vedlos! Se van, se van un día...  
Siguen la ruta, épicamente.  
La Libertad, que los envía  
nos los devuelve: ésa es su gloria,  
y cual la linfa de una fuente  
ella derrámase en la historia  
de todo un vasto continente.

En los últimos años, insistimos, los poetas se tornan rebeldes a las sollicitaciones del amor patrio. Olvidan los grandes hechos de la historia, y parecen como menospreciar la evocación de los capitanes ilustres, de los próceres, de los padres de la nacionalidad.

No podría decirse, sin embargo, que está olvidado del todo, ya que no son los poetas los únicos vivientes... La historia de las hazañas cumplidas en los años ejemplares, y especialmente las jornadas de Chacabuco y de Maipú, en la expedición libertadora sobre Lima y en la proclamación de la independencia peruana, se repasa todos los años en escuelas, liceos y colegios, y sobre ella se escriben composiciones escolares, artículos en los diarios y, en fin, libros y folletos. Si la investigación nada tiene que añadir, o muy poco, porque no han aparecido nuevos elementos, lo que en tanto crece y crece es el caudal emotivo que despierta el nombre de San Martín, el gran capitán de los Andes, el Libertador de Chile.

## DOS NOTAS SOBRE PORTALES

EL HOGAR que había formado don Diego Portales con su prima hermana doña María Josefa Portales Larraín fue destruido violentamente por la muerte de la joven esposa. La ceremonia del matrimonio se realizó en Santiago el 15 de agosto de 1819, y doña María Josefa —a la cual Portales en la intimidad del hogar, llamó “Chepita”— falleció dos años después. No hubo sucesión de aquellas nupcias. Portales, según es sabido y notorio, sufrió cruelmente con la brutal ruptura de la vida de hogar que había iniciado en plena juventud, a los veintiséis años de edad. Pensó en el claustro. “Con el correr de los días —escribió a su padre—, que cada vez me son más penosos, la ausencia eterna de Chepita no ha hecho más que aumentar la pena que me aflige.” El padre, sabedor por gramática parda de lo que conviene a las almas destrozadas por una pena de amor, le había aconsejado que se casara de nuevo; pero el joven enamorado rechaza airadamente el consejo. Prefiere el claustro: “He llegado a persuadirme de que no pudiendo volver a contraer esponsales. . . , no me queda otro camino que entregarme a las prácticas devotas vistiendo el hábito de algún convento.” Y, en fin, emite el voto supremo de su vida: antes de casarse de nuevo, opta por seguir siendo viudo para siempre. “Crea Ud. —dice a su padre, en conclusión— que las mujeres no existen para mi destrozado corazón: prefiero a Dios y la oración antes de tentar seguir el camino que inicié con tanta felicidad y que bien pudiera serme fatal. . .”

El episodio íntimo a que hemos pasado revista somera en las líneas anteriores tiene semejanza extraordinaria con otro similar ocurrido en la vida de un grande americano, digno, como nuestro Portales, de la admiración de las generaciones posteriores y que efectivamente está recibiendo hace ya tiempo ese homenaje. Hemos nombrado a Simón Bolívar.

Bolívar, diez años mayor que Portales, hallábase en los últimos años del siglo XVIII en Madrid y contrajo allí matrimonio con doña Teresa Toro y Alayza. Don Simón contaba diecisiete años; su mujer, veinte. En 1801 volvió a Caracas acompañado de Teresa. Los ensueños de felicidad y ventura que con esta alianza se habían abierto para el alma tempestuosa de Bolívar, fueron cortados de súbito por la muerte. Teresa murió en 1803

y dejó a don Simón viudo y sin hijos. El golpe moral sufrido por éste fue sumamente recio. Años más tarde escribió: "Quise mucho a mi mujer, y a su muerte juré no casarme otra vez. He cumplido mi palabra. Si no hubiera enviudado, quizá mi vida sería otra; no sería el General Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo. . ." Bolívar quiso calmar el dolor ocasionado por aquella muerte, con viajes que le franqueó una holgada fortuna. Fue a ver mundo, se relacionó en Europa con gente de viso y comenzó a empaparse en la doctrina liberal de la época, a cuya luz la sujeción colonial de las provincias americanas era una injusticia o, por lo menos, un anacronismo desde que las colonias inglesas pudieron emanciparse en fecha tan remota como 1776. Todos los historiadores de Bolívar aceptan que este hecho singular torció el rumbo de aquella existencia. Larrazábal se avanza a decir que llegó a "situarle más resueltamente en la senda de la política".

En todo caso —y para que no se nos tache de exagerados— notemos que poco después de aquella desgarradora ruptura en su matrimonio, Bolívar desde una de las colinas de Roma lanza al mundo antiguo que tiene a las plantas, el juramento de libertar el Continente americano de la coyuntura colonial. Más todavía: se promete no entretener la vista en nada que lo separe de aquella causa, dedicarle todos los esfuerzos del brazo y todos los pensamientos de la mente.

Hay aquí motivo sobrado para un paralelo espiritual que ofrece profundo alcance psicológico. En ambos ejemplos, los viudos a deshora juran no volver a casarse, y lo cumplen. Portales, muy piadoso en esos años, mira en el convento un refugio adecuado para conservar la castidad que le parece tributo debido a su adorada Chepita. Bolívar prefiere morir, y en todos los tonos se lo dice al tierno compañero de esas horas, a su pintoresco maestro Rodríguez, e insiste en que se le deje solo para que la muerte se lo lleve junto a Teresa, y algo después, inflamado por las reminiscencias de sus lecturas clásicas, contrae el juramento del Monte Sacro. En ambos se observa la canalización del ímpetu espiritual hacia los negocios abstractos, la política, la conducción del Estado. Bolívar —porque los años de la historia de su patria se lo exigen— asume la vertiente heroica, y de caballero paseante en corte se transforma en guerrero

y hace campañas inmortales. Portales, en cambio, viendo pacificado su país, no ciñe la espada —salvo la del guardia cívico, más simbólica que efectiva— sino que se dedica a la organización civil de la república hasta darle forma robusta, viable por las solas fuerzas de la persuasión y de la opinión. El amor a una mujer se cambia, en los dos héroes, en un amor furioso por la cosa pública. Quieren ver progresar a los pueblos de que han surgido, y se irritan cuando los hombres llamados a secundarlos no cumplen, o cuando los elementos parecen confabularse contra el plan de combate...

Podría decirse —sin ánimo de hacer injuria a ninguno de los dos— que el vacío de la intimidad conyugal rota a deshora por la muerte de la mujer amada, exigía ser llenado con un tarea que fuese superior a la de formar una familia y velar por ella, infinitamente más trascendental que echar hijos al mundo, cuidarlos, educarlos y procurarles acomodo en la vida. Y a ello se entregaron, pues, con vehemencia que por instantes parece inconmensurable con la normalidad humana. Considerados así, desde luego, ni Bolívar ni Portales son seres de filiación común. Salen de lo normal, son casos abiertamente patológicos cuyo equilibrio se rompió del lado de la abnegación a las tareas públicas, políticas, guerreras, diplomáticas, cualquier cosa menos hogareñas.

Esta ruptura del equilibrio, la que produce a los grandes iluminados, a los caudillos, a los reformadores, a los jefes de pueblos, ha sido siempre admirada y celebrada en Bolívar, pero no igualmente perdonada a Portales. El chileno, propenso siempre a encontrar fuera de su país los temas de la admiración y el embozamiento, no vacila en celebrar el "desequilibrio psicológico" que condujo a Bolívar a entregarse de manos atadas al grave negocio de ser el guerrero libertador de medio Continente, y mira con ceño esquivo a Portales que para ser el salvador político de Chile en 1830 y el genio tutelar de la guerra en 1837 —es decir, cuando ya la muerte lo había quitado de en medio— hubo de hacer abstracción de afectos hogareños y de lazos de familia, y vivió solo, malhumorado, descontento siempre de sí mismo y de los demás, mascullando interjecciones, amenazando, profetizando, en el empeño de que Chile optara por un camino mejor. Celebra muchísimo las repetidas aventuras galantes de Bolívar, pero se muestra muy reservado con el desahogo que Portales halló a su voluntaria viudez. Aplaudiva con emoción el heroísmo y el desprendimiento del héroe caraqueño, pero

no acepta sino con extrema cautela y después de medir mucho y pesar por adarmes y escrúpulos, el que Portales también hubo de vivir pobre e incomprendido dentro del relativo esplendor a que conducía a la república. . .

Y, sin embargo, estudiando el problema formulado con los datos de la más elemental psicología, viene a ser una misma cosa para ambos héroes. Los dos reemplazan a la amante de carne y hueso, muerta demasiado pronto, con una entelequia, o si se prefiere, con un ideal. Uno quiere ver a su patria libre del vasallaje de la colonia; el otro, la quiere ver libre de aprovechadores, demagogos y demás pandilla. Los dos se revuelven rabiosamente contra los obstáculos. La desgracia ocurrida en plena juventud en lugar de hacerlos sumisos, como ocurre en las almas normales, produce en ellos una furia extremosa, un ansia que no se llena con vulgares medidas, un alentar quijotesco y aparentemente absurdo porque es también aparentemente superior a las fuerzas de un solo hombre: libertar un continente para uno, moldear de nuevo ¡totalmente de nuevo! la sociedad que le rodea, para el otro. La cautela los visita muy de tarde en tarde. Con quien dialogan noche y día, sin cesar, es con la quimera nacida en los días de la desesperación y de la congoja, esto es, con la quimera que reemplazó en ellos el amor doméstico fallido. Bolívar y Portales, sin otras diferencias que las de escenario y de momento histórico, fueron en este aspecto cortados como por una misma tijera en una misma tela de sensibilidad.

Los dos "sienten", desde luego, y con extrema vivacidad, el dolor de la patria, y los dos se juran libertarla. No miden previamente las fuerzas, ni hacen un balance, porque tal vez, de hacerlo, se habrían declarado derrotados antes de combatir. Se lanzan a la lucha sin apresto previo. Instan con vigor a los amigos, a los camaradas, a los poquísimos seres en quienes reconocen las virtudes necesarias para seguirlos. Les exigen mucho y es poco lo que les dan en compensación. Para ambos la única recompensa efectiva está en la historia, y para ella emplazan a quienes se atreven alguna vez a cobrar. El sentir quijotesco, que los hace desprendidos e imprevisores, quieren extenderlo a cuantos andan cerca. Portales, desoyendo todas las prevenciones, marcha confiado a la muerte que lo acecha en Quillota, porque cree en el respeto que tantas veces ha debido jurarle Vidaurre. Bolívar, con gran suerte, escapa más de una vez de la conjuración asesina, pero cuando muere está derrotado en lo más ínti-

mo de su ser. Ambos han cosechado ingratitud e incomprensión más que satisfacciones del amor propio o de la sensualidad.

Habiendo dejado Portales el Ministerio a mediados de 1831, quiso el gobierno de Prieto conservarlo dentro de la administración, para lo cual lo designó gobernador interino de Valparaíso. Antes lo había nombrado comandante del batallón de guardias cívicas. Con ambos encargos, pasaba Portales a cobrar toda la importancia de un virrey en la provincia, título que por cierto se dio más de una vez él mismo, en el tono de chanza que le era habitual. Pero, a diferencia de muchos virreyes, Portales quiso hacer gobierno efectivo en Valparaíso, y adoptó medidas de grande importancia que modelaron de nuevo la población del puerto. Su ascendiente como antiguo miembro del gobierno era una garantía de efectividad en el mando. En las notas que siguen se contempla sólo un fragmento de las obra que desarrolló en Valparaíso, tal vez menos conocido que otros.

En febrero de 1833, queriendo avanzar en la organización de la guardia cívica, ordenó alistar a los barberos de Valparaíso. Pero ocurrió que eran todos, o casi todos, peruanos; reclamó el cónsul; Portales le discutió; el asunto llegó hasta el gobierno, y con él la amenaza que Portales hacía de renunciar si no se mantenían las medidas que había adoptado. A fines de febrero, pasada aquella pequeña tempestad, daba noticias Portales de haber entregado las compañías del primer batallón de la milicia a los ayudantes que había hecho llegar de Santiago. Se quejaba por otra parte de que el instrumental de música, mal encajonado en la capital, le llegó inservible, y ya el 7 de marzo daba cuenta a Cavareda (ministro de Guerra y Marina desde diciembre de 1832) de lo que había logrado: "El arreglo y orden que reina en el cuartel de los cívicos presta mucha seguridad, y crea usted que con la banda de tambores y músicos y los sargentos de línea creo suficientes para trastornar cualquier plan. Esta tarde voy a hacer llevar, con mucha precaución, dos mil cartuchos a bala, y todo, sin que se sienta, quedará dispuesto del modo que usted podía desear. La moralidad y subordinación que se ha logrado ya infundir en los cuerpos de infantería de milicias me hacen esperar que a pesar de estar muy en principios, puede sacarse de ellos todas las ventajas que se quieran. No trepido un momento en aconsejar al gobierno que en caso de peligro, esto es, de un golpe de mano de los bribones, debe

estar dispuesto a volar a Valparaíso, en donde encontrará toda seguridad, especialmente a la vuelta de tres o cuatro meses, tiempo que considero bastante para poner en buen estado los 1 500 hombres de que constan los tres cuerpos cívicos."

Don Guillermo González de Hontaneda donaba a la ciudad de Valparaíso los terrenos de Playa Ancha y Taqueadero con fecha 7 de junio de 1833, según consta del índice de los documentos del archivo de aquel municipio. El día siguiente Portales escribía a don Fernando Urizar Garfias: "Hay pequeñeces en que puerilmente suelo tomar tanto empeño, que postergo por ellas cosas de entidad. Me propuse conseguir que por el propietario de Playa Ancha se hiciese una donación gratuita al Cabildo de todos los planes que hay en aquel terreno, así para asegurar a este pueblo oprimido el único lugar a que puede salir a extenderse y de cuyo recreo podría ser privado por el propietario el día que le diese la gana, como para formar en la parte más aparente de esos planes un campo de instrucción para las milicias. Ya se ha conseguido todo, y ayer ha comenzado con el presidio el trabajo de la compostura del camino, y seguirá con la del campo. Los viajes a Playa Ancha, las conversaciones y conferencias sobre este asunto me han llevado el tiempo en estos días, y no he contestado por eso sus apreciadas 3 y 4 del que rige, que tengo a la vista, con la de fecha 7."

Poco después, conseguida ya parte de la empresa que se había propuesto, Portales escribía al mismo corresponsal (5 de agosto): "Ayer me hallaba maniobrando en línea sobre el campo de Playa Ancha con una fuerza de más de 1 400 hombres de las tres armas, y me encontraba puerilmente lisonjeado con la idea de que Valparaíso no podía ser fácilmente penetrado por una fuerza invasora ni por las sugerencias y tentativas de los malos..."

Pero esta parada que Portales con su característica *non-chalance* presentaba tan familiarmente, había sido una gran ceremonia cívica, llamada a coronar su paciente labor de organización. Portales, como ya se dijo, había sido nombrado el 25 de octubre de 1832, comandante en comisión del batallón de Guardias Cívicas de infantería que se había mandado organizar por decreto dictado el día anterior. En aquel documento se le daba el tratamiento de teniente coronel, e "igualmente se encarga la organización de las compañías de artillería y escuadrón de caballería" a que también se refería el decreto del día 24. De allí, como puede verse, plenamente justificado el alborozo de Porta-

les al comandar tantos y cuantos hombres "de las tres armas" en la ceremonia del día 4 de agosto.

Para saber, en fin, lo que hay acerca de ésta es fácil extractar lo que dijo *El Mercurio* en su edición del día siguiente, al hacer una crónica bastante puntual.

El día 4 de agosto de 1833 lo que festejó y solemnizó Portales en los campos de Playa Ancha cuya donación había conseguido de Hontaneda poco antes, fue nada menos que la jura de la Constitución promulgada el 25 de mayo. Es verdad que en una parada cívica de 7 de julio se había procedido ya a dicha jura; pero, según aparece de estos antecedentes, Portales creía que el suceso era digno de mayor publicidad y, sobre todo, conveniente hacer participar en el regocijo del acto a un concurso de pueblo más amplio. Para todo esto se prestaban a maravilla los llanos de Playa Ancha. A las once de la mañana, según informa *El Mercurio*, se trasladaron a aquel punto los dos batallones, de la guardia cívica, un escuadrón de caballería y cuatro cañones de montaña. "El señor Gobernador Militar [esto es, Portales, nombre que el diario no da, conforme la costumbre de la época] a la cabeza de la brigada, prestó el juramento debido a la Constitución Política de la República, reformada y mandada publicar por la Gran Convención, llenando todas las formalidades prescritas por el decreto supremo. Este juramento fue repetido por los cuerpos que hemos mencionado, al mismo tiempo que se ejecutaba por la tripulación del 'Aquiles' y la guarnición del fuerte San Antonio. Una salva general por la infantería y artillería de la brigada, contestada por el 'Aquiles', la fortaleza y un lanchón armado, anunció la consumación de aquel acto, el cual fue corroborado por vivas redoblados."

Según Portales, los hombres que formaron en aquella ceremonia eran mil cuatrocientos; según el diario, mil doscientos, "y sabemos —agregaba el cronista— que este número no ha sido mucho mayor, porque aún no se ha uniformado el resto de la fuerza que le pertenece".

En suma, de lo que llevamos dicho se desprende que Portales ocupaba "militarmente" los llanos de Playa Ancha para el objeto indicado en la carta de 8 de junio, antes de que se cumplieran dos meses de la donación. ¿Cómo se había conseguido semejante logro? Muy fácil. En la carta ya lo había dicho: puso en trabajo a los reos del presidio, y allanando primero el camino y mejorando en seguida el campo, en tan corto tiempo consi-

guió que Playa Ancha quedara perfectamente practicable para el objeto buscado.

El doble fin de los terrenos de Playa Ancha cedidos por el señor González de Hontaneda, merced a la industria de Portales, queda a la vista: Uno era dar al "oprimido pueblo" de Valparaíso un sitio adecuado para ir a pasear en los días festivos. Dentro de la concepción moralizadora que concedía Portales al poder público, adquiriría esa práctica grande importancia, pues la aglomeración en las calles congestionadas del puerto era ocasión para frecuentes borracheras y reyertas que a veces asumían odiosos caracteres. Además, en otros días de la semana, conforme el régimen interno de las milicias, el campo de Playa Ancha serviría para la instrucción militar. Hay testimonio en el *Epistolario* de que Portales vivió dedicado casi enteramente a ésta en los primeros meses de su gobernación, para lo cual formó bandas de músicos, consiguió uniformes, etcétera.

Y para que se vea, además, cómo Portales no debió hacer misterio entonces de lo que realmente se proponía, léase lo que dijo el diario al término de la crónica extractada: "Si los rápidos progresos que se advierten en la organización de la milicia en este puerto se logran en los demás puntos de la República en que actualmente se organizan, calculamos que Chile tendrá en breve una numerosa y respetable fuerza armada, que garantizando mejor el orden público y fortificando sus medios de defensa, moralizará al mismo tiempo los hombres de ciertas profesiones. No son éstos los únicos ni los más importantes resultados que debe dar a la República la organización de la milicia. Completa su disciplina, se provocarán con tiempo algunas útiles reformas que hoy día salían sin efecto en la ley de enrolamiento, y entonces se habrá edificado el más fuerte antemural de las leyes y el apoyo más sólido del orden público, porque la fuerza estará en la masa de los ciudadanos y el voto público, dirigido hasta cierto punto, se exprimirá con tanto orden como independencia."

Como no soy fanático del personaje que examino, no aseguro haber visto la mano de Portales en estas palabras, aun cuando es verosímil que Portales las haya escrito como escribió no pocas columnas de *El Mercurio*. Puede sí asegurarse, sin temor alguno, que allí están vertidas en forma muy completa las ideas propias de Portales sobre el resguardo que a su juicio podrían hacer del orden público las milicias cívicas y sobre lo que po-

dría llamarse la contención del ejército dentro de los marcos establecidos por una vigilante opinión pública.

Pues tiempo es ya de observar cómo uno de los objetos principales de la acción de gobierno de Portales fue el enfrenar al ejército, de manera de evitar en lo sucesivo sus irrupciones irregulares en el manejo de los negocios de Estado, peligrosamente frecuentes en el periodo comprendido entre 1823 y 1829. Para conseguir este enfrenamiento, en apariencia muy difícil, Portales tomó dos medidas de parecidos alcances: una negativa, dar de baja a los jefes del ejército de Freire a raíz de la derrota de Lircay, como forma de extinguir la prepotencia política de los militares profesionales, y no cuando estaba en auge sino en el momento en que se hallaba mortalmente herida; y otra positiva: la organización de las tantas veces mentadas guardias cívicas. Cabe además agregar que Portales comprometió al gobierno de tal suerte en la formación de las milicias, que pudo lograr hacerlas más grandes que el ejército regular, no sólo por la cuantía numérica de los efectivos, cosa fácil de obtener, sino también por las vinculaciones sociales y, en suma, el prestigio de que se las rodeó. Los miembros de la guardia cívica no fueron todos, como se cree, oscuros menestrales y artesanos, sino también hombres cultos dedicados a los ejercicios doctrinales con entusiasmo contagioso.

La milicia llegó a ser, más o menos como la soñó Portales, lo mejor del pueblo de Chile en armas.

ENSAYOS POLÍTICOS

## ESTADOS UNIDOS Y DESUNIDOS

MIENTRAS residí en Estados Unidos, frecuentemente fui interrogado en parecidos términos por sujetos de elevada cultura:

—¿Por qué no se unen las naciones americanas del Sur, a ejemplo de Estados Unidos?

En el fondo de quienes así interrogan existe un agregado tácito que yo imagino perfectamente:

—Porque si se unieran, no cabe duda de que sobre ellas descendería la misma prosperidad que nosotros tenemos, y unidas disfrutarían de un nivel de vida a que separadas no pueden aspirar.

Yo no siempre di respuesta a esas interrogaciones, porque en muchos casos no había tiempo de esbozar una teoría satisfactoria. Estas líneas tienen por objeto responder, en parte, preguntas que han sido escritas muchas veces y que forman el meollo de libros, conferencias, campañas de publicidad periodística, a lo largo de años. Cuando yo era niño, pasó por Santiago de Chile el escritor argentino Manuel Ugarte, que andaba en gira de conferencias por las naciones sudamericanas, esgrimiendo la doctrina de que ellas debían unirse para así defenderse mejor del “peligro yanqui”, nombre que, entonces, aplicábase a lo que hoy se prefiere denominar “imperialismo”. Ugarte daba forma esquemática a sus ideas de la siguiente manera:

“Contemplemos el mapa de América. Lo que primero salta a los ojos es el contraste entre la unidad de los anglosajones reunidos con toda la autonomía que implica un régimen eminentemente federal, bajo una sola bandera, en una nación única, y el desmigajamiento de los latinos, fraccionados en veinte naciones, unas veces indiferentes entre sí y otras hostiles.”

Estas expresiones han sido repetidas después, con no pocas variantes. Ya es una especie de lugar común entre quienes consideran los problemas pendientes en el Nuevo Mundo, lo de sugerir la unificación de las repúblicas hoy desunidas del Sur, para contraponerlas a Estados Unidos.

En los países del Sur suele hablarse de la *diplomacia del dólar* para aludir a las inversiones que realizan algunos conciudadanos de Estados Unidos más allá de sus fronteras, y se habla también del *big stick* cuando se recuerdan los ominosos tiempos del primer Roosevelt, que tan mala siembra de odios y de resen-

timientos dejó a su paso. Una especie de gran desinteligencia sobre lo que debe ser la vida social y política de las naciones parece asomar en estas palabras, desinteligencia a la cual dio expresión en su hora un pensador uruguayo, José Enrique Rodó, al escribir su libro *Ariel*, himno al idealismo trascendental.

En opinión de algunos hispanoamericanos influyentes, en los Estados del Sur existiría cierta dosis avanzada de ese idealismo, tal vez de origen quijotesco, esto es, hispánico, la que impediría el acertado entendimiento con Estados Unidos, donde el ciudadano medio sería tosco y acerado ganador de dinero, y, en consecuencia, llevaría al gobierno a sujetos como él, y no a intelectuales pálidos y evanescentes, como se jactan de ser los hombres del Sur. Estas personificaciones pueden ser de caricatura, pero existen, y el comportamiento político de las naciones americanas del Sur, frente a Estados Unidos, por lo común aparece impresionado más por la caricatura que por la verdad.

### *La historia y la geografía*

La primera causa para que los Estados americanos del Sur no se integren o suelden en una sola nación, es de orden histórico. Cuando los españoles y los portugueses llegaron a América y emprendieron la obra de la conquista de las tierras nuevas, entregaron al Pontífice Romano la decisión acerca de los límites que debían tener sus respectivas jurisdicciones, y, en conformidad al parecer de éste, fue suscrito el Tratado de Tordesillas, en 1494. Desde entonces, el territorio sudamericano quedó segregado en dos porciones, la portuguesa, donde está la actual República del Brasil, y la española, con todas las demás naciones del Sur, a excepción de las Antillas, en que existen otras singularidades menores, que omitiré para no hacer demasiado largo el cuento. Desde el Tratado de Tordesillas, pues, quedaron establecidos a firme dos grandes centros culturales donde dominan, a su vez, dos lenguas; porque el español y el portugués, que al norteamericano medio le dan lo mismo, marcan una barrera y forman una insalvable dificultad para cualquier intento de unión. La consolidación de los Estados americanos del Sur en una sola entidad nacional, sin Brasil, sería juzgada peligrosa por este país, que temería a las consecuencias futuras de tal alianza. Y si se incorporara a Brasil en la unión, ¿qué se va a hacer en materia de idioma? El brasileño culto sabe perfectamente cuántas dificultades le crea el hecho de que su

lengua se hable sólo en su patria y en el imperio portugués, pero no podría aceptar que se suprimiera ese idioma en el cuadro de una alianza continental. Ni sería justo que así se hiciera, después de todo, ya que Brasil es el más grande, en extensión, entre los países sudamericanos; el más rico en recursos naturales, según todo lo hace presumir, y el que está llamado a más opulento futuro por eso mismo. Y ello es así, a pesar de la escasez mundial de personas que hablen portugués. . .

La segunda causa del aislamiento de estas naciones reside en la propia geografía. Los espacios que actualmente ocupan, tienen, en no pocos casos, límites naturales que no sería nada fácil allanar o siquiera reducir. Pretendióse en otros años unir a Colombia y a Venezuela en una sola nación, la Gran Colombia, y se fracasó. Los tropiezos geográficos fueron más fuertes que la voluntad de los hombres. La gran barrera de los Andes, que caracteriza el límite entre Argentina y Chile, determina psicologías tan diferentes hacia cada lado, que la labor de la unión parece ya imposible. Argentinos y chilenos se entienden muy bien en el comercio, en las artes, en las letras; pero cuando suena la hora de la política y de los límites internacionales, no alcanzan a entenderse en nada.

### *Lo que enseña la biología*

Una tercera causa es de orden biológico, y se me permitirá explicarla con algunos ejemplos.

Cuando nace un niño en una clínica, es muy fácil confundirlo con otro del mismo sexo, y para evitar que así ocurra, habrá de procederse a identificarlo con una descripción detallada y a señalarlo con un número. Si estas precauciones no se toman, cualquier madre puede amamantar a cualquier niño ajeno, salvo cuando median diferencias raciales muy perceptibles. Pasan los años, y los niños tan parecidos van separándose conforme inclinaciones y aptitudes. Uno es un genio, y aventaja a todos sus compañeros de grupo, conquista amigos, ejerce influencia y se adueña de la fortuna, de la cual, por lo demás, hace uso generoso, distribuyendo el dinero que le sobra en labores de caridad y de educación. Otro, en cambio, no pasa de lo mediocre, y debe conformarse con destinos modestos. Cuando fallece el uno, los diarios llenan sus columnas con la noticia de semejante pérdida para la sociedad, y cuentan intenciones, actos, iniciativas, donaciones del difunto, para hacer su elogio.

Cuando el otro muere, nadie sabe de él, salvo los parientes más cercanos: no cabe decir nada de quien nada importante ha hecho, así sean noventa o cien años los de su oscura existencia.

Ahora bien, ¿qué tiene que ver este asunto con el que estamos desarrollando? Tiene que ver, porque las comunidades sociales están formadas de hombres, y sujetas, por lo tanto, en su comportamiento a las leyes de la biología, misteriosas, si se quiere, pero leyes al fin. Los niños chicos no difieren; los adultos difieren en tal forma que no es posible confundirlos. Las naciones crecen y se desarrollan cada cual a su modo, y mientras más tiempo pase, menos fácil será englobarlas o reunir las en entidades supranacionales. Cada una de ellas, celosa de su propia fisonomía espiritual, no acepta ni la hegemonía de la vecina ni participar siquiera en el debate conjunto. La formación de una coalición de naciones americanas del Sur, a ejemplo de Estados Unidos del Norte, pudo tal vez ser posible hacia 1810, cuando algunas de aquéllas emprendieron la lucha para desprenderse del imperio español; después, el proceso es cada vez más difícil, y ha llegado en 1965, según yo entiendo las cosas, a ser radicalmente imposible.

### *Las causas telúricas*

La cuarta causa, en fin, es de orden telúrico. ¿Por qué se formaron las naciones que existen en el mundo? Las causas externas, generales, pueden darse en algunos casos, pero los motivos íntimos son desconocidos. Esto es lo que se llama la fuerza telúrica, presente ya no sólo en las naciones americanas del Sur, sino en todo el globo. Miremos a Europa, a fin de entender el problema. ¿Por qué hay franceses, alemanes, españoles, italianos? Nadie lo sabe de firme; influencias desconocidas cohesionaron a estos grupos nacionales y los hicieron diferenciarse, hace ya muchos siglos. Esas influencias se llaman, en conjunto, fuerza telúrica.

Se dirá que hablar en el siglo xx de influencias telúricas es un anacronismo, y que la ciencia ha descubierto lo que conviene a la formación de los pueblos. Nada menos cierto. La Sociología, ciencia a la cual correspondería ese estudio, es una de las más nuevas, y dista mucho de haber cubierto todo el campo de sus posibles meditaciones. Pero, además, nada tiene de anacrónico hablar de la influencia telúrica en presencia de hechos

que la prueban hasta la saciedad. ¿De dónde vienen los norteamericanos? De Inglaterra, de Holanda, de Alemania, de Suecia, de España, de Italia; pero todos ellos, tras el periodo inevitable de adaptación y de aclimatación, pasan a ser una cosa distinta, es decir, se convierten en americanos. La influencia telúrica del nuevo ambiente, al cual se han acogido, domina en ellos sobre los usos de origen. Se argumentará que esto ocurre en Estados Unidos, donde una abundante y continuada inmigración pone a prueba la flexibilidad del organismo social para recibir cuanto llega. Bien: pues lo mismo ha ocurrido en las otras naciones del Nuevo Mundo, ya que todas se han formado con inmigrantes y siguen recibéndolos. Algunas en pequeño número y con ritmo lento, y otras con mucha mayor velocidad, pero en todas domina el mismo uso. Son tierras abiertas a la inmigración y seguirán siéndolo por muchos años y, acaso, por siglos. La influencia telúrica se manifiesta allí, lo mismo que en Estados Unidos y por las mismas causas, esto es, por la similitud esencial que existe en el ser humano para ciertos procesos sociales que le son característicos.

Hay quienes atribuyen a Bolívar un proyecto grandioso de unidad de los pueblos hispanoamericanos, que bien podría servir de base para nuestros intentos. No lo dudo. Pero me parece mal ejemplo, porque el mismo Bolívar ayudó a la segregación de Ecuador, y creó el Estado de Bolivia, con lo cual añadió, él solo, dos naciones al repertorio con que había comenzado sus días el continente emancipado de España. Se han producido, además, otras segregaciones: Uruguay se alejó de la República Argentina, y Panamá, provincia de Colombia, pasó a ser nación independiente. ¿Se imagina alguien que conozca la psicología humana que los panameños querrán volver al seno de Colombia? Aun cuando les fuese muy mal en su camino propio, en él seguirán, porque forma parte del sustrato de la personalidad humana el vivir conforme su propia ley, sin aceptar tutela ajena. Así hacen los hijos cuando ya no necesitan la protección de sus padres, y se independizan y hasta se alejan físicamente de ellos, a sabiendas, inclusive, de que les inferirán perjuicios o sufrimientos morales. Los países, como los hombres, están llamados a vivir aislados en cuanto pueden, y se unen sólo para ciertas y bien definidas materias. Algunas naciones pueden componer, en Europa, un mercado común, pero no han pretendido reducir sus lenguas a una sola, ni menos unir sus gobiernos. Hasta allí no pueden llegar. Y en lo que toca a gobierno, debe

aceptarse que hay bastantes diferencias entre los miembros del mercado común, con monarquías y repúblicas.

Yo no tengo la menor duda de que, tal como lo dijo Ugarte, unidas las naciones del Sur podrían valer más que separadas. Es también una ley de la psicología humana, y explica la psicología de las multitudes, donde un nuevo ser sustituye a las mentalidades individuales. La multitud no es la mera suma de los individuos que la forman, sino esa suma más un factor imponderable, que emerge de la propia multitud. Pero me pregunto cómo pudiera darse en el gusto a Ugarte. ¿Cuál país hispanoamericano va a volver atrás en su evolución para dar paso a la unión o amalgama? ¿Uruguay regresaría al seno de las Provincias Unidas del Río de la Plata? Es muy improbable, casi tanto como pretender que en lugar de volver a ese hogar nacional, prefiriese reincorporarse en el seno del imperio español, en el cual todos los platenses vivieron un día. ¿Panamá regresaría a Colombia? No sigamos: todo eso es utópico.

### *Nuevas nacionalidades*

La ley de diferenciación por edad, a que nos hemos referido como la gran causa biológica de lo que sucede, tiene, por lo demás, manifestaciones aceleradas en nuestros propios días. La división del Imperio Británico, tan sólidamente trabado bajo Disraeli, indica el nacimiento de nuevas nacionalidades. ¿Concibe alguien que ellas van a abdicar mañana de su autonomía para volver a cobijarse bajo el mando de un emperador? En años anteriores, Noruega y Suecia se dividieron, Bélgica se formó separándose de Francia y de los Países Bajos, e Irlanda se convirtió en república independiente después de larga lucha con la corona británica. En otra época de la historia de Europa, existió el Imperio Romano Germánico, que abarcaba desde Dinamarca hasta Italia. De allí emergieron nuevas nacionalidades, como Austria, Hungría, Checoslovaquia, Alemania, etc., cuyos movimientos de choque y atracción, con guerras e invasiones, forman el tejido portentosamente variado de la historia de Europa desde el Renacimiento hasta nuestros días. El intento de reconstituir aquel fabuloso imperio, renovado varias veces, siempre terminó en sangrientos fracasos. Lo más vecino a él, el Imperio Austro-Húngaro, no resistió la prueba de la primera Guerra Mundial, tras la cual emergieron nuevas nacionalidades. ¿Sugiere alguien que la Yugoslavia de hoy aceptaría de nuevo la

coyunda de un imperio cristiano, cuando tan orgullosa está de su ateísmo comunista?

Como el nivel de evolución política de los pueblos es tan diverso como el de su desarrollo cultural, quedan todavía muchos grupos rezagados en esta división sucesiva a que nos estamos refiriendo; pero hay síntomas de que la división seguirá en fechas próximas. En África tenemos ejemplos para elegir, entre pueblos que han visto desaparecer el régimen colonial, sin haber hecho ellos grande esfuerzo para que tuviera término, y a quienes, por obra y gracia de las Naciones Unidas, se ha regalado una autonomía que distan mucho de saber manejar siquiera.

Como resumen de estas observaciones, creo que debe hacerse campo en Estados Unidos a la idea de que la división de las naciones americanas del Sur es inevitable y, en todo caso, muy difícil de remediar, de manera que para entender su psicología, su constitución sociológica, sus problemas, es preciso crear especialistas que los traten por separado, y no en un conjunto de rasgos comunes que no existe y que sería forzado suponer. De este modo, con especialistas *ad hoc*, podrán los organismos públicos de Estados Unidos ir conociendo de verdad el terreno de sus operaciones diplomáticas más urgentes, y aplicar medidas precisas y no vagas.

1965

## OLIGARQUÍA Y DEMOCRACIA

SI ASISTO a las sesiones de un organismo internacional como las Naciones Unidas y observo a los delegados que allí exhiben poderes para representar a sus respectivos pueblos, me llamará seguramente la atención la versación de tales individuos. Uno posee varias lenguas, y habla con fluidez a personas de diferentes nacionalidades. El de allá domina la estadística, y cita números que los demás ya hemos olvidado, a pesar de haberlos leído muchas veces. Unos son abogados, algunos ingenieros, y casi todos han servido comisiones diplomáticas antes de llegar al seno de las Naciones Unidas, como embajadores en Londres, París, Roma, Washington, Estocolmo, etc. Todos en fin están correctamente vestidos, si bien algunos no son árbitros de la elegancia ni podrían regir la moda en los círculos más exigentes.

Si mi concepto de la representación no calza con estas realidades, podría tener derecho a preguntarme dónde están los labriegos sudorosos, los mecánicos tiznados de aceite, los mineros ennegrecidos por el carbón, los fundidores de fuertes músculos, los herreros de espaldas anchas, profesiones que sin duda existen en aquellas naciones y seguramente en número muy crecido. Se ha hecho una selección, y de ella resulta que el minero, aun cuando sea demográficamente muy importante en el país X, no es intelectualmente tan poderoso como para asumir la delegación, en vista de lo cual la cedió al abogado, que jamás ha extraído carbón de la mina, pero que sabe muchísimo acerca de la principal industria de su país.

Puedo decir que los señores a quienes veo en las Naciones Unidas forman una oligarquía, la de la representación diplomática. Es así, y no veo cómo pudiera ser de otra laya. ¿Se concebiría que en lugar de un señor que sabe manejarse en aquella institución, llegaran a tomar su puesto los dos millones de mineros del carbón que en ese país constituyen el nervio vital de la industria? Imposible. Podría ser que en lugar de dos millones llegara un solo hombre, minero también, que entre ellos ha descollado por su inteligencia, sus estudios, etc. Perfecto, y cuando se da el caso de que un hombre sea, al mismo tiempo, excelente minero y excelente representante de los mineros, todos le abrirán paso y se inclinarán ante sus habilidades. Pero ésta también será la culminación de un proceso

totalmente oligárquico, el de la delegación dentro de un determinado grupo social.

La definición que dan a la voz oligarquía los diccionarios y los estudios de ciencias sociales es mucho más estricta y en realidad condenatoria. Según ellos, oligarquía es el régimen político en el cual pocos gobiernan, lo que sugiere que podría haber o hay regímenes políticos en que gobiernan muchos, lo que es absolutamente imposible. En otros textos, menos científicos y más inclinados a la censura de ciertos hechos políticos, parece definirse la oligarquía como el simple despotismo de una casta reducida de personas o, mejor, de unas pocas familias.

Siguiendo al pie de la letra la definición de los diccionarios, podríamos decir que hay oligarquía si en una comunidad compuesta de un millón de hombres gobiernan sólo doscientos, y no todos los demás hasta completar el millón. Para que no la hubiera, sería preciso que gobernaran todos los individuos que componen el millón, con las necesarias excepciones de los infantes, que no saben de qué se trata, de los enfermos y de los ignorantes en extremo. Partiendo siempre de la ya dada cifra de un millón y suponiendo que todos los impedidos sumaran hasta la mitad de este número, llegaríamos a la conclusión de que no habría oligarquía en la comunidad indicada si en ella gobernaran quinientos mil individuos a un mismo tiempo. ¿Es posible esto? ¿Se ha dado alguna vez en el mundo una organización social donde ello ocurra? Estados Unidos cuenta 180 millones de hombres; para que allí no hubiese oligarquía sería preciso que gobernaran 90 millones. En la Unión Soviética se cuentan 220 millones, y una organización del gobierno no oligárquica significaría que gobernaran la mitad de ellos, es decir 110 millones.

Todo esto es —repito— totalmente imposible, y en consecuencia, dando y cavando en lo mismo, es fácil llegar a la conclusión de que hay en marcha un gran paralogismo o, si se quiere, una trampa verbal en la cual caen casi todos. Se da el nombre de oligarquía a un fenómeno de selección para el gobierno que es inevitable, pero también se da ese nombre a usos espurios de la política, a desviaciones morales que son condenables sin duda. Lo justo sería inventar un nombre distinto a cada cosa, para evitar algunos de los equívocos dentro de los cuales nos movemos. Pero no se hará así: desde lo más remoto de la historia sabemos que al hombre le ha gustado vivir en el

equivoco de las denominaciones ambiguas, y que nada sacan los maestros, los sabios, los simples curiosos, entre quienes me encuentro, cuando pretenden aclarar lo que está en duda o echar luz en el misterio.

Veamos algunos ejemplos.

La voz oligarquía se agitó mucho en la República Argentina durante el gobierno de Perón, y con ella se aludía siempre, sistemáticamente, a los grupos que ejercieron el mando antes de la revolución peronista. Dicho de otro modo: todos los gobernantes argentinos habían sido miembros de una oligarquía, y ésta como organización política dejó de existir sólo desde el momento en que Perón hubo tomado el mando. Pero ¿quién era Perón y de dónde procedía? Tiempo es ya de recordar que Perón era miembro del ejército, organización profundamente oligárquica, y su poder, su fuerza, su ascendiente en el país, estuvieron basados en gran medida en el grado militar que alcanzó y en la sujeción algo magnética que logró ejercer sobre las fuerzas armadas, todo ello hasta el punto de que cuando terminó la adhesión de los hombres de armas, el régimen peronista cayó de su sitio y Perón debió salir del país. No creo, pues, que en sustancia haya podido sostenerse, a la luz de la filosofía peronista, la existencia de una oligarquía política argentina anterior a Perón ni, mucho menos, la ruptura de la misma por el solo hecho de que éste ocupó el mando. Perón, como todos los hombres que llegan al poder, sacó a los antiguos jefes y funcionarios y los reemplazó por otros, que conocía personalmente y en quienes confiaba; pero siempre siguieron siendo unos cuantos centenares. Nunca se vio que gobernaran directamente los *descamisados* a quienes Perón halagaba en sus discursos.

Podría decirse que las nuevas soluciones de los problemas sociales llevan a la destrucción de las antiguas oligarquías y a su reemplazo por masas de mayor peso demográfico. No veo aplicada esa ley en parte alguna.

En la Unión Soviética, por ejemplo, los diez mil nobles y los cien mil burgueses, eclesiásticos y jefes del ejército sobre quienes recaía la responsabilidad del poder público hasta 1917, han sido reemplazados por ciento diez mil funcionarios soviéticos, es decir, comunistas. El número es el mismo. Tan oligarquía es la una como la otra. Claro está que no hay una casa titularmente llamada el ejercicio autocrático del poder, como la familia Romanof, pero en este caso la diferencia consiste en que

la Unión Soviética no es una monarquía. Más allá, en otras instancias del sistema gubernativo, tan oligárquico es el sistema de hoy como el de entonces.

Es notorio, sin embargo, que la voz oligarquía y sus derivados inmediatos se usan de preferencia para dar idea del régimen político de las naciones iberoamericanas. En Estados Unidos, están firmemente convencidos los tratadistas, los profesores, los periodistas, de que las repúblicas del Nuevo Mundo que hablan español y portugués, son sendas oligarquías, donde jamás el poder ha salido de un pequeño grupo de individuos o de entre los componentes de unas pocas familias.

Pero en esas naciones ha habido muchos golpes de Estado y revoluciones, algunas bastante hondas como para producir consecuencias en todos los organismos que la sociología reconoce dentro de la sociedad humana. No creo que al cabo de los años pueda hablarse seriamente de la existencia de oligarquías, las cuales habrían debido sobrevivir a todos esos cambios. Puede citarse, acaso, la existencia de grupos selectos que ejercen el poder en tales y cuales naciones, donde a pesar de todos los cambios revolucionarios dichos grupos han logrado sobrevivir manteniendo inclusive su influencia y su poderío. Pues entonces debe aceptarse que hay a la vista un talento especial para hacer gobierno, una disposición natural, aptitud en fin que permite a quien la posee resistir los embates de la suerte y seguir su camino. Y ésta es precisamente la conclusión a que deberíamos llegar. Si las dotes que hacen al gobernante son disposiciones naturales, que distinguen a unos individuos y que en otros no se manifiestan, la queja contra las oligarquías carece de sentido y no puede ser tomada en serio por el sociólogo y por el pensador de la historia.

La aptitud para manejarse entre los hechos de la política es sin duda un talento natural, de los que recibe el hombre al nacer y perfecciona con los años, estudios y experiencias, talento que no se suple con nada artificial o voluntario y que, en fin, forma una vocación. Y así como son escasos los músicos dotados de ese talento natural y los demás artistas en quienes la vocación subsiste a toda suerte de privaciones y de dolores, del propio modo el talento político distingue a muy pocos hombres. No se trata esta vez del resultado, ni de pretender que los grandes estadistas que dejan huella en la historia de la Humanidad, sean pocos en número. También son pocos en número los individuos que en el ámbito local, en pequeñas comunidades, en

naciones minúsculas, manifiestan interés por la cosa pública y pueden en ella hacerse notar y descollar.

Si esto es así, ¿a qué viene hablar de oligarquía? En la comunidad de un millón de habitantes que hemos supuesto, es perfectamente legítimo que haya no más de tres o cuatro individuos que en un momento dado manifiesten aptitudes para la política, y lo legítimo es que ejerzan el gobierno, y no los diez mil individuos tan ilustrados como ellos a quienes, en cambio, el talento político, la aptitud, la vocación, les fue negada. Claro está que el haber recibido del cielo esta aptitud puede envanecer a los hombres, y el político abusar del poder que le ha sido confiado. Es inevitable, y lo mismo pasa con los otros artistas. Los músicos son caprichosos y hacen temblar a los empresarios con sus exigencias, los pintores se dan el gusto de pintar lo que les place y no lo que les produciría dinero, y así sucesivamente. Pero para evitar estos desmanes del carácter del hombre no hay freno alguno si se trata de artistas, y en tanto sí lo hay cuando se trata de políticos. Existen instituciones, leyes, ordenanzas y aun tradiciones, que suelen tener fuerza coactiva, por medio de las cuales el capricho se restringe y aun se elimina totalmente. Las colectividades humanas, salvo que estén formadas por seres todos igualmente estúpidos o igualmente bribones, siempre tendrán resguardos que cohiban, si quiera en parte, la afloración del capricho en el ámbito gubernativo.

En Inglaterra, hace pocos años, llamó la atención por su afición a la política el poderoso Sir Winston Churchill, a quien se debe el titánico esfuerzo de conducir la marcha de la nación durante la segunda Guerra Mundial. Tuvo fe cuando los demás la habían perdido, y haciendo uso de su magnetismo personal, uno de los síntomas más relevantes del talento político, condujo a los demás hombres que le estaban titularmente sometidos como súbditos del Imperio, a la ejecución de sus designios. Este caso singular en la historia de Inglaterra no es, sin embargo, privativo de ella. En otras naciones se han dado asimismo genios de la política ante quienes los hombres comunes, los de la plebe, abren calle y a cuyos programas de acción inclusive colaboran.

Por los mismos días en que Inglaterra era gobernada por Churchill, Alemania fue dirigida por Hitler, quien también emergió por la sola fuerza de su talento para la conducción de la cosa pública. Si en él hubiera prevalecido la vocación se-

cundaria de pintor, a que dio paso en años de la juventud, la historia del siglo xx habría cambiado no poco; mas, para bien o para mal, prevaleció aquella imperiosa vocación política, y Hitler se dedicó a la tarea con empeñamiento que no vacilamos en calificar de heroico. Más todavía: debe recordarse que se quitó la vida cuando vio caer el edificio que había construido. Creyó que le era preciso pagar con la propia existencia el error cometido al llevar a su pueblo no a la victoria y al poderío, como lo prometió tantas veces, sino a la abyección de la derrota. No creo que sea necesaria mejor prueba de que en él yacía una vigorosa vocación por la cosa política, vocación a la cual abreviadamente podemos llamar talento político.

Churchill y Hitler gobernaron las dos grandes oligarquías que estuvieron entonces en conflicto. No creo que habrían ganado las cosas para el triunfador si en lugar de gobernar sólo con un puñado de individuos elegidos por él mismo o por sus inmediatos colaboradores, hubiesen pretendido ejercer el poder en forma directa los cuarenta y tantos millones de hombres que forman la población británica. Hay que convencerse aun cuando nos duela, de que el gobierno es necesariamente de pocos y es, por lo tanto, siempre oligárquico.

Una de las explicaciones inmediatas ante el problema de la escasez de gente apta para hacer gobierno, es el analfabetismo, el cual se da en grandes cuotas en las naciones iberoamericanas. No en todas, claro está, porque las de grande inmigración, como Brasil, Uruguay y Argentina, pueden limitarse a poner como requisito el de saber leer y escribir a los individuos que pretendan ingresar en ellas, con lo cual no recibirán iletrados y dejarán a las naciones de origen el costo de la educación elemental de quienes emigrarán después. En otras, en cambio, el porcentaje de analfabetismo es muy crecido, y se dice que en Honduras llega, por ejemplo, a casi el 62 por ciento. El fenómeno a que se abre paso con estas observaciones es muy simple. De un millón de hombres, sólo saben leer y escribir 380 mil, que serán entonces los únicos en quienes podrán hacer algún efecto las noticias del mundo, las nociones de las ciencias, etc. A estos 380 mil debemos descontar naturalmente muchísimos que no tienen afición alguna por las tareas gubernativas, y de consiguiente quedará un grupo reducido de personas a quienes pudiera, eventualmente, conferirse responsabilidad dentro de la administración. Así está perfectamente explicada la llamada

oligarquía, que viene a ser inevitable dentro de un medio cultural pobre.

Quienes contemplan el fenómeno con impaciencia y sin ponderación, clamarán en seguida contra las clases gobernantes que han dejado en la indigencia cultural a sus ciudadanos, o por egoísmo o por cálculo, ya que se presume que no querrán compartir con grupos nuevos el disfrute del poder. Sí; todo eso está muy bien, pero debe anotarse cómo en la misma nación donde han quedado niños sin educar también hay carencia de medicinas, una dieta deforme que produce enfermedades endémicas, caminos no pavimentados, falta de alcantarillado y de agua potable en las casas. Es decir, todo un cuadro de lo que otros llaman subdesarrollo. No es el analfabetismo, pues, fruto de una confabulación de intereses que se han propuesto mantener al pueblo en la ignorancia, sino un mero detalle en el cuadro complejísimo de la nación subdesarrollada. De éstas hay, por desdicha, no pocas en el conjunto iberoamericano, y la más elemental discreción aconseja estudiar sus problemas con finura y con calma, y sin hacer acusaciones antes de tiempo.

Yo acusaría sin rebozo por haber mantenido el analfabetismo a aquellos gobernantes que hubieran resuelto ya satisfactoriamente todos los problemas sociales y económicos, desde la construcción de carreteras hasta la excelente dotación de los hospitales, y que dentro de este panorama de avanzado desarrollo hubieran dejado sistemáticamente sin proporcionar al pueblo ninguna facilidad para educarse. Creo que no existe caso así. En todos los sitios en que hay analfabetismo vemos también miseria, desnutrición, habitación insuficiente, etc., de donde llegamos a concluir que el analfabetismo es un rasgo más en el cuadro del subdesarrollo y no la excepción maliciosa que otros, especialmente los sociólogos a la violeta, pretenden mostrarnos.

En términos generales, debe recordarse el hecho señalado al comienzo: la acusación de que el gobierno de las naciones hispanoamericanas es oligárquico, se la hace con mayor frecuencia desde los Estados Unidos, en cuya prensa periódica no se omite jamás ninguna mención que pudiera ser depresiva para la dignidad de aquellas naciones. No sé qué camino pudiera sugerirse para mejorar la ilustración histórica y sociológica de los periodistas de la Unión. El hecho es que ellos llegan a manejar las columnas de sus diarios con unas anteojeras muy precisas. Gobierno democrático es el de Estados Unidos; gobierno

oligárquico es el de cada nación de origen español y portugués. El primero es mejor que el segundo. El segundo debe reformarse para que el primero lo acepte en el nivel propio a las relaciones internacionales. La llamada Carta de Punta del Este, sitio de origen de la Alianza para el Progreso, está basada en ese supuesto, el cual por este solo hecho ha pasado a ser una especie de nueva doctrina internacional, de tanto alcance como, en su hora, la Doctrina Monroe.

Esta dicotomía simplísima, que echa a un lado a los buenos y al otro a los malos o perversos, no calza con la realidad propia de las naciones del mundo moderno. En la llamada democracia de los Estados Unidos existen vastos grupos humanos a los cuales se aflige cotidianamente con ciertos resabios de servidumbre. El presidente Kennedy alzó la voz en su beneficio, y no cabe negar que algo consiguió con su acción; pero queda mucho por hacer. Quienes hemos vivido en los Estados Unidos, y especialmente en la región sureña, sabemos de sobra que la igualdad de oportunidades a todos los hombres para que desarrollen su existencia en paz y prosperen si tienen aptitudes, está allí vigorosamente amputada o recortada, y por lo tanto el comportamiento de los grupos que resisten la incorporación de los negros al disfrute de los bienes de la civilización americana dista mucho de ser propiamente democrático. Los negros han venido manifestando su queja en los últimos años. Es significativo que ella coincida con el centenario de la Guerra de Secesión y con el centenario de la declaración por medio de la cual el presidente Lincoln libertó a los negros de toda suerte de servidumbre. En su oportunidad se pintaron cuadros simbólicos, donde se veía a Lincoln abrazando a grupos de negros, los cuales mostraban rotas las cadenas de la esclavitud. Estos cuadros son sólo simbólicos y no tienen base en la realidad. Los negros de los estados del Sur no disponen de facilidades para incorporarse a un nivel decoroso de la convivencia social y política de los Estados Unidos, porque el concepto esclavista no ha dejado de existir.

Llama por eso vivamente la atención, a quien estudie las cosas sin aprensión y sin prejuicio, que sea precisamente el periodista de los Estados Unidos el que con tanta frecuencia, y venga o no al caso, acuse de oligárquicos a los gobiernos de los países iberoamericanos. Todos los gobiernos son oligárquicos, por las razones que dimos, y en consecuencia la expresión "gobierno oligárquico" es una redundancia cuando se la emplea sin deli-

beración previa. Pero si se la usa con previa deliberación, y con el objeto de condenar a un determinado "gobierno oligárquico", entonces deja de ser mera redundancia y se convierte en un juicio antojadizo, sin base, inicuo y absurdo.

Es posible que, con el tiempo, descubran las naciones cultas nuevas formas de selección social y de gobierno político que les permitan ir ampliando la base democrática de sustentación de los poderes públicos. En este caso, podría decirse que irán siendo cada vez "menos" oligárquicos los gobiernos; pero de que son en el fondo, siempre, oligárquicos, no cabe la menor duda. Más aún: sin esa formación oligárquica no puede haber gobierno alguno que merezca ese nombre. Cuando una oligarquía se rompe para dar paso a gobiernos transitorios, de emergencia, provisionales, en que dirijan sujetos oscuros e improvisados, cual sucedió con la Commune de París, en 1870, se producen tales trastornos y tales desastres, que pronto se hace indispensable una represión a fondo para tornar las cosas a sus cauces normales, es decir, que dé nuevamente el poder a los más cultos y vuelva a su encumbrado sitio a los individuos que han hecho del servicio de la cosa pública una profesión y que ejercen esta profesión con la misma devoción del artista cuando practica su arte.

Yo no he sido dotado, al parecer, de disposiciones orgánicas para hacer vida política, y en consecuencia nunca he pretendido hacerla. Pero esta limitación personal no me impide aceptar como benéfico al político de ardiente vocación y que por ella sacrifica muchas cosas con que la vida le va tentando en su camino. En todas las naciones ha habido hombres así, que lucharon por lograr el poder a fin de llevar a la realidad, desde él, las quimeras políticas en que abundaba su espíritu. Cuando aflora una mentalidad constituida de esta suerte, el hombre común se aparta y ayuda al encumbramiento de su ídolo. Una delegación espontánea de poder se produce, la cual se materializa en seguida en los actos de sufragio y en los plebiscitos, que constituyen resortes primarios de la vida democrática. El político a quien diez o veinte millones de sus conciudadanos llevan a la cúspide, ungiéndolo presidente de la república, caudillo o como quiera llamarse al jefe de una nación, puede sentirse acunado por la democracia y alabarla como régimen de gobierno.

Desde otro punto de vista, lo que allí se ve es un proceso eminentemente oligárquico. Siendo imposible que gobiernen los

treinta millones de individuos que viven en Trapalanda, uno es elegido presidente, y éste a su turno designa cien o doscientos más que le ayudarán en su labor. Todo esto es pura oligarquía, lo que no obsta a que sea perfectamente democrático y a que configure el ideal de que el pueblo se gobierne a sí mismo, señalado como una de las bases orgánicas de la Democracia. Acusar al gobierno de Trapalanda de oligárquico porque así han ocurrido las cosas, es el colmo de la insensatez.

Al dar forma a estas observaciones habrá podido notar el lector que me abstuve de hacer apelación a los gobiernos de determinados países, salvo los casos en que ella era indispensable para sustentar algún punto de doctrina. No se interpretaría bien mi intención si se me quisiera aparecer censurando las formas políticas que rigen en otras naciones. Soy chileno, y podría sentirme, por elemental patriotismo, inclinado a preferir la convivencia política que se lleva a cabo en Chile. Pero si bien soy chileno, también creo ser amigo de la verdad y de la justicia, y en consecuencia, no me parece razonable incriminar desde el alero de una determinada nación el proceder político de otras. Cuando veo, especialmente en publicaciones de los Estados Unidos, acusar de oligarquía al gobierno de una nación hispanoamericana, me siento personalmente aludido, aun cuando no parezca ser Chile, siempre, la nación incriminada. Al defender la institución llamada oligarquía de la delegación de poder que se hace en una democracia, aspiro a que se mantenga respeto por las instituciones políticas que en conjunto permiten al pueblo llegar al gobierno, no directamente y en masa, porque eso sería utópico, sino por la vía de la delegación o representación. Creo que todas las naciones hispanoamericanas están tratando de acercarse a este ideal, aun cuando en su ejecución haya todavía atrasos, fallas y hasta maniobras espurias que retardan la obtención de la meta.

En el siglo XIX Chile fue dotado por sus gobernantes —por la “oligarquía” en el sentido etimológico de la palabra, ya que ningún gobierno puede ser realizado por los más— de los primeros ferrocarriles, del Código Civil, del sufragio universal y de diversas leyes sobre el estado civil que redujeron la influencia eclesiástica en esas materias (inscripción del nacimiento, testimonio matrimonial, defunción). El grupo gobernante entendió que todas esas obras eran convenientes para sacar al país de la postración en que creían verlo, sea porque ensanchaban los ámbitos psicológicos de la personalidad humana, sea porque

proporcionaban a los hombres reunidos en sociedad una base jurídica adecuada para que cada cual se enriqueciera, prosperara, fuera a más mediante el ejercicio de sus legítimas ambiciones y el desarrollo creciente de su ingenio y de su espíritu de inventiva. El grupo gobernante acometió estas obras sin pedirle permiso al pueblo, a la masa innominada, a la plebe, porque entendía que de ella no iba a salir ninguna luz fructuosa para la empresa en marcha. De allí los sociólogos presurosos desprenden que el pueblo chileno no actuó en la esfera de los negocios de Estado en el siglo XIX, preterición que por lo regular condenan sin advertir que es ella, precisamente, la que permitió a la empresa llegar a término y no escollar a medio camino. Vamos a demostrarlo.

Para examinar más o menos detenidamente el fondo del asunto escogeremos un criterio, alguna base estadística que nos permita entendernos. ¿Cuál escoger? La que más cabida tiene precisamente en las obras de los sociólogos a que nos estamos refiriendo. Para todos ellos, sin excepción alguna, es la existencia de una determinada población de analfabetos. Aceptemos, pues, que los analfabetos eran en el Chile de los años 1850 a 1885 (en que se llevaron a cabo las obras que más arriba señalamos), algo así como el 70 % de la población total.

En el 30 % restante debemos señalar dos grupos perfectamente diferenciados: los semianalfabetos, que siguen por inercia, ausencia de curiosidad propia o falta de estímulos del ambiente, pegados al mundo del analfabetismo perfecto y que, de consiguiente, se le deben sumar, y los cultos de verdad. De estos últimos no vale la pena ocuparse porque todos sabemos que son ellos los que hacen la historia. Volvamos al entremundo de los semianalfabetos. ¿Quiénes son? El huaso que aprendió a leer en la escuela, pero que luego, por la índole de sus labores cotidianas, no ha necesitado hacer uso de esa ligera superioridad que la cultura le daba sobre los demás; el minero, algunos artesanos, la servidumbre doméstica, la mayor parte de los obreros de fábricas y talleres, casi todos los peones y jornaleros de trabajos rudos. A todos estos sujetos (que a veces intervienen en la vida pública porque el vivir en las ciudades les proporciona ocasiones para hacer número en *meetings* políticos, aplaudir discursos que no entienden u organizar pedreas callejeras) debemos adscribirlos sin ningún disimulo en el 70 % de los analfabetos efectivos y declarados. No es difícil, pues, llegar a establecer que en Chile del siglo XIX algo así como un 20 % de la

población tenía acceso, por el nivel previo de su cultura, a la cosa pública.

Imaginemos en seguida que entre los gobernantes de Chile hubiera asomado alguno de estos puntillosos sociólogos contemporáneos, que hubiese hecho el siguiente reparo:

—Todo está muy bien, señores proyectistas, pero como este país es una democracia y como la democracia no puede vivir sin frecuente consulta al pueblo, pido que se consulte a éste sobre lo que se va a hacer. Necesitamos saber lo que el pueblo piensa sobre Código Civil, ferrocarriles, leyes de estado civil y sufragio universal.

Y, naturalmente, en definitiva no se habría hecho nada, porque el pueblo del Chile del siglo XIX nada sabía de aquellas instituciones jurídicas ni de aquellas obras de progreso, que no habían sido proyectadas en su imaginación, que no formaban parte de su precario repertorio cultural y que, desde luego, no le hacían falta. La oligarquía chilena no tuvo, afortunadamente, los escrúpulos que hoy manifiestan estos sociólogos de nuestro tiempo. No creyó conveniente consultar al pueblo ignaro, guiada por un principio muy sabio, pero un tanto olvidado en estos días de adoración a las masas: no es al paciente de un proceso social a quien se debe consultar para graduarlo, disponerlo y ejecutarlo. Si a los pedagogos se les ocurriera consultar a los niños sobre lo que les gustaría aprender, en qué orden y con qué concierto, no se enseñaría nada. Los niños son sujetos pasivos del proceso educacional, no agentes activos en él. Los adultos saben lo que les conviene, y se lo administran en el orden y con el concierto que les parecen adecuado, aun cuando los niños chillen y protesten y, sobre todo, procuren estudiar lo menos posible y atender sólo cuando les gusta o interesa. En el orden sociológico en que nos estamos moviendo, los miembros de la oligarquía pueden equipararse a los profesores y el pueblo pasivo a estudiantes y colegiales.

¿Qué podían saber de ferrocarriles, invento extranjero de reciente data, los campesinos y labriegos que trabajaban en los campos por donde debían atravesar las líneas férreas? Para ellos, la carreta y el caballo eran instrumentos holgados de comunicación. Pero vamos más lejos.

Las leyes sobre el estado civil de las personas, ¿habrían sido aceptadas por la masa popular de un país notoriamente sumiso a las instrucciones de la Iglesia, que sin duda respetaba a sus ministros y que se habría horrorizado al pensar que con ellas

se les estaba infligiendo una humillación o, siquiera, una *capitis diminutio*? No condenamos esta sumisión a la Iglesia; nos parece perfectamente legítima, y hasta creemos que en ella debemos ver uno de los ostensibles motivos de la paz social más o menos permanente y efectiva que sin duda ha existido en Chile. La comprobamos sólo como un hecho social de primera magnitud, que no puede menospreciarse en un estudio de la vida chilena del siglo xix. Insistamos resumiendo: ninguna de aquellas empresas que tomó a su cargo la hoy tan condenada, vaporeada y anatematizada oligarquía chilena habría sido posible —así las materiales como las espirituales y de orden más jurídico que práctico— si los gobernantes de Chile en la centuria pasada hubieran tenido el escrúpulo de consultar a la masa de la población.

Todo lo contrario. La oligarquía procedió a esas reformas o a la incorporación de nuevas instituciones, cual proceden los profesores cuando abren cátedra en una escuela. No les preguntan previamente a los niños qué quieren aprender, cuándo y cómo, sino que rompen a hablar dando lecciones sobre lo que ellos, los profesores, saben que conviene enseñar. Si el niño desatiende o es díscolo, se le pone mala nota. Para estimular el interés, varían el tono y el estilo de sus lecciones y unas veces hacen aprender de memoria y otras exigen la composición escrita: sacan al pizarrón a escribir a unos e imponen a otros que copien sentencias o párrafos de sus libros de texto. Pero en todas estas operaciones proceden de su cuenta y riesgo, en el único sentido de que no impetran la aquiescencia del sujeto paciente de la enseñanza, esto es, del niño.

Gracias a estos procedimientos, la oligarquía chilena del siglo xix —por lo menos en el periodo de 1850 a 1885 en que ocurrieron aquellas reformas más arriba enumeradas— aceleró el progreso de Chile. Deseaba poner al país en el mismo nivel social en que veía colocados a otros. Es posible —seguro casi— que ese ideal fuese una simple quimera, pero no merecen condenación por ello, sino tal vez gratitud, los “oligarcas” que quisieron levantar al pueblo sin consultarlo. Cuando se dice que el pueblo de Chile —entendiendo tal vez de preferencia a la plebe— estuvo ausente en las grandes luchas políticas de esa época, se enuncia una verdad a medias. Estuvo ausente, sí, porque no actuó en persona, en carne y hueso: pero no ausente porque no se consideraran sus necesidades y sus intereses. Los ferrocarriles, por ejemplo, han sido disfrutados seguramente más

por la burguesía, pero con ellos comenzó una etapa de la vida de comunicación espiritual y material de los habitantes de Chile, tan intensa, tan activa, tan efectiva y profunda en sus resultados, que no pudo dejar de comprometer a la larga la suerte de todos, desde el más opulento terrateniente o industrial hasta la del más humilde e ignorado labriego. El Código Civil puede ser entendido en sus implicaciones sociales y psicológicas sólo por cerebros muy evolucionados, y sin embargo, los resguardos que contiene para la propiedad, para la organización de la familia, para la sucesión de los bienes, etc., importan en toda la existencia social, desde el más empingorotado aristócrata de la sangre hasta el innominado inclusero.

Una oligarquía que hizo todo esto merecería tal vez la consideración respetuosa de la posteridad, antes que la andanada de insultos de que tan pródigos se muestran los libros de lectura corriente. Con esas obras —el Código Civil, los ferrocarriles, el sufragio universal, etc.— confiaba la oligarquía en que proporcionaba un camino a los humildes para dejar sobresalir de entre ellos los más aptos, mediante una puja espontánea, una selección natural llamada a proveer al país, andando el tiempo, de mentalidades nuevas que pudiesen tomar las riendas si en Chile se daba, como en otros pueblos, el fenómeno de que las clases sociales superiores perdían interés en la cosa pública, o degeneraban o se hacían insensibles a los requerimientos del progreso social. La sensatez ordena aplaudir estas medidas, aun cuando para adoptarlas los “oligarcas” no consultaran previamente a todos los súbditos del Estado.

Para terminar, una declaración estrictamente personal. Jamás he participado en ninguna función política, ni siquiera en las filas de un partido, porque no pertenezco a ninguno y creo, como intelectual, que mi campo de acción está fuera de todos ellos. Al decir lo dicho en las líneas anteriores, no pretendo haber servido los intereses de ninguna agrupación. Es posible que, en sustancia, lo que afirmo pueda servir a alguna de ellas, por lo menos de las que existen en Chile. Si ello es así, en todo caso habrá sido por mera coincidencia de principios, no por cálculo.

El único cálculo que puede guiarme en la vida es el de ampliar las bases culturales del pueblo a que pertenezco, creando nuevas escuelas, contratando más profesores, escribiendo textos

claros y modernos para la enseñanza, haciendo más dulce y cuerdo el trato entre el maestro y el alumno, abriendo oportunidades vocacionales a los jóvenes, difundiendo libros en las bibliotecas escolares, creando bibliotecas donde no las hay, echando a rodar por los caminos misiones culturales y artísticas. Comprendo que hacer esto es difícil, porque exige ante todo muchísimo dinero, y es dinero lo que en Chile más falta. Pero algo se hace y algo se hará, porque el chileno medio es instintivo amante de la cultura, la busca con ciego amor y quiere hacerla suya a cada paso y en todas las edades de la vida, desde la infancia hasta la senectud.

Las llamadas oligarquías hispanoamericanas, tan denostadas en los Estados Unidos, han sido los organismos que han permitido el acceso a la cultura a todas las masas de sus respectivas naciones, acceso muy lento en algunos casos por los motivos económicos que ya se dieron, pero hoy notoriamente acelerado. Antes que recibir quejas, acusaciones y condenas sumarias, deberían ser aplaudidas por el notorio desinterés con que han colaborado a la obtención de nuevos niveles culturales para beneficiar al mayor número de sus compatriotas.

## PELIGROS DE LA EFEBOLATRÍA

DON VALENTÍN BRANDAU ha planteado recientemente algunos problemas filosóficos y políticos de grande alcance, en artículos que tuvieron la rara virtud de enmudecer a los contradictores potenciales. Pensados con hondura y escritos con penetrante fuerza lógica, era en realidad difícil contradecirlos. Cuando el señor Brandau diserta sobre temas de esa índole no hace otra cosa, por lo demás, que divulgar meditaciones de largos años y una erudición en problemas sociales que bien podríamos exhibir como presea todos los chilenos, si no rigiera en el país, con tiránicos efectos, la ley de selección al revés que es característica de las democracias. No eligen éstas, desde luego, al más preparado para que las dirija, ni saben siquiera que existen en su seno los sabios. El que las dirige es, desde la partida, el que ambiciona dirigir las, esto es, aquel individuo que por un acto de voluntad se pone a la tarea de dominar obstáculos, ganar voluntades y distribuir armoniosamente los escalones necesarios para el ascenso, aun cuando en el fondo sienta en forma perfectamente discernible que aquéllos son meramente escalones y no seres humanos tan capaces como él de distinguir entre lo bueno y lo malo, o entre lo recto y lo torcido. De allí que en las democracias se vaya produciendo siempre, a la larga, el afloramiento de los mediocres desde el punto de vista intelectual, y ganen los listos a los sabios.

Decía Eugenio d'Ors que la democracia es el régimen en que cobran ventaja los barítonos, entendiendo por tales a los hombres de buena voz que dominan a las muchedumbres con el hechizo de la palabra. Podría corregirse la sentencia, agregando que en las democracias dominan los que tienen la voluntad hecha a dominar, aun cuando intelectual y moralmente hablando, sean unas medianías.

Uno de los temas que ha tocado el señor Brandau en sus artículos es el de la participación política de la juventud. ¡Arduo problema! Por una propensión psicológica muy peculiar, el joven se distancia de los adultos y de los seres que lo aventajan en edad. Parece que comienza a despreciarlos menor aún, cuando la razón no se ha asentado bien en el cerebro, por oscuros

motivos somáticos, basados en el color de la piel y en el perfume que trasciende de ella, y parece que estos motivos se robustecen más tarde con un asomo de reflexión. El menor, en fin, en cierta edad de la existencia, odia a los padres porque se da cuenta de que sin ellos no puede vivir, porque perecería de hambre y de frío o por lo menos retrogradaría en el nivel de la existencia si se le cortara la corriente de suministros hogareños. Es la hora de las rebeldías. El adolescente se siente incómodo en el hogar. Las horas fijas de comidas le parecen un grillete, y la conformidad cotidiana, signo de servidumbre. Aspira a las aventuras que cambien la existencia de punta a cabo, la revolución social por ejemplo, cualquiera cosa que deshaga la monotonía de las horas.

Los conductores de hombres han guardado dos actitudes frente a este fenómeno de la rebeldía juvenil, sin duda indesarraigable. Una es dominarla con ejercicios físicos y espirituales, imponiendo rígidamente tareas agotadoras que hagan sentir a los jóvenes su dependencia. Para ello debe ordenarse de alto abajo, haciéndose obedecer el que manda por cualquier medio, inclusive por la fuerza. Se ha dado en la costumbre de poner en ridículo el guante en los colegios. Los que hemos alcanzado a recibirlo como castigo, sabemos de sobra la importancia educadora que posee, y creemos que debe mantenerse aun cuando, naturalmente, no se le deberá citar en reglamentos, programas de estudio y demás galimatías de la organización educacional.

La otra actitud consiste en plegarse a la rebeldía, haciendo como que se la halla puesta en razón y conviene a los intereses sociales. Pero ¿puede en sana lógica el hombre maduro abdicar de su privilegio de educar a la juventud? Yo creo que no; y me baso para ello en los motivos biológicos más ostensibles y elementales. ¿Quién enseña a volar a los polluelos del águila, las águilas viejas o los otros polluelos igualmente ineptos para volar? En la esfera modestísima de su existencia, volar para esos animales es algo tan importante como dirigir los negocios del mundo entre los hombres. La cortedad de vigor de los músculos del aguilucho sólo permite vuelos breves, de una piedra a otra; la mayor potencia de las alas del animal adulto, autoriza vuelos de larga distancia. Lo mismo pasa entre los humanos. El joven, rebelde o no, es absolutamente incapaz, nada más que por joven, de aquilatar los grandes problemas del mundo, de pesar las experiencias de la historia, de discernir en la maraña de los intereses psicológicos encontrados, el hilo que conduce a la cer-

tidumbre moral, o intuición, con que se ilumina el móvil de los actos humanos. Si el águila abandonase a sus polluelos a la tosca improvisación de las alas inhábiles, el arte de volar iría decayendo de generación en generación, más o menos como sucede en el mundo con la aceptación que los mayores han hecho de las demasías de los jóvenes para creerse infalibles y obrar como tales.

Si el hombre maduro abdica del derecho de manejar a su arbitrio los intereses de los jóvenes, reconoce que su experiencia no es un capital líquido, acepta que no ha atesorado saber bastante para prever y combinar y reconoce, en suma, haber vivido en balde. Se suicida. Las generaciones maduras no "deben" entregar el mando a manos juveniles sino por partes, en forma condicionada, escalonadamente. Los nuevos deben trabajar siempre durante algún tiempo conducidos por los mayores, soportando censuras y reprensiones, del mismo modo que los aguilucho los reciben de las águilas: para aprender a volar.

En estos tiempos ocurren las cosas al revés, y los hombres diestros, de criterio reposado, que tienen por los años la madurez necesaria para mandar, se recogen a sus rincones a esperar que los años los desmoronen. La gritería juvenil que puebla las calles, con razón los espanta. Reírse de los viejos ha llegado a ser un deporte, porque no se golpea en él a un adversario ágil sino a la sombra. Y así vamos rodando en espera del hundimiento final.

¿Hundimiento de qué? De la democracia, porque no se ha descubierto aún la manera de evitar que degenera en demagogia, es decir, que convierta en ley suprema e infalible el predominio del número sobre la calidad, que autoriza las presiones irrespetuosas de la masa y que subvierte, en fin, cotidianamente el orden natural de las potencias de la vida a lo que la masa sugiera, insinúe, mande o haga tumultuosamente, con apremio violento.

Y para entender claramente lo que decimos, se nos permitirá hacer algunas reflexiones basadas nada más que en esta ley del número que rige todas las operaciones de la democracia, como que es su ineludible supuesto.

Se aceptará con nosotros que los obreros de una fábrica son más en número que los patronos, y hasta más que los capataces, ingenieros, contadores, empleados, etc. Llega el momento de votar en una elección, por ejemplo, y naturalmente los más vencen a los menos. ¿A quién elegirá el grueso de aquella masa?

¿Al hombre que la sobrepasa notoriamente en información, cultura, entendimiento, reflexión, agudeza espiritual, discreción, tino y garbo político? ¿No preferirá, al revés, al que es capaz de presentársele justo al nivel de las apetencias de la mayoría, inclinado como ella a las soluciones simplistas? Dicho en concreto, las elecciones que ha inventado la democracia como régimen para la delegación de la soberanía, están conspirando a cada instante contra la selección, esto es, contra el gobierno de los mejores. En Chile, desde luego, que es el único país para el cual nos interesa hacer estas comprobaciones, los resultados están a la vista. En 1938 se produjo una contienda entre la candidatura del señor Ross y la del señor Aguirre Cerda. La primera representaba la causa de la selección, y tenía en sus filas a los principales técnicos, a todos o casi todos los capitalistas, y a falanges de los partidos históricos en que existen las mejores capacidades de gobierno que ha podido granar el país en tres centurias de evolución. Entregada a la ley del número, la contienda debía necesariamente seguir la pendiente. Resultó elegido el señor Aguirre Cerda porque fue el candidato de la numerosa plebe, disfrazada esta vez de Frente Popular.

En días más vecinos, ha ocurrido la juvenil rebelión de los empleados particulares y semifiscales. Como siempre, ha impedido la ley del número. Los asalariados de los Bancos son más que los gerentes, contadores y miembros de los directorios, y saben gritar y amedrentar al adversario. ¿No ocurrió, en efecto, que un día acorralaron al fiscal de la Caja Nacional de Ahorros y lo cubrieron de improperios y hasta de otras excreciones de su ira? Y como la cobardía ambiente es mucha, triunfaron. Si se examinan sus actos a la luz del principio esencial de la democracia —el gobierno de los más sobre los menos, guste o no a éstos—, será perfectamente democrático cuanto se haga en nombre de las necesidades del mayor número, y perfecto en consecuencia que los poderes públicos se plieguen a los designios de una masa bien adoctrinada y provista de consignas eficaces y de puños diestros. Los empleados particulares, en suma, se adueñaron del país en las horas que rememoramos.

Todos éstos son logros de la juventud, como que además son frutos explosivos de su alocamiento, de su ligereza de cascos y de su imprevisión. Porque, ante todo, el flanco débil de los jóvenes al proceder contra sus mayores, es la cortedad de vista. No han advertido que el proceso somático de la existencia lleva necesariamente de la juventud a la madurez, a la vejez, a la

senectud, a la muerte; y que es un proceso irreversible: que todo joven ha de ser necesariamente viejo algún día, y la petulancia de los cortos años ha de verse en alguna etapa de la vida, cuando hayan pasado las horas necesarias para ello, afrentada como senectud por la nueva generación que surge. Que, en fin, la más elemental previsión aconseja al joven proceder con cierto respeto ante el anciano, nada más que por cálculo o cuquería muy recomendable: la de poder exigir tratamiento respetuoso cuando la juventud le haya abandonado. Estos jóvenes amatonados que vejaron a los altos funcionarios de ciertas instituciones han actuado como si jamás fuesen ellos a sumar los años de sus víctimas, lo que no deja de ser notable ceguera.

En la raíz de estos actos, por lo demás, encontramos una propensión que no parece haber señalado explícitamente el señor Brandau en sus artículos. Creemos divisar en Chile, no tanto amor a la juventud y estupefacción por lo que ella es capaz de hacer, como odio o desprecio por la ancianidad. Para cimentar este diagnóstico basta señalar un solo hecho.

En el periodo presidencial del señor Aguirre Cerda, ya recordado, se habló con toda seriedad de un proyecto de ley para establecer la jubilación forzosa de los miembros del poder judicial a los 65 años de edad. ¿Se necesita demostración más acabada de la efebolatría subyacente en el chileno medio? Porque a esa edad, claro está, los músculos no conservan la tensión de la juventud, ni las arterias su diámetro, ni el oído y la vista la agudeza iniciales en la vida. Pero el instrumento del tino y del criterio —salvo excepciones muy contadas—, que se afina con los años, está más apto que en la juventud para discernir lo justo y lo injusto, y en el anciano que se despide de la vida es más fácil hallar imparcialidad, rectitud, desasimiento de las pasiones, que en los jóvenes que inician la repechada hacia la cumbre. El proyecto de marras fue arrinconado y olvidado piedadosamente. Conviene recordarlo para hacer el diagnóstico de la frivolidad que salió de la sombra a la luz con los resultados de la campaña de 1938, entregada a la decisión inapelable de las mayorías.

NUESTRA LEYENDA NEGRA

## VERDEJO Y ANTI-VERDEJO

SE HA planteado la cuestión de si Verdejo, el popular "tirillento" de la revista cómica, del sainete y de los carteles murales, representa al pueblo chileno. Habría que saber primeramente quién lo creó, si un chileno amante de las tradiciones nacionales y del mejoramiento de sus conciudadanos, o un extranjero a quien nada importa el bagaje espiritual de la historia, el que hace grande a los pueblos. Es posible que sea chileno el autor de la afrentosa caricatura: lo que probaría una vez más cómo la división de los espíritus es muy profunda y llega ya a los símbolos nacionales. Porque el Verdejo mal oliente, pringoso, infrahumano es, quiérase o no, una estampa simbólica. Aceptarla o reconocerla como tal no implica rendirle homenaje ni tolerar sin protesta que se le siga exhibiendo.

Podría ser una explicación, el que Verdejo nació tal como le conocemos en un instante de ofuscación, fruto espurio de la oposición política amparado por el calor de las pasiones de un instante. Como arma de oposición tuvo su momento de gloria. Fue ariete para luchar contra la imaginaria Bastilla del orden, que en nada puede trabar el paso de cuantos se afanan por conseguir para el pueblo de Chile un destino mejor, y sólo se yergue desafiadora cuando en torno a ella rugen desatados los odios y los rencores sociales. Pero cuando la oposición es Gobierno comienza a recoger los símbolos que empleó en su lucha. El primero de todos es el pobre y malaventurado Verdejo, a quien las hadas de la mugre parecen haber besado cada una con un salivazo desde la frente hasta los pies. Y Verdejo ha crecido y se ha emancipado de las manos pecadoras que en un momento de inconsciencia lo trazaron en el papel. Se vuelve contra sus creadores, y como su tragedia de hombre abandonado, que inspira asco y repugnancia, es muy grande para caber silenciosa en su pecho, Verdejo vocea y gime.

Lo curioso es ver a los cómplices de la creación infamante cómo denuncian los caracteres que la hacen particularmente odiosa. El pueblo de Chile —nos dicen— no puede reconocerse en este ejemplar de ex hombre: consciente de sus derechos, orgulloso por haber conquistado voz y voto en el manejo de la cosa pública, satisfecho porque su pitanza de hoy es más abundante que la de ayer, el pueblo de Chile puede abandonar el

harapo para calzar ropa más comedida, menos fétida, ropa adecuada más a los libres movimientos de un gigantón robusto que al andar tímido y vergonzante del indeciso personaje que fue en otros días. Y tienen razón. En lo que no tuvieron ninguna fue en dar patente de símbolo oportuno del pueblo chileno al que en el mejor de los casos sólo podrá representar a la plebe urbana sin oficio ni beneficio.

Son ellos mismos, por lo demás, los que han descubierto que Verdejo es dañino a Chile. Es dañino ahora, como pudo serlo en 1934 y años siguientes, o antes, si de antes data la creación. Dentro de las fronteras nacionales es dañino, porque eleva a la categoría de doctrina nacional el abandono, el desgreño y la mugre; porque crea y fomenta el complejo de inferioridad, y porque envuelve en una sola estampa, caprichosa de suyo, la imagen mucho más varia que el pueblo chileno ofrece a la vista de todos. Y fuera de las fronteras es doblemente dañino, porque no a todos los extranjeros que contemplan los aireados andrajos de Verdejo les es dado ver la vasta muchedumbre de seres que en modo alguno participan de su genio y figura contrahechos y lamentables. Lo distintivo de la vida chilena de hoy es el predominio de la clase media. Desde las más encumbradas esferas de la política hasta los más humildes menesteres adecuados a su talento, a su fortuna, a sus iniciativas y a sus ambiciones, es la clase media la que hoy ocupa el primer plano. Y Verdejo no forma parte en esta clase media que triunfa y se abre paso con denuedo vigoroso. Si puede hablarse de clases, pertenece sólo a la turbamulta del suburbio, triste desecho de la sociedad que se alimenta más de vicios que de pan y que no aspira a otra cosa que a un día de jolgorio entre tantos de vagancia, de frío, de abandono y de pringue.

Claro está que no todo es capricho en la figuración concretada en el Verdejo de todos conocido y no de todos tan odiado como debiera. Hay algo que ha hecho crisis en el ideal nacional, y al amparo de esa crisis ha sido posible que mentes no enfermizas y talentos no del todo patológicos crean ver sintetizadas en el lamentable Verdejo las virtudes nacionales. No es la resignación el único modo de vivir que ha tenido el chileno. En 1837 y en 1879 se batió por su suelo, sufriendo con gesto altivo las penurias de los campos de batalla, porque sabía que la recompensa de todos era la de cada uno: el engrandecimiento de la patria. Y pocos años después el príncipe Carlos de Borbón, al pasar por Chile, sintetiza su visión en una imagen felicísima:

“Esparta Cristiana.” El desprecio de la muerte y la caridad, el culto de la fuerza y la protección de los débiles: Esparta y Jesucristo. Estamos, como se ve, bastante lejos del andrajoso y espectral Verdejo, en cuya boca, para mayor afrenta, los creadores ponen sólo frases canallas de burdel y de arrabal.

Para que esas frases fueran el trasunto del alma de un pueblo, sería preciso que este pueblo hubiese perdido totalmente el amor a la existencia y que con resignación fatalista se hubiera decidido a esperar la muerte. Debemos, pues, hundir cuanto antes a Verdejo en la nada si no queremos que estas proposiciones desalentadoras que a diario profiere, sin advertir la gravedad de su sentido, le arrebaten los alientos que sin duda tiene para hacer frente a la adversidad, lote común de los humanos. No es él el único que sufre. Pobres hay en todo el mundo, y parece que los habrá siempre. Los que no lo son extienden hacia ellos una mano protectora, tanto más dadivosa y balsámica cuanto mejor haya concebido las angustias de la miseria. Pero ese Verdejo que no cree en nada y nada aguarda, no puede ser compatriota nuestro, participe de nuestra sangre, porque en esa actitud parece haber perdido hasta la estatura de hombre.

La urgencia de reducir a Verdejo a lo que debe ser, es decir, a una caricatura sin raigambre alguna en el espíritu chileno, se pone de relieve cuando se contemplan las cosas desde el punto de vista del ideal nacional. ¿Podríamos hacer una patria grande y feliz si eleváramos el dicho plebeyo de Verdejo a la categoría de norma? Contra ello surgen todas las experiencias del hombre. Los pueblos se moldean a compás de los ideales de sus clases dirigentes, que en ellos difunden por espontánea penetración las costumbres y los usos fomentados al calor de las formas más elevadas de la cultura. Esta penetración puede ser todo lo lenta que se quiera, pero es cosa cotidiana, que jamás cesa, que no reconoce pausas y que se hace tanto más operante y vivaz cuanto más eficaces son los medios de que se sirven las clases superiores para influir sobre las otras. La clase media que hoy domina en Chile no puede participar del punto de vista de Verdejo en la estimación de los problemas nacionales. Acaso no posea la cultura que le haría falta para zanjarlos en un determinado sentido, pero en todo caso tiene una cultura en todo y por todo incompatible con Verdejo, su desaliño, su abandono y su estolidez.

En reemplazo de la imagen de la caricatura ganaríamos si es-

tableciéramos como símbolo nacional un hombre que tuviera algunos sentimientos y pasiones más normales. Verdejo no posee otro orgullo que el de sus harapos, a los cuales debe proteger de la intemperie por temor de quedarse en cueros. ¿No habrá en el pueblo chileno motivo cierto para otro orgullo más elevado? El pueblo que arañó la costra del salitre antes de que sobre ella flameara la estrella de Chile; que surcó los mares en demanda de la riqueza de California; que desafió el poder de España en 1866; que diariamente lucha contra la avaricia de un suelo de difícil dominio, aun cuando no exento totalmente de riquezas que sin el brazo y el cerebro del hombre nada valen, ese pueblo tiene derecho a ser orgulloso dentro de la relatividad de las cosas humanas. Aislado entre la cordillera y el mar, no ha sido objeto de la curiosidad de las masas que han salido de Europa en busca de nuevas tierras para sus necesidades, y por eso no ha crecido con la rapidez vertiginosa de sus vecinos del Nuevo Mundo. Pero el no crecer demasiado de prisa no basta para negar sus méritos. En la medida que le fue concedida, Chile se ha engrandecido y ha prosperado con un ritmo parejo, sin detenciones, y prospera y se engrandece hoy mismo.

Si Verdejo hubiera sido el ideal nacional de ayer, si fuera el de mañana, ¿prosperaríamos? Tal es la pregunta que deben hacerse los hombres que con generoso impulso se han empeñado en esta campaña por anular lo antes posible la caricatura que pasa por ser nuestro retrato. Y como la voz de su conciencia les está gritando la respuesta, no deben detenerse. Sobre la estampa vermicular del Verdejo debe trazarse un "No" que la cubra entera y para siempre. Trazar en seguida el Antiverdejo que nos astisfaga a todos, no urge. Lo que sí urge es cancelar cuanto antes al Verdejo que a todos nos asfixia con el asqueroso relente de sus harapos de aquelarre.

## EL LATIFUNDIO CHILENO

HACE algunos días, al entrar en contacto con Verdejo, tuve ocasión de asomarme a la leyenda negra que ha venido en los últimos años circundando el nombre de Chile. Confieso que la miré con recelo. A mis pies, en un abismo que la vista no alcanza a sondear, veía la masa de los prejuicios y de los errores que propios y extraños han acumulado en torno a mi país, y me pareció de pronto difícil discernir en ella nada apreciable y digno de ser tomado en cuenta. Pero el abismo tiene atracciones que no se sospechan siempre claramente, y poco a poco me fui interesando en la confusa lobrete de la sima. No pretendo haber aclarado el origen de la leyenda negra. Me basta con señalar uno de los libros en los cuales se concretan algunos de los cargos que se hacen a Chile, porque creo que de su examen sacaremos más de una noción concreta y útil.

El libro de mi referencia fue publicado en los Estados Unidos a fines de 1935 y traducido al castellano y editado en Chile en 1938. Su autor es un profesor norteamericano, George M. Mc Bride, y su título español *Chile: su tierra y su gente*. Si se quisiera descalificar desde el principio la intención que movió al autor de este libro para redactarlo, bastaría con señalar que el autor, un norteamericano, se tomó la molestia de hacer un viaje a Chile para descubrir aquí el latifundio, como si esta institución no existiera en su patria, en Canadá y en México, que son sus vecinos inmediatos. Pero no es mi propósito, como se verá, rehusar importancia al libro del señor Mc Bride. Por lo contrario: se la concedo, y grande, ya que las enormidades en él contenidas no han tenido, que yo sepa, ninguna rectificación en los tres años que van corridos de su divulgación en nuestra lengua.

La obra de Mc Bride aparece como trabajo de ciencia, y no en pocas de sus páginas los gráficos y las noticias estadísticas se aglomeran como valla. Parecen haber sido puestos allí para cazar incautos, entre los cuales habremos de contar como primero y más eminente al propio autor. Es inefable el señor Mc Bride al contar, con seriedad espantable, cosas que no son características de Chile sino de todas las naciones de su mismo origen, y cuando los resultados de instituciones y de costumbres comunes

a todos los países del Nuevo Mundo le parecen condenables en Chile y sólo en Chile.

La tierra poseída por los aborígenes que poblaban el suelo americano, en ambos extremos del hemisferio occidental, fue distribuida sin tardanza por los conquistadores, así fuesen éstos holandeses e ingleses como los que asentaron la planta en el norte, o españoles y portugueses, que fue el caso de los del sur. De esta distribución, generalmente ajustada sólo a los merecimientos de los conquistadores y, tal cual vez, al capricho del repartidor, nació el latifundio americano, institución —conviene repetirlo una vez más— tan propia de América que no hay acaso país alguno del Nuevo Mundo en el cual no se encuentre. Y como desde que se hizo la distribución hasta el día no han corrido todavía los siglos necesarios para que la tierra se divida naturalmente entre los habitantes de cada país, el latifundio subsiste con rasgos muy similares en todas las naciones americanas o, si se prefiere, del Nuevo Mundo. Es, por eso, de una peregrina injusticia subrayar el latifundismo chileno y extraer de él conclusiones políticas más o menos graves, si nada se dice del mismo fenómeno y de las mismas conclusiones no menos válidas en otras naciones del hemisferio.

Para el señor Mc Bride, por ejemplo, de esta distribución singular de la tierra se siguen consecuencias sociales muy importantes. Una de ellas: "La marcada desigualdad económica que implican las grandes propiedades hace imposible la democracia verdadera." (p. 344.) Podríamos hacer un silogismo para contestar al autor: la vasta propiedad rural impide la democracia; en los Estados Unidos existe la propiedad rural vasta, luego los Estados Unidos no son una democracia verdadera. Seguramente el autor se erguiría, henchido de amor patrio, en defensa de la democracia americana y nos diría mil cosas para probarnos cómo en su patria hay democracia aun cuando haya desigualdades económicas, acaso más visibles, más acentuadas, más notables, más dignas de estudio, que en otros países del mundo. Y si aceptamos su alegación como valedera, deberíamos entonces borrar del silogismo la mayor y afirmar que no es verdad que la existencia de desigualdades económicas impida la existencia de la democracia.

Tal debe ser, sin duda, el convencimiento de los mil tratadistas que nos hablan de la democracia de los Estados Unidos. Él mismo debe ser el que nos asista a cuantos queramos probar a Mc Bride que no es democracia lo que falta en Chile. Nos

queda por decir algo más sobre este mismo tema. Es posible, aun cuando no aparezca la afirmación en el libro que estamos comentando, que cualquier otra desigualdad económica le parezca al señor Mc Bride capaz de impedir la realización de la democracia. ¿Qué diríamos en este caso de las desigualdades de fortuna nacidas de otra fuente que de la posesión de la tierra? No se necesita hacer un viaje a los Estados Unidos para asegurar que hay allí algunos ricos que han hecho su fortuna en la industria y en el comercio, hombres para los cuales miles de personas trabajan en las fábricas, en los talleres y en establecimientos de todo orden. Ni se necesita tampoco investigar demasiado profundamente en las vidas privadas de estos potentados para afirmar que la posesión de esas fuentes de recursos les abre posibilidades que no están a la mano del pobre, ni siquiera cuando ese pobre es uno de los laboriosos obreros y empleados del potentado. ¿Desprenderemos de allí que la democracia es imposible en un país que muestra tales contrastes de riqueza y de miseria? Yo personalmente no desprenderé nada. Es al señor Mc Bride a quien correspondería desprender algo.

Yendo más al detalle del libro del señor Mc Bride, vemos que es la ignorancia de la vida de Chile la que le ha servido de musa. Es abismante cuanto afirma acerca de las instituciones de educación, que radica sólo en Santiago y zona central; tan abismante, que el traductor creyó necesario rectificar aquí al autor poniendo en una nota: "Existen en todo el territorio 4 615 escuelas primarias, 233 establecimientos secundarios de ambos sexos y 158 de carácter vocacional." Con discreción se le ha dicho al señor Mc Bride que está hablando de lo que no sabe; con no menos discreción pudieron haberse dicho otras cosas. Vaya otro ejemplo. Dice (p. 247) que el pueblo chileno "en sus aspiraciones de llegar a ser propietario, no hace otra cosa que intentar recobrar lo que le fue injustamente arrancado en tiempos de la colonia, injusticia que debió haberse rectificado inmediatamente después del nacimiento de la República". Si el autor de este libro propone esto para los Estados Unidos, es fácil imaginarse la cara que hubiesen puesto las autoridades de su colegio. Como lo propone para Chile y como nadie sabe lo que Chile necesita ni en qué grado la historia de la propiedad territorial es en Chile sensiblemente semejante a la de los Estados Unidos, la peregrina proposición ha pasado inadvertida. No será exagerado que sea en Chile y no en Estados Unidos en donde se llame a cuentas al señor Mc Bride por

el daño que su libro está haciendo al país que le dio motivo para escribirlo.

Otras de las tesis del autor de estas páginas es que hay en Chile una honda diferencia de clases. Para hacerla relevante a los ojos del lector, imagina un encuentro en el camino rural con el dueño de una propiedad agrícola, a quien sigue a corta distancia un mozo del fundo. Uno es Fulano y el otro es Zutano; uno es rico y el otro es pobre. Uno monta un caballo de fina sangre, o poco menos, y el otro en animal del país. Por los detalles que consigna el autor de esta entrevista en el camino, en el cual el mozo se quedó a alguna distancia de los que conversaban, desprende el lector que el visitante esperaba algo muy diferente. Hagamos la escena a su sabor. No es el dueño, Fulano, el que debe detenerse a conversar con el visitante, sino Zutano; no es el primero el que debe informarse de las cartas de presentación que le están dirigidas, sino su mozo o escudero; no es Fulano quien debe ofrecer su casa al huésped, sino Zutano. ¿Habría sucedido esto en los Estados Unidos? Pues no; cuando uno de mis lectores vaya a ese país, no procure hablar con Mr. Ford en su escritorio, sino con sus obreros en la fábrica, ni espere de la oficina las informaciones comerciales que le interesan, sino del portero, ni se imagine que el papel de los mozos es llevar recados y manejar los ascensores, sino que estos menesteres los desempeñan los dueños del establecimiento. Si visita a los señores Rockefeller, tenga la seguridad de que es uno de ellos quien le abre la puerta, le toma el sombrero y le da noticia respecto de los señores de casa. Y cuando se le indique el escritorio o el salón en que los señores Rockefeller reciban, tenga por seguro que allí encontrará a los mozos, secretarios y amanuenses de los señores Rockefeller a quienes éstos, para dar gusto al señor Mc Bride, ese día sirven.

Por esta pendiente no es raro ver disparatar al señor Mc Bride con encantadora ingenuidad. "El sur de Chile —dice (p. 20)— no pesa más en la vida nacional que Alaska en la de Estados Unidos o Baja California en la de México." De aquí podríamos desprender que no es la lectura de las estadísticas la especialidad del tratadista; ¿por qué entonces pone tantas en el libro? De otra proposición podríamos sacar que tampoco es la geografía su fuerte. "No es necesario construir costosos estanques ni grandes obras de nivelación, bastando un simple sistema de canales." Esto (p. 28) el autor lo dice respecto de las obras de riego. Cualquier estudiante de los Esta-

dos Unidos habría tenido suficiente con un mapa del relieve de Chile para darse cuenta de que asentar semejante absurdo era bastante para descalificarle en el examen. Un país angosto, cuyas corrientes de agua bajan en pocos kilómetros dos mil y más metros para encontrar el nivel del mar, necesita costosísimas obras para tener riego regular y metódico; y como el señor Mc Bride lo ignora o no lo imagina, que para el caso es lo mismo, se hace de la vida agrícola de Chile una visión idílica que apenas vale como parodia de la realidad. “En el hecho —agrega muy poco después, en la misma página— ha sido tan simple el problema de la irrigación, que el Gobierno ni siquiera ha tenido que emprenderlo en gran escala; la mayoría de los canales pertenecen a un dueño o a pequeños grupos de propietarios.”

Si tengo la fortuna de contar algún agricultor entre mis lectores, él ya habrá formulado el juicio que merece tan fantástico comentador de la vida chilena. El señor Mc Bride ha escrito su libro en la ignorancia de que el fenómeno original de la conquista del Nuevo Mundo produjo el latifundio en todos los países que forman este grupo de naciones. ¡Qué importa, al lado de eso, que ignore lo que significa construir un canal de riego en Chile!

Pero para ser leal debo agregar que no ignora el señor Mc Bride todo lo que pasa en Chile en materia de superficie territorial dedicada a la agricultura, ni carece totalmente de nociones acerca del fantasma de la tierra “mal repartida”. A la altura de la página 110 el autor ha insertado varias estadísticas sobre número de propiedades y superficies de las mismas, y entonces comenta: “No hay que engañarse, sin embargo, con estas cifras. Gran cantidad de los terrenos de estas vastas propiedades son montañosos e inútiles para usos agrícolas y casi para cualquier otra cosa.” Y luego, a la página siguiente: “La hacienda de Río Colorado con sus 160 000 hectáreas *no tiene más de 250 planas y regadas*; el resto son colinas o montañas, incluyendo dentro de sus linderos una de las secciones más abruptas de los Andes, como cumbres y campos de nieve perpetua.” A partir de este instante se imagina el lector que el señor Mc Bride se va a poner muy cauto y no va a considerar oro todo lo que brilla. Nada de eso: para demostrar que la ligereza anida también bajo la capa del más serio profesor, con tal que éste sea más teorizante que observador de la realidad, sigue imperturbable demostrando cómo, por A más B, existe latifundio en Chile y cómo

el nudo de los problemas sociales de Chile debe buscarse en la existencia de tal institución y no en otra causa cualquiera.

En el curso de su libro siente el señor profesor la necesidad de decirnos algo acerca de la política chilena a lo largo de la vida republicana, y de paso se refiere a la Revolución de 1891. El tema es apropiado para el disparate, y el señor Mc Bride disparatea con ingenuidad angelical. "Recuérdese —dice (p. 193)— que en la lucha de Balmaceda en favor del liberalismo, el ejército estuvo de su lado, mientras la escuadra se unió a los reaccionarios." Y fueron reaccionarios de la categoría de Mac Iver, Letelier, Barros Arana, Errázuriz, König, los que movieron a las huestes de liberales más avanzados y de radicales para derribar a Balmaceda. Es muy fácil dividir así a los grupos políticos de una nación, pero no siempre es justo. Esta vez el señor Mc Bride pudo haber sido extraviado por algún historiador chileno que haya querido dar a la Revolución de 1891 un contenido social que nunca tuvo, cerrando los ojos a los motivos de derecho público que la hicieron nacer. Volvamos por nuestra parte a aquellos fragmentos del libro en que ha debido hacer observación directa el autor.

El señor Mc Bride dejó su tierra, los Estados Unidos, para pasar por Chile con el objeto de obtener informaciones para su libro: esto ya lo sabemos. Lo que no sabíamos es lo que en seguida veremos. Para él, como ya se ha dicho, las clases sociales son dos, una rica que obtiene fortuna del cultivo de la tierra, y otra pobre, que vive sometida a aquélla y que fundamentalmente proporciona brazos para el ocio de la primera. Esta división simplista de la existencia chilena nada tendría de particular si el autor no la hubiera querido sintetizar por su cuenta. En la página 159, el autor escribe: "Hombres y mujeres de la clase alta permanecen por lo general ociosos o desmenuzan su tiempo en frívolos compromisos sociales o en disipaciones. Al sistema de latifundios debe atribuirse si no la causa, a lo menos el fomento de esta situación." Yo no he necesitado ir a los Estados Unidos para saber que allí también hay ricos que viven sin trabajar. Esas personas obtienen sus rentas del trabajo de centenares y miles de hombres, semejantes suyos, que pueblan sus fábricas y sus empresas comerciales, agrícolas, de transporte y de toda laya; y esas personas, según los gustos, hábitos e inclinaciones de cada cual, gastan el tiempo que les sobra en compromisos sociales no menos frívolos que los que llamaron la atención en Chile al autor de este libro, o en "disipaciones".

Y de cuando en cuando nos llegan noticias de que uno de esos ricos compra en Europa un castillo de piedra que reconstruye pieza por pieza en suelo americano, o gasta millones de pesos chilenos en ofrecer una fiesta a la hija que estrena en sociedad, o dilapida sumas colosales en cualquiera de esos placeres que el señor Mc Bride llama "disipaciones". Con la diferencia de que las nuestras parecen diversiones de niños aprendices al lado de las que pueden franquear a los compatriotas del señor Mc Bride unas fortunas que en pesos chilenos resultan de magnitud astronómica.

Pudiera desprenderse de esto que nada habría dicho yo si el señor Mc Bride hubiese escrito su libro para formar la leyenda negra de los Estados Unidos, y no la de Chile. No hay tal cosa. Lo único que me preocupa es la ingenuidad placentera con la cual el señor Mc Bride maneja un metro elástico que le permite ser muy severo para condenar a Chile y a los chilenos, o por lo menos a algunos chilenos, y muy laxo para considerar a los demás habitantes del mundo. Descubrir el latifundismo en Chile cuando lo tenía al alcance de la mano en los Estados Unidos, es la primera demostración de esta elasticidad métrica del señor Mc Bride. Condenar las "disipaciones" de los que en Chile pasan por ricos cuando disipaciones semejantes hay en todos los demás países del mundo, es la última demostración, no porque no haya otras en el libro de nuestra leyenda negra, sino porque el espacio no da para más.

Retengamos, pues, para la historia de esta leyenda negra el nombre del señor Mc Bride porque a él deberemos, sin duda, frutos muy odiosos en corto tiempo.

## ¿QUIÉN HABLA BIEN EL ESPAÑOL?

CON MOTIVO de la inauguración de un congreso de profesores de castellano se ha dado paso, otra vez, en las publicaciones periódicas, a la especie de que en Chile se habla mal la lengua española. Esta vieja especie, que popularizó mucho en Chile el gaditano José Joaquín de Mora, no resiste el más ligero análisis, como veremos en seguida.

Dos formas principales tiene el uso del idioma, la oral y la escrita. En el caso de la oral, hablar mal el español significaría pronunciar sus letras en forma relajada, de modo que sea difícil percibir, en casos de conflicto, la palabra que se ha querido hacer oír del interlocutor. Desde este punto de vista, en diferentes provincias del imperio idiomático español se conocen formas de relajación de la pronunciación de que se hace estudio en la dialectología, lo que equivale a decir que las formas relajadas del dialecto chileno no son las únicas y, acaso, tampoco las peores. En consecuencia, ninguna porción de los hispanoparlantes distribuidos en el mundo tendría derecho a decidir que es la oración chilena la peor de todas.

Un ejemplo pintoresco. En un grupo de académicos reunidos en Sevilla, cuando se trató del clima que prevalece en aquella ciudad, el de origen gallego habló de la "humedaz", el catalán de "humedat", mientras el de origen andaluz hablaba de "humedá", más o menos como habría dicho cualquier chileno. La impresión que le queda al oyente de fuera es que en España se toleran y aceptan como inevitables las pronunciaciones regionales, sin perjuicio de que los cultos nos reprochen a los incultos, como siempre ocurre.

La otra forma del uso del idioma es la escrita, y por serlo, disfruta de una fijeza y de una relativa uniformidad que no alcanzan a la expresión oral. Hablar mal el español, tratando de lo escrito, querría decir algo así como conjugar mal los verbos, cometer solecismos, emplear demasiados barbarismos, acudir con exceso a las formas neológicas, etc. No queremos calumniar a nadie, pero se nos ocurre que nadie está libre, por lo menos en parte, de estos achaques contra la pureza del idioma. Y no lo está por la muy sencilla razón de que no puede estarlo. Nos explicamos.

Una lengua es un fenómeno permanente de comunicación

entre grupos relativamente cerrados de personas de niveles culturales parecidos o vecinos. En concreto, los ocho millones de chilenos tienen establecido para su uso, dentro del perímetro bastante más extenso del español, un distrito que manejan con mayor frecuencia. Lo mismo puede afirmarse de los mexicanos, de los colombianos, de los argentinos, de los filipinos, etc.; pero también puede decirse otro tanto de los extremeños, de los navarros, de los gallegos y, en fin, de todos los grupos regionales o provinciales de hablantes de español de la península. ¿Quién tiene la prioridad? Dicho de otro modo, ¿quién es maestro de quién? Si todos los españoles terminaran por convenir en que debe decirse *humedaz*, en lugar de *humedá*, yo aceptaría sin ninguna protesta íntima el canon estipulado por convención de la mayoría o de la unanimidad. Mientras así no ocurra, todos tendremos derecho a nuestros usos regionales, a condición de que en ellos no se vulneren ciertas leyes generales y muy amplias de analogía y derivación y, sobre todo, otras menos precisas pero más importantes: el buen gusto, la armonía vocal, la elegancia.

No se puede desprender de esto que yo defienda todos, sin excepción, los gruesos, crudos y vulgares chilenismos que está forjando a cada paso el pueblo. Todo lo contrario: me parecen mal. Pero, como no los creo permanentes ni llamados a aclimatarse en el idioma escrito, les niego la fijeza que los haría de verdad peligrosos. Son precederos, y tanto que a la larga dominan en la lengua las voces castizas. En los deportes, sin ir más lejos, hubo una época en la cual se empleaban voces tomadas del inglés, mientras hoy se acude a las de origen español (zaguero, portero, guardavallas), que son, naturalmente, de más fácil inteligencia para quienes no dominan la otra lengua.

He aludido antes a los chilenismos. Debe entenderse, también, para penetrar algo más el problema que se ha evocado, que chilenismo no es necesariamente una violación de los preceptos que rigen en la vida de la lengua, así como no lo son todos los valencianismos, murcianismos y demás ismos que se dan en la península. Aquí como allá, hay buenos y malos. En concreto, de los americanismos cabe separar, como buenos, las voces castizas anticuadas en la península y que siguen vivas en la lengua americana, sin perjuicio de que una investigación filológica más ahincada muestre que subsisten asimismo en ciertos rincones peninsulares. También son buenos los que designan cosas no existentes en España, o, en general, en Europa, más o menos a la altura del descubrimiento de América. ¿Qué moti-

vos habría para declarar americanismo vitando la voz "tabaco", por ejemplo, si hasta 1492 fue desconocida de todos los europeos? Plantas, árboles, animales, flores, frutos, etc., de oriundez americana, han de tener nombres recogidos de las lenguas aborígenes, mal que pese a los puristas. Fenómeno razonable es, en cambio, que esas voces se adapten siquiera ligeramente a las leyes generales de analogía del español, para lograr dentro de éste un curso más despejado.

La imputación de Mora ha hecho, por desgracia, mucho camino en Chile, y cada cierto tiempo se profiere, con toda inocencia, el dictamen basado en ella. Yo la niego en todo y por todo, y la retruco diciendo: ¿quién habla bien el español? ¿Cuál es el grupo social, la región geográfica, la ciudad, el gremio de profesionales o de artesanos a quien pudiera concederse, dentro del imperio de la lengua, el privilegio de haber sabido conservar las leyes de una quimérica pureza idiomática? Si se me dijera que son los académicos de la Real Española, recordaría el ejemplo de más arriba. De otra parte, los académicos, por mucho que se esfuercen, nunca lograrán conocer en su totalidad la lengua sobre la cual legislan. Ellos no pretenden haberlo logrado, y saben que la empresa en sí es inaccesible. Son los de fuera, los que les atribuyen ese descabellado pensamiento. Hay entre los académicos, naturalmente, muchos que poseen un saber idiomático extraordinario; pero hasta en ellos suelen descubrirse vacíos o fallas, pues una sola vida humana no da para estar en todas partes, oír a todos los hombres, registrar todas las voces que éstos pronuncian o escriben. Esto quiere decir, en fin, que las corporaciones como las academias, escogidas entre personas muy cultivadas, carecen por definición de contactos con ciertas formas de la vida popular que están produciendo sin cesar nuevos usos idiomáticos, y que los dictámenes académicos, muy respetables y todo, deben ser acogidos *cum grano salis*, es decir, con escepticismo benévolo.

Quien no fue benévolo en nada fue el famoso Mora, cuyo dictamen peyorativo pesa todavía sobre el ánimo de los chilenos. ¿Nos pondremos de acuerdo un día para declararlo no más que una triste calumnia nacida de la soberbia y nutrida en el despecho?

## ¡NO MÁS ROTO CHILENO!

Es DE esperar que éste sea el último año en que para celebrar las glorias de Chile en la guerra de la Confederación se emplee el término Roto Chileno. Han corrido algo más de cien años de aquella contienda entre pueblos vecinos y han cambiado no poco las instituciones y los usos. El de llamar roto a una parte del pueblo chileno, en actitud paternalista y condescendiente, debe terminar cuanto antes si queremos de verdad que en el país reine la armonía.

Podría creerse que en los días de Yungay la expresión roto tenía alguna connotación agradable y que no sería una falta de respeto al hombre usarla en el vocativo de segunda persona. Si así fue, las cosas han cambiado, y llamar roto al individuo que se acerca a nuestro lado es lisa y llanamente insultante. Y si es insultante para la segunda persona, ¿hay alguien que crea sinceramente que podría dejar de serlo cuando se le emplea en tercera persona?

Yo no he oído jamás llamar roto a nadie en segunda persona, salvo en las riñas, en los accesos de furia, cuando los que disputan pierden el control y están a punto de irse a las manos. Dicho de otra suerte: decirle roto a un hombre es insultarlo.

No me interesa saber si la expresión Roto Chileno ha tenido un momento histórico feliz; es decir, si alguna vez fue usada con buen ánimo y para elogiar a quienes la merecían. Suponiendo que así fuera, insisto, debe aceptarse que todo eso ya pasó y que ahora, y desde hace mucho tiempo, la voz roto se emplea única y exclusivamente para denostar.

Y hace mucho tiempo, sin duda, puesto que hacia 1830, es decir, antes de Yungay, el ilustre gaditano José Joaquín de Mora, que de Chile había salido en forma intempestiva y desairada, queriendo vengarse de Chile y de los chilenos, habló de que éstos eran, en su sentir, "dandies por fuera y por dentro rotos". Es una de las formas más expresivas del sentido efectivo de esta palabra, que tanto nos ha interesado. *Dandies*, esto es, elegantes, son por fuera los chilenos, puesto que se visten, se acicalan, se perfuman, adoptan aires elegantes y armónicos, sonríen, lanzan frases de halago, caminan con parsimonia, saludan, se hacen ademanes de efusión y de simpatía; pero por dentro son rotos, porque todo aquello es afectación, sin pizca de sinceridad. Por

dentro se lastiman, se odian, se persiguen, se hacen zancadillas; el vecino celebra el mal de su prójimo, y uno y otro rivalizan en buscarse pronto el lado más flaco y débil para hundir en él la puñalada certera que habrá de cortar una vida.

Sea lo que fuere de nuestro amor propio nacional, Mora lleva la razón en lo que toca a fijar la real acepción de roto, como se prueba además con los derivados que se obtienen de esta palabra.

Se dice de un hombre que comete *rotadas*, o *roterías*, cuando su comportamiento es sucio, cuando el individuo revela cobardía y mala intención, y si carece de franqueza y de concepto de la responsabilidad. Se habla de otro como de "roto metido a gente" cuando la baja calidad del sujeto de que se habla no alcanza a ser cubierta por el buen traje y cuando pretende rolar entre sujetos de mayor posición social o económica. Se habla de los *roteques* como de los últimos vestigios humanos en que puede fijar la vista un hombre culto. La *rotada*, como sustantivo que denota a la multitud, señala sin dudas a la plebe, a la gente menos culta y más soez.

Si todo esto es así, como nos consta por uso inveterado, ¿a quién que esté en su sano juicio puede ocurrírsele que la palabra roto aplicada a un hombre o a un pueblo encierra el más leve matiz de simpatía? Todo lo contrario. Es una palabra de puro desprecio, insultante, en la cual nada queda que pudiese halagar la sensibilidad de nadie; es una palabra de violenta denigración, agresiva.

Porque si fue algún día verdad que el pueblo chileno estaba dividido en dos compartimientos o estratos sociales, el muy numeroso de los rotos y el de los . . . otros, y si fue verdad que los rotos recibieron el tratamiento de rotos en la segunda persona sin rebelarse, lo posible es que hoy no ocurra esto mismo. Lo más probable es que el pueblo chileno de condición modesta, por ausencia de cultura, por falta de dinero o de las dos cosas, no convendrá en que se le llame roto desde que esta voz aparece para él cargada de todo género de odiosas asociaciones de ideas. La ley dice que todos somos iguales, y si bien esta aserción de la ley sea objeto de no pocos distingos, ha creado en las almas de los hombres cierto informe sentimiento de igualdad, en virtud del cual los extremos se acercan, se amenguan las distancias clásicas, y sentimientos solidarios nacen en los espíritus de todos los ciudadanos de una misma nación.

Es verdad que la voz roto aparece empleada en el Quijote, y que, según todo lo hace entender, en tiempos de Cervantes no

hacia apelación a otra cosa que al traje lleno de perforaciones, el que por años no ha recibido la caricia hacendosa de la aguja y del cepillo. Era roto, pues, el hombre andrajoso, de malas trazas. Algo ha cambiado desde entonces. Los hombres más menesterosos disfrutan ahora de comodidades que en el siglo xvi eran totalmente inconcebibles. Dicho de otra forma: un Cervantes del siglo xx no llamaría rotos a los hombres desarrapados sino para indicar que sus vestidos están mal zurcidos o nada zurcidos.

El error es nuestro, es decir, de los chilenos. Somos demasiado afectos a la autodenigración, y antes que sentirnos engraidos nos agrada infinitamente pasar por humildes. De allí que hayamos tomado la expresión cervantina y, distorsionándola no poco, la hayamos dejado caer como un mazazo sobre el hombre modesto de Chile, y hemos creído que con ella lo aplastábamos para siempre y lo condenábamos a eterna e irreversible mudez.

¡Trágico error! Los muertos que vos matáis gozan de buena salud, se dice por allí, y es cosa de repetirlo. No: el roto denotado e injuriado no ha muerto. De hoy en adelante no podemos llamarlo roto, porque ése es un insulto, y no es razonable la idea de insultar a la mayoría de la población de un país, entendiéndolo además que ese país es la patria de los dos, el que insulta y la masa innominada contra la cual el insulto alza su vibrante cola de látigo.

No hay rotos en Chile. Hay sólo ciudadanos, y si es verdad que algunos de éstos quedan muy bajo, lo propio de los que se hallan más alto es tenderles la mano para que suban. El ideal es que todos se entiendan; la doctrina cristiana nos dice, además, que deben todos amarse.

Este dictado inapelable, tajante, brutal, de roto, aplicado a una porción del pueblo chileno, propende a mantenernos desunidos, atiza el odio, despierta y solivianta rencores; es, en suma, una mala siembra.

Convendría, pues, que revisáramos nuestra actitud de constante autodenigración. En Chile hay un pueblo modesto y silencioso, que trabaja esforzadamente, sin que siempre reciba como retribución de su labor el salario que de verdad pueda calmar su hambre, y que trabaja con cierto fatalismo íntimo al ver cómo se suceden gobiernos, regímenes, tendencias, grupos, uniones nacionales y patrióticas y grandes cambios de las instituciones y de las estructuras sociales, sin que ninguno de ellos pueda evitar el descenso catastrófico del signo monetario, poderoso

freno de todo enriquecimiento individual. Hay una clase media que pretende lograr con el instrumento de la cultura intelectual la conquista de posiciones superiores, y que cuando en Chile no las obtiene se va al extranjero a buscarlas. Y hay muchas otras clases, grupos y subgrupos que deben combinarse armónicamente para alcanzar la grandeza de la patria, la cual no podrá obtener jamás de la discordia de sus súbditos.

Los hombres que se sienten superiores no pueden legítimamente despreciar a los que creen inferiores. Lo único que les queda permitido es ayudar al inferior a que se vaya refinando en su comportamiento y domine algún arte, industria, profesión u oficio que al ser útil a la patria y a la comunidad nacional sea asimismo de provecho para quien lo practica. Juzgaremos a la nación por el término medio del saber de sus hijos. En suma, en un país de ocho millones de habitantes las existencia de tres o cuatro de los llamados rotos no podrá menos que bajar en dramática proporción el nivel general del país, y por lo tanto el sitio que haya de corresponderle entre todos los demás países de la Tierra.

No más Roto Chileno, no más Roto Chileno: tal debe ser la consigna de hoy en adelante. Los cuatro candidatos a la Presidencia de la República harían bien en meditar estas proposiciones que hemos sintetizado más arriba. ¿Responden sus programas de acción futura a la necesidad de poner coto a la autodenigración que se hace del pueblo chileno? ¿Hay allí medidas para cimentar sobre bases sólidas la armonía social? Si esto es así, nos ayudarán entonces a proclamar otra vez:

—No más Roto Chileno.

El Roto Chileno, amena entelequia folklórica, desapareció hace tiempo, esfumado en las nieblas de la historia, y corresponde a una noción paternalista y falsa de la organización social de Chile.

## REMEMORANDO

## AÑOS DE VIDA EN "EL MERCURIO"

HACE varias semanas me visita y ronda la memoria de los días antiguos, y dentro de ellos aparecen, diseñados a veces con todos sus detalles, ademanes, rostros, voces de los compañeros de aquellos días. Es *El Mercurio* el foco de estas remembranzas. Su vestíbulo amplio, del cual sale encumbrada hacia arriba una escalera de mármol, su ascensor que rara vez corre, las barandas del segundo piso, desde donde vi rodar el mundo, palpitar el corazón de la humanidad, todo eso forma un paisaje familiar. A él pueden agregarse además ciertos rincones. Uno, de noche, donde se ordenaban los despachos telegráficos; otro, de día, cuando a la vera de Armando Donoso nos informábamos de los sucesos literarios y sabíamos quién iba y quién venía por el mundo del papel impreso en forma de libro. Y por allí, en esos rincones, me esperan faces de personas que un día se fueron, a quienes si las busco no podré ya encontrar, personas a quienes amé como amigo, respeté por sus dotes excelsas, obedecí como fiel subalterno y distingo, en medio de los ejércitos de seres que circulan junto a nosotros, por su energía, su benevolencia o su entusiasmo. Éste es el panorama por donde ambularé hasta desprenderme de la obsesión que me domina.

Estoy escribiendo, por lo demás, muy lejos de ese paisaje.

Vivo en Boulder, Colorado, en el centro geográfico de los Estados Unidos, a grandes distancias de Nueva York y de otras ciudades que frecuentan los turistas. Por aquí no vienen muchos viajeros; pero en estos días de Escuela de Verano la Universidad de Colorado revive con atenuado pulso su actividad de siempre. En medio de los árboles, muy verdes, y del césped, generosamente regado, álzanse al cielo sus edificios construidos en piedra de color rosa.

Mi ventana da a la calle, al nivel del suelo, y muy de vez en cuando diviso a algún vecino. Como es tiempo de calor, los vestidos son breves, ligeros calzones, camisas de mangas cortas, salvo los niños, a quienes se viste sólo con un taparrabo. Grandes árboles dan sombra, pero eso no combate del todo el azote del sol, el cual dura desde las cinco de la mañana hasta las siete de la tarde. De tanta penalidad nos consuela, y con frecuencia, el rayo que culebrea entre las nubes, el trueno que le sigue re-

tumbando con fragor de artillería repetido por los ecos entre las montañas, y la lluvia de que uno y otro son heraldos.

Y este alejamiento me permite evocar a voluntad los días pasados, los vibrantes días de la juventud que se fue, cuando emprendíamos la jornada y nos sentíamos llenos de fuerzas y creíamos que íbamos a tenerlo todo. Uno de mis compañeros de aquellos días, sí lo tuvo. Todavía recuerdo la emoción que hacía hablar de prisa y con pausas arrítmicas, a Byron Gigoux cuando le ofrecieron la dirección de *Las Últimas Noticias*, en una edad tan juvenil que el don parecía inverosímil. Así como recuerdo las graves reflexiones que ambos nos hicimos, y el ardiente ruego que le dirigí para que aceptara, porque yo creía en él y estaba seguro de que lo haría muy bien. Y se fue a ocupar ese cargo, en el que consumió las energías de toda su existencia, hasta jubilarse, hace pocos años.

Quedamos entonces dos, porque el otro de aquel trío espontáneamente formado, Eduardo Prenafeta, siguió en *El Mercurio* y siguió junto a mí. Todos nos habíamos conocido en el diario, y mientras ellos, del norte los dos, hablaban de minas y evocaban a personajes sumamente pintorescos, yo debía callar, porque mis recuerdos eran sólo urbanos y muy poco amenos. Pero afinidades que pronto afloraron nos hicieron juntarnos y, en algún grado, ayudarnos.

### *El director*

Cuando yo entré a *El Mercurio*, el director era don Carlos Silva Vildósola, uno de esos personajes a quienes no es fácil olvidar si se les ha frecuentado más de cinco minutos. No era aventajada su estatura, y sin embargo su rostro dominaba con serenidad perfecta y espontánea majestad en cualquier grupo donde no fueran las fuerzas físicas las imperantes. La guedeja rubia estaba ya raleando, y algunas insistentes arrugas tallaban las mejillas enjutas, casi ascéticas, pero en aquella cara lampiña, clara, sonrosada, despedían luz los ojos azules. Esta luz, por lo demás, nos acompañaba y nos seguía por el cuarto en que estábamos conversando, se trasladaba de las pupilas a las manos, solía esfumarse tras la veladura de unos anteojos enmarcados en carey, pero renacía, triunfante, cuando la mano desprendía los anteojos de la tensa nariz y procedía a jugar con ellos, en la cubierta de la mesa. En esos ojos estaban la inteligencia, la fe, el optimismo, todas las potencias que se daban cita en ese hom-

bre. Y allí estaban también, como alguna vez vimos, la alegría, el interés por todas las cosas.

Recordaba él que en sus años de juventud, cuando llegaba una compañía teatral a Santiago, las damas del elenco enviaban retratos suyos en seductoras tenidas, con tarjetas donde se leía: "Desiderio di conoscerlo" si se trataba de damas de lengua italiana, como eran las cantantes de ópera. Y los periodistas así agraciados respondían con flores, anunciaban visita y terminaban por organizar comidas muy íntimas, a veces después de la función, donde se pasaban las horas sin sentir las. Recordaba asimismo que en contraste con tan frívolas amistades, los periodistas eran invitados por los ministros, por el propio jefe del Estado, sea a comidas protocolares, sea a reuniones de carácter reservado. En un caso y en otro, el periodista era una especie de consejero secreto, cuya opinión bien podía no ser seguida pero a quien se daba, de todos modos, la sensación de que se le había escuchado y consultado. Repitiendo una definición de no sé quién, don Carlos decía entonces que "el periodista es un secretario de los acontecimientos".

### *Algunos personajes*

En esos años, es decir en los primeros que pasé yo en el diario, solíamos los nuevos, más inquietos, menos sumisos, sentir envidia de lo que estaba sucediendo en el diario de la calle Agustinas, donde bajo el espaldarazo de don Eliodoro Yáñez se hacían embajadores y ministros y se intervenía decididamente en la cosa pública. La carrera meteórica de Conrado Ríos era tema constante de conversaciones en el diario de la calle Compañía, donde todo el mundo ocupaba su sitio y "no pasaba nada". Vicente Allende se movía como peonza de su archivo a todas las demás secciones del diario; solía estar amurrado y se hacía difícil hablar con él; pero volvía a su centro, y en él renacía, ahora con atavío menos esplendoroso, el gentil caballero de otras horas, de cuando lo llamaban "el paseante Allende" y se lo disputaban en los salones. Guillermo Cienfuegos extremaba la finura de sus modales, recibiendo como administrador muchas confesiones, en la espaciosa oficina donde ocupaba sólo un rincón. Carlos Vega Macher llenaba en cambio el brevísimo despacho de su *Vida Social* con un cuerpo alto como granadero y grueso en proporción, de tez rubia, bigote recortado y expresión dulce y como adormecida por una melancolía secreta.

Todos ellos estaban allí cuando llegué yo, y allí siguieron. Cienfuegos, eso sí, estragado por la tuberculosis, algún día se acogió a retiro y se murió ya lejos de nosotros. Un día me encontré con él en un tranvía, y dominado por tierna solicitud le pregunté por sus asuntos.

—No —me dijo—, no me hago ilusiones. Me queda poco. El corazón ya me falla.

Y sacando fuerzas no sé de dónde, se repuso y agregó:

—El diario seguirá, hay muchos jóvenes que están allí aprendiendo. Salúdelos en mi nombre. Yo ya no podré verlos.

### *En la crónica*

Estos personajes circulaban por el diario, iban de un lado a otro, conversaban, saludaban, resolvían asuntos, firmaban papeles, eran en fin los ejecutivos. Otros tenían menos que resolver y se limitaban a ser "secretarios de los acontecimientos", como decía don Carlos. Ellos ocupaban el recinto de la *Crónica*, donde hubo primero mesas separadas, una ocupada por Clemente Díaz León, y otras en las cuales se veía o se divisaba a Guillermo Tellechea, Eduardo González, Víctor Plaza de la Barra, Ignacio Fontecilla y otros. Clemente era el jefe de aquella tropa, y su ceño solía verse cruzado por pálida ira ante la incompetencia y la indisciplina de los más. Pero la ira, a veces frenética, no le impedía ser justiciero, de modo que alentaba siempre las vocaciones firmes, así como lo fue la suya. Contaba don Carlos que Clemente hubo de trabajar desde muy joven para allegar recursos a un hogar empobrecido, y que cuando llegó el momento de dar una profesión a su hermano Alberto, no vaciló en echarse encima la responsabilidad de todo hasta que el menor tuvo su título de abogado, que honró a lo largo de la existencia. Con esto, y algo más, a Clemente se le conserva un altarcito en el corazón de cuantos le conocieron, con un pedestal en el que arde una luz y perfuma una flor.

Pero las primeras apariencias eran temibles. Desde luego, la naturaleza no le había sonreído al nacer, ya que sobre un rostro anguloso, duro, lleno de protuberancias, surgía una mata de pelo rojo, que con los años amortiguó su encendido color de la primavera, pero no la rudeza de las hebras. Prenafeta, aficionado a los epigramas, decía que... pero que lo diga él mejor:

—Estaba Clemente furioso, como siempre, y se pasó la mano por la cabeza y se la retiró chorreando sangre.

De la jefatura de la *Crónica* fue promovido a la secretaría de la redacción, y se llevó consigo, como redactor, a Guillermo Tellechea, que era su favorito. Aun cuando Tellechea ha muerto, bien pudo decirse de él que tenía siete vidas como el gato, porque un día de agitaciones políticas, habiendo pasado en las vecindades de la Moneda, le dispararon un tiro de carabina a quemarropa. El proyectil lo atravesó de parte a parte, y Tellechea quedó moribundo, desangrándose en la calzada. Cuando le vimos, algunas horas después, en la Asistencia Pública, estaba rozagante, quejándose que no le dejaran fumar y de que, al caer la tarde, no le permitirían irse a tomar su habitual copita de cola de mono en el mesón de la Juana Flores.

De la secretaría de la redacción Clemente pasó a la subdirección y, en 1931, a la dirección. Reemplazaba a don Carlos Silva Vildósola en la dirección del diario que era ya, sin discusión, el más importante de Chile. Entonces dio Clemente la medida de su capacidad y de su tino, porque consciente de sus responsabilidades, de su papel, de la historia del diario, de todo, dejó de lado su amarga cáscara y se trocó en gentil y disertó anfitrión. Delgado, recto, de miembros finos, siempre se vistió con algún retraso de la moda, y prefirió los colores oscuros, las telas gruesas, los botines con caña y la camisa almidonada, a veces coronada con una corbata de rosa. Era el ejemplo mismo de la puntualidad y conocía todas las labores de la redacción. Leía tanto el original que le entregaba el redactor como las pruebas del material sobrante, y vigilaba al dedillo la tarea de cada sección. ¿No se cansaba nunca? Así decíamos nosotros los muchachos que nos formamos a su lado y que más de una vez recibimos sus reconvenciones, acompañadas de frailunos pellizcos en los brazos; pero un día se cansó, y para siempre.

Y le pasó lo que a los otros. Tanto había hecho por el diario, tanto de su fe, de su tesón, de su energía derrochó en aquellas salas, que fuera de ellas no pudo ni siquiera sobrevivir. Pretendía crear un nuevo diario cuando hubieron de llevarlo, afónico, a su casa a esperar a la Pacificadora que por fin se haría cargo de él, para darle el descanso que nunca quiso tomarse.

Por la *Crónica* entre tanto habían ocurrido novedades. Eduardo Cienfuegos, con sus chapitas rosadas en las mejillas, estaba ahora al frente de la juvenil mesnada, y junto a él se divisaban Hugo Ercilla, ruboroso como las doncellas de los cuentos; Raúl Cuevas, de ojos adormilados y cuadrados hombros; Manuel Gandarillas, sin perita y sin versos, que llevó después, y tantos y tan-

tos otros que entraban, salían, se quedaban, volvían a salir, hasta confundirse en la memoria. Uno de ellos, Luis Enrique Poblete, era compañero mío de antes de llegar al diario, como Galileo Urzúa, a quien conocí como dirigente estudiantil, y otro, Óscar Urquieta, de andares lentos y ademanes finos, que hallé sólo en el diario y después trabajó en otros. En este periodo adquirí además el hábito de ir a conversar un ratito, al comenzar la tarde, con Cienfuegos en su escritorio... Leía él originales que le entregaban sus muchachos, y yo repasaba los diarios vespertinos o recorría las pruebas del material sobrante, donde solían quedar noticias curiosas. Cienfuegos seguía al mismo tiempo con idéntica atención, lo que sucedía cerca o lejos, y entre dos llamadas telefónicas volvía a la conversación como si nada la hubiese interrumpido. Estas dotes le permitieron hacer una *Crónica* bien abastecida de noticias y muy imparcial, como la exigían los directores, sea cual fuere su nombre.

### *Aparece don Agustín*

Cuando yo llegué a *El Mercurio* no estaba en Chile don Agustín Edwards, pero un día apareció y a don Carlos Silva Vildósola, director entonces, le manifestó su deseo de ir a saludar a todos los que allí trabajaban. En aquel *tour du propriétaire* le vi, pues, por la primera vez, y de él recibí la instantánea impresión que a tantos otros sobrecogió lo mismo que a mí: era un hombre superior. A la afabilidad del trato unía la elegancia, una sonrisa dulce, una mirada acariciadora, una voz pletórica, el ademán principesco. Es posible que, como alguna vez se ha dicho, le quedara grande a Chile, pero él siempre quiso ser muy buen chileno, sea poniendo su diario al servicio de las grandes causas, sea viviendo en el exterior, donde desempeñó importantes cargos diplomáticos y de alto rango internacional.

Estando don Agustín en *El Mercurio* se hicieron, por lo demás, sistemáticas las reuniones de redactores, por él presididas, donde se realizaba la crítica de la última edición del diario y se discutían los temas sobre los cuales debía escribirse para el día siguiente. Comenzaba él muy temprano sus labores, de modo que cuando llegaba al diario había leído toda la prensa matinal y tomado apuntes, en papeles independientes, de los temas que debían tratarse, así como de las noticias que traía la competencia y que en *El Mercurio* se habían saltado. Y ahí lo veíamos hablando y haciendo hablar a los demás. Muchas veces en-

contraba resistencia fundada para tocar un tema, y entonces con toda humildad se guardaba su papelito en el bolsillo. Era el propietario, había sido embajador y ministro, más de una vez se dio su nombre como candidato a la Presidencia de la República, pero un refinado instinto le llevaba a borrar su personalidad cuando era necesario.

Los demás de su casa y de su hogar poseían los mismos hábitos, y jamás pretendieron intervenir en nada. Algún día apareció por ahí don Raúl Edwards, hermano de don Agustín, envuelto en su elegancia principesca, y solicitando noticias y sonriendo con distinción a todos, no ocupó más de media hora de nuestro tiempo con su charla ingeniosa y fina. Murió muy poco tiempo después. Mucho más vimos a don Carlos, también hermano de don Agustín, que en ausencia de éste le representaba en todo. Conocía el diario al revés y al derecho, y era especialmente amigo de don Guillermo Pérez de Arce, en cuya oficina solía hacer escala. Culto, ameno de trato, muy amigo de los retruécanos y de los chistes, don Carlos dejaba una profunda impresión en quienes le conocieron. Era un perfecto caballero.

Una hermana de don Agustín, la señora Adela Edwards de Salas, invadía y llenaba de vez en cuando la sala de la redacción o de la crónica, saludando a todo el mundo, hablando en voz alta y moviéndose con vivacidad juvenil. Una causa noble le daba dinamismo tal vez ya extraño a su edad. La Cruz Blanca, institución de caridad fundada para proteger a las chicas descañadas, ocupaba sus horas desde que una dulce criatura, hija de sus entrañas, había perecido en brutal accidente callejero. La señora Adela entregaba artículos suyos o de otras personas, para tratar del problema social a que atendía la Cruz Blanca, y se multiplicaba cuando era llegada la hora de anunciar la colecta anual en que la institución confiaba para ampliar sus servicios.

Después apareció el hijo del propietario, Agustín R. Edwards, a quien estaba confiado el amplísimo y delicado papel de suceder a su padre. Mientras, se preparaba, hacía visitas a las diversas secciones, procuraba con tacto hacerse amigo de la gente con la cual un día iría a trabajar. Su brillante carrera, interrumpida por la muerte sin aviso ni prevención alguna y cuando nada la hacía entrever, renovó grandemente los equipos industriales del diario y creó departamentos nuevos que eran útiles. En el trato humano, por lo demás, había dado mucho más de

lo previsto, y su hogar estuvo abierto a cuantos quisieran frecuentarlo. Y digo quisieran, porque una vez nos dirigimos preguntas y respuestas en mudo diálogo, cuando él pudo comprobar que uno de los invitados a su almuerzo, uno de los de más categoría por cierto, faltaba a la cita.

—Yo no lo he lastimado nunca, ¿por qué me hiere él a mí? —parecía decir aquella mirada suplicante; y yo, también, con la mirada, creo haberle respondido:

—Hombre, consuélase. Usted lo tiene todo, y hasta ahora no había conocido la ingratitud humana. Pues hora es de que la conozca.

Podría decirse de Agustín R. Edwards que heredó un cúmulo de actividades superior a sus fuerzas, y que en ellas consumió energías que pareciendo enormes tenían, como todas, un límite.

Un día nos avisaron que un servidor del diario estaba enfermo: le había dado un infarto y lo tenían en la Asistencia Pública.

—¿Vamos a verlo? —le dije, y por cierto don Agustín aceptó.

En el camino me preguntó cómo había ocurrido el ataque y qué edad tenía el enfermo. Cuando se la di se quedó pensativo, pero nada dijo, porque no era afecto a contar sus cosas. Después pude comprobar que era la propia edad suya y supongo que al saberla se replegó en sí mismo y pensó: “¿Por qué él y no yo?” Duró, sin embargo, tres años más, hasta que se desplomó sin vida al ir a dejar a una clínica a Carlos Eastman, su cuñado, que sufría una pasajera indisposición. Se fue en silencio, sin despedirse de nadie, sin agonía ni preparativo de ninguna clase, pero dejando, sí, en cuantos le conocimos un privilegiado recuerdo. Era una personalidad completísima de hombre aficionado al arte, a los deportes, enamorado del progreso y de todo lo nuevo, anheloso de que el país avanzara y se pusiera a la altura de sus ensueños. Educado en Inglaterra, cuando su padre ejercía la Legación, había vivido después en París, donde nacieron algunos de sus hijos, pero Chile formaba el centro de sus ocupaciones y al progreso patrio dedicaba la mayor suma de sus esfuerzos.

### *En otros rincones*

En una sala sombría y estrecha del primer piso, donde hoy impera la sonrisa de Pola Marchant, trabajaba entonces Roberto Aldunate en dos tareas muy diferentes: de día recibía las sus-

cripciones, y de noche se iba al teatro a ver el estreno para escribir sobre él. Sus artículos eran razonables, bien ordenados, y llevaban como sola firma las iniciales R. A. Por otros rincones andaban Juan Baeza y Juan Barrera, Renato Pizarro y Mario Vergara, que de un lado y de otro habían llegado al diario, aquéllos con experiencia, éstos sin ninguna, porque eran muy jóvenes. Mario Vergara, sobre todo, ostentaba una risa fresca, casi infantil, cuando llegó a trabajar en el diario, donde alcanzaría a ocupar la jefatura de las informaciones internacionales. Audaz, enérgico, decidido, no se quedó tampoco en su rincón sino que emprendió vuelo para fundar la revista *Vea*, primero, y para seguir rumbo a la diplomacia, en seguida, donde permanece. Con él se cumplió el dicho aquel que suele repetir Rafael Maluenda: "*Le journalisme amène à tout à condition de n'y pas rester...*"

*Las Últimas Noticias* ocupaban una sala del segundo piso frente a la plaza de los Tribunales de Justicia, y allí teníamos escritorios cuantos la redactábamos, desde el director (Fernando Lastarria, Víctor Silva Yoacham) hasta los demás. Por allí anduvo, pues, empinada en su alta estatura, Luisa Larrazábal de Sutil, de conversación voluble mechada de frases extranjeras, porque algo sabía de inglés, de francés, de italiano, y le agradaba frecuentar a los diplomáticos en su cotidiana obligación de hacer la Vida Social. Por allí también pasó Armando Lazcano, cuya carrera culminó hace poco en la dirección de *El Sur* de Concepción, y por allí anduvieron muchos otros colaboradores menudos, menos asiduos, pues *Las Últimas Noticias* se distinguía en ese tiempo por el carácter escolar que le daban esos niños tan jóvenes, que entraban a ver qué rumbo tomaban las cosas. Sólo cuando Byron Cigoux se hizo cargo de la dirección cambió todo aquello; y cuando el triunfo coronaba la gestión de este muchacho y desaparecía con *Los Tiempos* el temible competidor, se buscaba dentro del propio edificio un local más amplio y allí se iba la tropa bulliciosa, donde sobresalía la cabeza de Florencio Romero y se hacía sentir el impulso de una ardiente juventud.

Byron Gigoux, anheloso siempre de novedades, redactó unas tablas de la ley donde se leía: "El periodismo moderno es ráfaga, grito, estallido..." y los de ayer, sin ganas de entender las metáforas de ese lenguaje, le ponían en solfa, inmisericordes. Uno de ellos, que no quería pronunciar su nombre, le llamaba siempre Pitú; otros le pronosticaban toda suerte de males. Es

posible que si hubiera estado solo le fuese mal, pero siempre le alcanzó el consejo y la advertencia de don Guillermo.

Por antonomasia se llamó así entonces, y por muchos años, a don Guillermo Pérez de Arce, una de las más robustas columnas de *El Mercurio*. Una barbita rala, que le acompañó siempre, le daba aire anticuado, mientras los anteojos, que desprendía del rostro sólo para leer, le aislaban del interlocutor. Todo parecía indicarle como frío y difícil de calzar en aquel ambiente de ruido, donde se competía en bohemia y en actos irreverentes. Pero nada. Don Guillermo poseía, en cambio, una penetrante, lúcida, siempre despierta inteligencia, y con ella se acercaba a los hombres, dominaba los sucesos, juzgaba el pasado y el presente y abría o cerraba una carrera. A Gigoux le autorizó amplia cuenta de crédito periodístico, y le defendió contra todos cuando era necesario defenderle. Después Gigoux fue capaz de defenderse solo, es decir, con su obra, y su creación. *Las Últimas Noticias*, de tamaño pequeño, "diario magazine de Santiago para todo Chile", siguió adelante, pese a la envidia de unos y a la falta de colaboración de otros.

En contraste, hubo quienes le servían con puntualidad religiosa, desde Daniel de la Vega, bordador de encantadores comentarios, hasta Nathanael Yáñez Silva, que rememoraba un viaje por París tan accidentado como los de Tartarín de Tarascón, y pasando por Rafael Cabrera Méndez, por Luis Durand, por Antonio Acevedo Hernández, por mí, que en *Las Últimas Noticias*, y sin perjuicio de mi tarea de *El Mercurio*, fui redactor hasta 1945. Y es que Gigoux contagiaba de su virilidad a todos. Había comenzado escribiendo versos en su Caldera natal, pero en Santiago, en *Las Últimas Noticias*, cuando yo le conocí, los tenía casi totalmente olvidados. Recordaba en cambio los de otros, y solíamos recitarlos él y yo en espontánea emulación de sobremesa. En el diario se aplicó a la tarea con afán demoníaco; pero un día, habiendo vuelto acaso la mirada hacia el pasado, tomó de nuevo la pluma y escribió una novela, *El cerro de los Yales*, que es muy buena. Más adelante le interesó la pintura y ha hecho varias exposiciones y asentado su nombre entre los pintores.

### *Con la voz de Stentor*

En los periódicos suelen juntarse gentes de muy diferentes edades, y es así como en *El Mercurio* discurría entre los escri-

tores y en todas partes alzaba su voz estentórea el famoso Salvador Nicosía. Lo de la voz tiene importancia íntima para mí. Nicosía vivía en la calle Argomedo esquina de Freire, y decía con frecuencia:

—Io sono el único italiano di Chile que viviendo en una casa de esquina non tiene almacén —y subrayaba su dicho con unas carcajadas que habría envidiado Gargantúa.

Pues bien, yo de chico viví en Argomedo, esquina de Lira, donde Nicosía más de una vez hubo de esperar el tranvía, vestido siempre como para un carnaval. Las botas estaban protegidas por polainas blancas en el buen tiempo, y grises en el invierno, y sobre ellas caía un pantalón de colores muy claros combinados en cuadritos. El rostro de moro, sumamente moreno, aparecía enmarcado por una barba robusta, bien peinada, albísima, y dominado por un excelente chambergo, Borsalino sin duda, que Nicosía renovaba a menudo. Pero no era ese chambergo, gris, castaño, azul, lo que más llamaba la atención en su atuendo, ni acaso el chaleco de fantasía, ni el bastón, de gruesa caña de la India. No, lo que más atraía en él era la flor que ocupaba el ojal de su americana, flor recién cortada en el jardín de la casa por la amante mano de su hija, casi siempre un clavel sonrosado, fragante, sobre cuyos pétalos solía inclinarse, sensualmente, la nariz de este viejo periodista cuya leyenda preocupaba a todos los jóvenes.

Y un día el encuentro se produjo. Nicosía saludó muy galantemente a mi madre, y los tres subimos al tranvía para irnos al centro. Pero antes vino la presentación:

—Questo chico es su hijo, señora —decía Nicosía, que mezclaba las palabras italianas y españolas en una algarabía deliciosa.

—Sí, señor —decía mi madre.

—E ¿cómo te llamas, niño?

—Raúl —respondía yo, con un hilo de voz, atemorizado por el volumen y los colores de aquel estruendoso varón.

Y entonces Nicosía me dio una lección inolvidable:

—Bah, e ¿por qué hablas así? Apenas se te oye. Tú sos un caballero, e tienes derecho di hablar en voz alta. A ver, aprende, dí, Raúl —y lo pronunció en tal forma que los vecinos volvían la cara.

Yo ensayé tímidamente repetir la bronca entonación de Nicosía, y no pude. No lo puedo todavía. Por deficiencia de las cuerdas vocales, por timidez, qué sé yo por qué, nunca he podido

hablar en voz demasiado alta, y en consecuencia me quedé muy lejos del ideal de caballero que Nicosía trazaba para mí en ese día de la infancia.

### *Algunas ilusiones fallidas*

En el diario, don Salvador ocupaba una oficina desde donde cursaba un par de veces en el día, informaciones a *La Nación* de Buenos Aires, diario del cual fue mucho tiempo corresponsal. Allí reanudamos la amistad de años antes, y nos acompañamos en horas de reposo. Le agradaba la amistad de los nuevos, y casi podría decirse que los buscaba. La estrepitosa relación legendaria de sus orígenes, sus luchas políticas en Italia, sus duelos caballerescos, sus amores y amoríos, su viaje a América, sus jornadas periodísticas en el Brasil y en la Argentina, antes de pasar a Chile, fueron más de una vez el tema de aquellas conversaciones. Yo hablaba en voz baja, y él gritaba cuanto decía: interjección, elogios, el comentario político, la queja contra el destino aciago, la impotencia de sentirse viejo cuando todavía hay algo en que batallar...

En ese extraño diálogo de diapasones adversos supe cómo bajo la bulliciosa máscara de Nicosía habitaba un personaje desencantado, que de joven había querido ser muchas cosas, inclusive conquistar el mundo, y qué, viejo ya, debía confesarse que nada tenía. Y hoy que le evoco vengo, asimismo, a comprender que casi todos los que formamos en aquellas filas juveniles podemos contar la misma historia. No conquistamos ninguna de las Golcondas que nos habíamos propuesto como metas, y en materia de divertirnos, ver mundo, conocer países y gentes, hemos llegado tarde y muy de a poco.

En esos años, los jóvenes que entraban a los diarios tenían ejemplos recientes de viajeros que habían recorrido mucho mundo, como Carlos Varas (*Mont Calm*), que debe haber gastado más tiempo de su vida en hacer maletas que en escribir sus pintorescas crónicas de viaje, y Ernesto Montenegro, que estuvo en San Francisco, en la famosa exposición de 1915; por no mentar también a don Carlos Silva, que vivió varios años en Europa hasta ser corresponsal para *El Mercurio* en la primera Guerra Mundial. Pero el servicio telegráfico, cada vez más amplio, iba eliminando poco a poco a los corresponsales, y desde 1924 a esta fecha ya casi no existen. Una clamorosa excepción fue, en nuestros días, Mario Muñoz, que como jefe de la sección deportes

fue a la Olimpiada de Amsterdam, y otra, Eduardo Prenafeta, que llegó a Londres siendo muchacho a preparar una edición especial del diario. Los países vivían entonces, además, muy dispersos, y las invitaciones internacionales no existían. Viajar era deleite primoroso, reservado a pocos, casi solamente a los ricos. En 1929 se anunció la Exposición de Sevilla, y yo recuerdo haber rondado no pocas veces las oficinas en que se hacían reservas de pasajes, a ver si las tarifas fijadas quedaban al alcance de mi bolsillo. Siempre me volvía a casa con la certidumbre de que no viajaría ya nunca, a pesar de que en mis mocedades el ansia de conocer mundo figuraba en el elenco de las emociones que me hacían deseable la profesión periodística.

No viajé, en aquellos días de la juventud, pero en cambio leí mucho. Leí de todo, en abierto desorden, siguiendo generalmente la línea de un autor a medida que iban apareciendo sus libros, y buscando otras, en el vastísimo repertorio literario del mundo, lo añejo y ya olvidado. Afortunadamente compartía algunos de nuestros deberes periodísticos don Emilio Vaïsse, aquel eruditísimo sacerdote francés que divulgó su seudónimo *Omer Emeth*, y él fue mi consejero en lecturas, sobre todo de crítica literaria. Después de haber creado y sostenido por años en *Zig-Zag* una sección de preguntas y respuestas, pasó a establecer en *El Mercurio* su *Averiguador Universal*, que hasta hoy existe. Le ayudaron, en diversas fechas, Octavio Monasterio, que se tituló de médico, y Ernesto Galliano, que alcanzó hasta ser abogado, trabajando a sus órdenes y recibiendo cotidianamente el ejemplo de labor ordenada que daba aquel hombre infatigable. Y es significativo que *El Averiguador Universal* haya conservado hasta hoy rasgos de estilo que le imprimió don Emilio, a pesar de haber sido, después, dirigido por hombres tan diferentes como Guillermo Viviani y Eduardo Barrios.

### *Frente al portillo de la colmena*

A todo esto los jóvenes seguían entrando y saliendo, y las puertas del viejo edificio de la calle Compañía esquina de Morandé más de una vez me parecieron comparables al portillo por donde se cuelan las abejas en la colmena. Vagaron por el campo, visitaron a las flores, se dieron cita en el céfiro y el guijarro, y en seguida vuelven, cuando es la hora, a la colmena de donde salieron, para dejar allí la cera útil y la miel deleitosa. Tal como la abeja, el periodista debe depositarlo todo en aquella colme-

na, y en materia de alimentación satisfacerse sólo con la parva ración que se ha fijado en su comunidad a quienes laboran. Nada de fantasías ni de exageraciones. El periodista no ha hecho voto de castidad, pues a menudo se nos muestra rodeado de chiquillos, pero de pobreza sí lo ha hecho.

Y así se me aparecen hoy, en la memoria, cuando trato de abocetarlos, pobres, empeñosos de lograr la gloria, afanados en el trabajo, sonriendo, guardándose las penas y compartiendo ruidosamente las alegrías, que suele haber, porque nadie es demasiado ceñudo en esta profesión picaresca y sin mañana. Jorge Walton, con acceso a la Moneda, conversaba de pesca y caza y discutía problemas de ajedrez, mientras Emilio Tagle Rodríguez erguía su talla de caballero antiguo. Alejandro Parra, olvidado de sus bellos comienzos de escritor de cuentos modernistas, atendía la sección *turf* sin perjuicio de ser, más allá de las paredes del diario, funcionario de la justicia del trabajo. Miguel Parra compartía su tiempo entre el servicio postal y el periodismo. Ernesto Montenegro, en cambio, periodista por todos sus costados, entraba y salía, iba y venía. Era sobreviviente de varios años en los Estados Unidos cuando yo le conocí, y en la prensa neoyorquina había alcanzado a escribir en inglés. Félix Nieto del Río, que había comenzado su carrera como periodista en *El Diario Ilustrado*, la interrumpió para ir al servicio diplomático, y una vez vuelto a Chile instaló su tienda en *El Mercurio*, donde publicó una página de arquitectura y decoración interior con la colaboración entusiasta de Fernando Orrego Puelma. Varias alternativas sobrevivieron, y cuando falleció acababa de dejar la Embajada de Chile en Washington. Era un hombre de varonil belleza, de fisonomía seria, inteligentísimo, de excelente memoria.

También por el diario anduvieron alguna vez, en el tiempo que abarcan mis recuerdos, viejos periodistas como Pedro E. Gil. Es verdad que había granjeado horas de esplendor y de aplauso, en que todo le sonreía, pero cuando yo le conocí había decaído bastante. Ejercía la corrección de pruebas, y andaba como pegándose a los muros, muy sombrío, si bien le sonreían los ojos al decir su habitual retruécano. Por aquel tiempo también colaboró algo en la redacción, pero su artículo casero, de correcciones del lenguaje, terminó por no agradarle a don Carlos Silva. Éste en realidad no era nada purista, y le molestaban las reprensiones puramente de vocabulario.

—El periodista debe escribir claro, para que todos lo entien-

dan —decía—, y no puede sujetarse sólo a lo que trae el diccionario. Hay muchas palabras que tienen curso en Chile, que todos conocemos, y que sin embargo la Academia todavía no registra. Peor para la Academia.

Otros amigos de la juventud periodística fueron Lautaro Barahona, el que logró adaptar el *Fausto* no ya sólo al lenguaje chileno sino a la mentalidad popular; Juan Ossa, ronco y alegre; Roberto Meza Fuentes, que estuvo en la redacción hasta 1952; Abel Valdés, que se alejó de ella para ser ministro del General Ibáñez.

Una selección instintiva distingue con nota de excelencia a quienes permanecieron sin cejar en la tarea, aun cuando no lograran sus esfuerzos hacerlos sobresalir, y entre ellos a los que resistieron las tentaciones de fuera. En esta pertinacia creíamos ver la presencia de una vocación, y nos parecía que seguirla sin desmayo, sin vacilaciones, es una muestra de virilidad estoica. Nuestros jefes, por lo demás, nos llevaban discretamente a pensar así. Más de una vez oí decir que en *El Mercurio* no pasaba nada; y la verdad es que no pocos se deslizaron a la diplomacia, como ha habido ya ocasión de decirlo de Félix Nieto del Río, a quien todos abríamos los brazos en cuanto retornaba, y podrá decirse también de Benjamín Cohen, a quien, a pesar de su portentoso encumbramiento, siempre hallamos muy cerca de nuestro corazón. Y es tal vez que ambos continuaron fieles a sus viejos amores, y no dejaron de sentirse periodistas en el mundo más amplio a que los había llevado su talento.

### *Equilibrio y prudencia*

El periodista ha de poseer tino para no salirse de su órbita, y es de mal gusto que divulgue lo que se le ha confiado en la intimidad. Es cierto que en nuestros días corre como nueva moral del oficio la de que el periodista debe ser intrépido hasta el punto de no respetar ninguna reserva. No me pronuncio sobre ella. Lo que sí sé decir es que en mis tiempos no pocos jóvenes intrépidos como éstos pagaron con el definitivo ostracismo de las filas de la prensa el haber olvidado la lección general de prudencia y de equilibrio que nos daban los mayores.

Equilibrio ante todo en don Guillermo Pérez de Arce, que tuvo a su cargo la custodia de cuantiosísimos intereses ajenos; prudencia en Alfredo Briseño, que compartía algunas de esas responsabilidades y que nos daba a todos en el diario una lec-

ción de buen gusto y de urbanidad con sus elegantes modales; prudencia y equilibrio en Armando Donoso, que solía trabajar como un condenado y que además amaba a la juventud y creía en ella. Todos esos hombres anduvieron algunos años en aquella carrera de postas, trasmitiéndose el sacro depósito. Como habían recibido el diario respetado y próspero, contraían el compromiso de honor de que estuviera, además, crecido y en pleno auge, cuando llegara el instante de abandonarlo. Y muchos, además, no lo dejaron voluntariamente, y fue preciso que la muerte se anticipara y se los llevara de pronto, para inscribir su ausencia. Don Carlos Silva se despidió una tarde de mí y de Armando Donoso, en la oficina de éste, después de haberle confiado un artículo que terminó de corregir a nuestra vista, y esa misma noche falleció en su cama, tendido de cara al techo, tal como se le iba a enterrar. Tenía sesenta y nueve años, y de ellos había entregado al diario cerca de cuarenta.

Prudencia y equilibrio para no herir la frágil contextura de la sociedad en la cual se vive y a la que nadie gana nada con emporcar. Don Carlos decía que Joaquín Díaz Garcés, llevado de su travieso ingenio, alguna vez exclamó:

—Ah, quién pudiera publicar un diario en el cual se dijera todo lo que uno sabe de los hombres —y que asustado de su proposición, en el acto había añadido:

—Lástima que de él no podría salir sino un solo número.

Confiábase por aquellos años en que la reacción del público impediría la circulación de un diario extremista, hiriente, agresivo; y así fue, en realidad, en los primeros tiempos. Muchos diarios vimos entonces aparecer, con el ostensible propósito de “decirlo todo”, y debieron dejar de salir al cabo de poco tiempo. Pero después han cambiado las cosas, y hoy no se atreverían a proclamar lo mismo aquellos maestros de mi juventud para quienes fue un axioma el de que “la libertad cura las heridas que ella misma ocasiona”. Hoy vemos que la mentira prospera, y no pocas construcciones de artificio duran y se prolongan con grande escándalo del buen sentido. El terreno periódico no es el mismo de antes, o el concepto público ha cambiado. Creo más bien lo segundo, pues en sustancia se ha concedido la voz a personas que antes guardaban respetuoso silencio en cuestiones arduas, para las cuales su preparación sigue en nivel muy bajo, pero los mudos de ayer aparecen hoy dotados de voz, aun cuando si la ensayan no resulte a menudo otra cosa que graznido infame.

*Balance de una vocación*

Después de toda esta divagación informe, tiene derecho el lector a preguntarse cuál es el concepto que el autor de estas líneas posee de las funciones que ha ejercido. Bien: yo escribí editoriales en *El Mercurio* desde mi incorporación oficial en la empresa, en el mes de mayo de 1924, pero sin perjuicio de ello escribí también multitud de pequeños artículos de redacción, especialmente para el *Día a Día*, y entrevistas a personas ilustres, y sostuve la crítica literaria en varios periodos. La busca de noticias no la he ejercido jamás directamente, si bien algunas veces, dentro de *Las Últimas Noticias*, di forma de crónica a informaciones traídas por otros. Nada de todo ese caudal, cifrado en varios miles de títulos, me ha costado ningún esfuerzo especial. Escribir es para mí algo orgánico, digamos como respirar, y puedo escribir en cualquier momento sobre cualquier tema que se me ofrezca. Si yo afirmara, pues, que mi carrera periodística es una vía crucis, y que en ella he dejado la sangre de mis venas y el aliento de mis pulmones, mentiría. Nada me ha costado nada, y con algunas restricciones podría volver a hacerlo si me quitaran los veinte, veinticinco, treinta años que median desde las fechas a que remontan los recuerdos evocados en las líneas anteriores.

Y esto es, en fin, para mí, vocación. Nací vocado a escribir, y escribo. No me repitan a mí el cuento del escritor exquisito que emplea semanas en terminar una línea, y en diez años de labor sudorosa y henchida de afanes, con la casa en silencio y todos de puntillas para no turbar al genio, ha logrado parir hasta una cuartilla deliciosa y de penetrante belleza. Es posible que allí haya también un escritor, pero ¿cuándo terminará de hacérselo saber? ¿Tendrá él siquiera vida para acumular los veinte o treinta pliegos que se necesitan para pasar a la historia? Las cuartillas que yo escribo no son tan elegantes ni exquisitas, pero han tenido circulación vital en el diario más leído de Chile durante cerca de cuarenta años, de modo que en algún grado puedo jactarme de haber conducido o enderezado los pensamientos de los chilenos de mi tiempo. No se puede pedir más, y yo nada más pido. Por otro lado, en ese mismo tiempo, desdoblando mi personalidad, yo he realizado investigaciones literarias, escrito multitud de ensayos para revistas chilenas y extranjeras, y afrontado la prueba del libro, no ya sólo en Chile sino en España, en México, en los Estados Unidos.

Nuevas muestras todas, me parece, de que nací vocado a escribir y de que, por lo tanto, escribiendo satisfago el llamado de la sangre, esa voz oscura y algo sorda, pero siempre imperiosa, que nos lleva por la vida, nos ilumina a veces los rincones más sombríos y parece aclararnos, de vez en cuando, el misterio de nuestro origen y de nuestro destino, para callar en seguida y dejarnos en la perplejidad de ayer.

Decía Félix Nieto del Río:

—Nada más fácil que escribir un artículo. Se sienta uno frente a la máquina, piensa un poco, y tira del hilito, hasta que el hilito se acaba.

Y hacía como que de la frente, cerca de la sien derecha, se sacaba un hilo, que iba suspendiendo en el aire...

### *La gran familia*

Pues así me ocurría a mí en aquellos años que se han evocado en estas líneas. La labor de la redacción, con tiempo fijo, exacto, preciso, no permite dilación, y el comentario de hoy debe entregarse hoy y no mañana. Se dirá que esta literatura perece y nada deja. Vamos viendo. Perece, sí, en parte, si uno no se cuida de recogerla; pero de que nada deja tengo vehementes dudas. El diario encauza pensamientos informes de la masa lectora, rectifica sofismas, divulga nociones nuevas, esparce la simpatía en torno a una doctrina, opone testimonios encontrados, y hasta puede suceder, si se le conduce con acierto, que proporcione a quien lo lee un instrumental completo de razonamientos para enjuiciar los sucesos del mundo. De modo que algo queda, y ese algo, que se va encadenando en el tiempo, permite explicarse por ejemplo el extraordinario ascendiente que ha tenido *El Mercurio* en la historia de Chile de los últimos sesenta años. Hasta 1924, del diario podía murmurarse que estaba alabando la carrera política de su propietario. Después, sus herederos —Agustín R. Edwards, primero, y Agustín Edwards Eastman, ahora— no han tenido aspiraciones políticas ni ostensibles ni secretas, salvo una inspiración general que podría formularse así. El diario es una institución cultural permanente, que está siempre al servicio de las grandes causas nacionales, y su marcha debe por lo tanto orientarse por un camino medio de conveniencia patriótica, alejado de todo extremismo. En él no caben apasionamientos ni campañas odiosas que dividan a los hombres, y antes que pretender tener toda la razón, el diario pre-

ferirá servir de portavoz, desinteresadamente, a quienes sostienen puntos de vistas diversos, a condición de que se manifiesten con elevación y comedimiento, en lenguaje noble y decente.

Hablé, pues, en nombre de una generación que combatió por la decencia todo cuanto pudo. Los años pasan, las fuerzas faltan, las arterias se estrechan, el corazón no responde, y el hombre combatiente queda al fin tirado en la ruta; pero en el diario no estaba solo, y esos muchachos a quienes educó en la forja del trabajo mismo, entre el jadeo rítmico de la prensa y la llovizna de las linotipias, seguirán la tarea, suspendiendo su trabajo el tiempo justo para despedirse del que se va. Porque eso sí: la impresión de que formamos una familia, de que nos queremos como hermanos, de que respetamos a los padres, de que no aceptamos contribuir en nada a lo que pudiera emporcar nuestro viejo hogar, el hogar de las ilusiones fallidas y de los ensueños truncos, esa impresión debe sobresalir nítidamente en estos recuerdos y debe ser divisada desde lejos. Si ello no es así, querría decir que he pretendido en vano, durante cuarenta años, aprender a decir por escrito lo que siento.

No he podido mencionar ahora a cuantos he conocido en el diario, porque el espacio no lo permitía, y por ello no menciono a los de hoy, a los vivos y activos en la jornada más reciente, salvo unas contadas excepciones, sino a los que ya se fueron de las filas, unos segados por la guadaña imperturbable de la muerte, otros por haber creído, en un instante determinado, que el ambiente del diario era estrecho para la real envergadura de sus alas. Respetándolos mucho, confesaré que como no pretendo tener alas de águila, sigo a la sombra del alero cantando la misma tenue canción que aprendí en la juventud.

## RECUERDOS DE "ATENEA"

DON ENRIQUE MOLINA, Presidente fundador de la Universidad de Concepción, quiso que la institución poseyera, a ejemplo de otras de Europa y de Estados Unidos, una revista de altos estudios. La tradición de este género de revistas se había interrumpido en Chile. En el siglo XIX las hubo, y algunas de ellas, *La Estrella de Chile*, la *Revista Chilena*, la *Revista de Artes y Letras*, llevaron fuera del país los nombres de no pocos escritores a quienes pudo leerse con admiración y simpatía. En los primeros años del siglo XX también se publicaron algunas, como la excelente *Revista de Chile* y, en seguida, la *Revista Chilena*, que llamamos "de Matta Vial" para distinguirla de la homónima ya mencionada, de Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana. Pero a las alturas de 1924, cuando comenzó a granar el generoso ensueño de don Enrique Molina, parecía rota la vieja tradición erudita chilena materializada en aquellas publicaciones.

No sé si sea yo el más autorizado para exponer lo que es una revista de esta índole, si bien el haberlas recorrido todas o casi todas, podría permitirme decir lo que sobre ellas siento. Creo, en suma, que en una revista así deben publicarse, ante todo, estudios y ensayos, es decir, obras de reflexión, sea sobre problemas políticos de fecha reciente, sea sobre cuestiones más remontadas aún, como la filosofía, la metafísica, la religión, el espíritu humano, la estética, etc. Estos trabajos corresponden a la línea de ensayo, esto es, carecen de erudición visible, y son más libres, personales y agudos que sistemáticos en la exposición. Fuera de ello, una revista de altos estudios dará cuenta de la actividad literaria propiamente tal (novela, cuento, poesía, teatro), reproduciendo piezas de gran calidad que correspondan a esas especialidades, o bien publicando reseñas bibliográficas sobre libros y folletos, así como informaciones sobre actos culturales. La revista, en fin, debe estar siempre inspirada en la más efectiva seriedad, sin concesión ninguna a lo frívolo, y mantener su programa estructural lo más fielmente que sea posible.

*Atenea* fue nombrada con este título de reminiscencia mitológica, con mucho de helénico y de renacentista, por decisión de don Enrique Molina, a quien la *sofrosine* de los clásicos le pa-

recía entonces, en la culminación de su activísima existencia, un ideal accesible sólo por medio de la letra impresa. En la vida diaria, luchando por la Universidad de Concepción, que tenía pocos años de nacida, era preciso emplear muchas otras armas. La contemplación meditativa, el libre y plácido divagar de la mente por el mundo de la cultura, la obtención de la imagen literaria elegante y persuasiva, eran faenas paralelas y a las que iba a darse cauce por mediación de *Atenea*. No debe extrañarnos, por eso, que la colaboración del señor Molina en esta revista, caudalosa en los primeros años, le sirva para enterar a sus lectores de los temas que entonces compartían su atención, desde la filosofía hasta el gobierno de los pueblos.

Un suceso reciente dio prominencia a este asunto. En las fiestas del centenario de Ayacucho, celebradas con sumo esplendor en Lima, el poeta argentino Leopoldo Lugones había pronunciado el escandaloso discurso llamado de la Hora de la Espada, expresión sintética o emblemática en la cual se compendia su tesis. El señor Molina, con otros pensadores americanos, se sintió herido en su fe democrática, y abrió las páginas de *Atenea* a cuantos quisieran combatir la doctrina de Lugones, considerada regresiva por los hombres cultos del ámbito hispanoamericano. Desde estas fechas, *Atenea* fue, cuando llegaba el caso, palenque abierto a la discusión de los más altos problemas. Una sola exigencia pareció digna de ser contemplada en la admisión de colaboraciones, la de que ellas fueran compatibles con el lema de la Universidad de Concepción: *Por el desarrollo libre del espíritu*.

Motivos editoriales muy perceptibles hicieron preciso que *Atenea* se imprimiera en Santiago, y en esta emergencia, debiéndose designar en la capital a un escritor de primera categoría que tomara a su cargo la tarea de organizar y disponer las publicaciones, fue Eduardo Barrios el nombrado. El novelista acababa de agregar a su nómina *El hermano asno* (1922), con el cual había corroborado la impresión causada, años antes, por *Un perdido* (1918); pero entre ambas obras se veía una enorme distancia. El torrente vital de ésta, donde decenas de personajes pintorescos, ruines, hipócritas, tiernos, aventureros, cobardes, se cocean y se organizan en grupos y series que el autor lanza sucesivamente al lector, en *El hermano asno* se adelgaza y sutiliza. El ambiente es uno solo, silencioso, austero, un convento franciscano, y las tragedias debèmos divisarlas en penumbras bajo la cogulla, pues son todas íntimas, y algunas llamadas a quedar

tácitas o sólo insinuadas. Y es precisamente esta diferencia entre ambos relatos, la que mejor podía asentar el convencimiento de que Barrios poseía un gran talento de novelista.

La elección de Barrios, funcionario entonces de la Universidad de Chile, fue en todo un acierto. Él no aseguraba a la revista solamente la fiel ejecución del plan que el señor Molina preparaba, sino que también añadía un prestigio, un nombre. A pesar del tradicional amurallamiento de las letras chilenas tras el macizo cordillerano, que aísla y enfría, la obra de Eduardo Barrios saltaba al exterior, y editada en Buenos Aires y en otras capitales, era, en fin, aplaudida como signo de madurez de las letras chilenas. Algún tiempo después, Eduardo Barrios pasó de la Universidad de Chile a ocupar la dirección de la Biblioteca Nacional (1927), y en seguida a servir el Ministerio de Educación Pública, y sus nuevos cargos le arrebatában las horas de que antes pudo disponer para atender los asuntos literarios. A esta sazón, yo le había ayudado ya en la corrección de las pruebas de *Atenea*, y escribí inclusive páginas de información de que ninguna revista puede carecer y que son, naturalmente, anónimas. Innovador, atento a la responsabilidad que le confería el hecho de ser el primer escritor que en muchos años llegaba a compartir las labores propias del poder ejecutivo, Barrios emprendió una reorganización en el personal y en los servicios de la Biblioteca Nacional, y luego en las diversas ramas de la educación que caían bajo su regencia inmediata. Grandes cambios ocurrieron en esos días, y literalmente no quedaba tiempo disponible para el manejo de *Atenea*. Por derivación normal entre amigos, me fui haciendo cargo de las tareas internas de la revista, con la clara intención de que una vez libre Barrios del compromiso político que se echaba encima al ir al gobierno, *Atenea* volvería a sus manos. Las cosas no salieron así, y en realidad cuando yo dejé la dirección de la revista, en 1931, pasó a reemplazarme Domingo Melfi.

Aun cuando fuese, al principio, muy precario el título que yo exhibía para manejar los asuntos de *Atenea*, quise innovar, y más de una vez expuse planes de trabajo al señor Molina, que entonces iba por Santiago con mucha frecuencia. Más adelante fui invitado a tratar el asunto en Concepción, y en una larga entrevista con él y con Luis David Cruz Ocampo, quedé autorizado, en general, para ensanchar la revista y aumentar sus servicios. Cruz Ocampo era entonces secretario general de la Universidad, y además de trabajar en muy estrecho acuerdo con

el señor Molina, había colaborado en la revista haciendo uso de su seudónimo cervantino, Licenciado Vidriera.

La revista habíase fundado con una sección titulada Hombres, Ideas y Libros, cuyo título me apresuré a cambiar por el de Hombres, Ideas y Hechos, lo que me permitió dejar las informaciones bibliográficas aparte, a fin de darles más vuelo y amplitud. En ellas, bajo el título Los Libros, comenzó a darse cuenta de gran número de publicaciones literarias, no todas chilenas. Se creó, además, una sección encargada de reseñar brevemente los temas tratados en algunas revistas, conforme veía yo en importantes publicaciones europeas. Todo esto me presentó el problema de los colaboradores. Era preciso tener gente que escribiera, y que, sobre todo, fuese oportuna en las entregas del material, gente precisa, seria, disciplinada. Acudí ante todo a los amigos y colegas que tenía más cerca, y pronto recibí estudios críticos firmados por Manuel Rojas, Roberto Meza Fuentes, Rafael Cabrera Méndez, Fernando Ortúzar Vial, Félix Armando Núñez y Abel Valdés. También figuró por entonces Mariano Picón-Salas, que estudiaba en Chile y que en *Atenea* comenzó a mostrar sus aptitudes de ensayista, que tanto han encumbrado después su nombre literario. Todos los mencionados fueron, en esos días, activos comentaristas de libros nuevos, y dieron a la revista una variedad muy laudable. Debo agregar, como detalle sólo material, que Los Libros se componían en columna doble y con tipo más pequeño que el resto de la revista, de modo que se aprovechaba muy bien el espacio.

Hay revistas de acarreo y revistas orgánicas. En las primeras se publica cuanto llega, sin otra selección que alguna primaria, para evitar que se cuelen farsantes y grafómanos. En las segundas no se publica sino la colaboración solicitada en atención a la especialidad de cada uno de los escritores invitados a escribir en ellas, sin perjuicio de conservar la más amplia libertad de tema y de estilo a los autores consagrados, dueños ya de un público que habrá de distinguirlos donde se les encuentre. Yo quise evitar que *Atenea* se convirtiera en revista de acarreo, y cuando la tuve en mis manos traté de hacerla en todo orgánica. Mi ideal habría sido que cada número tuviese un tema de estudio, un centro de interés, al cual aportarían sus luces unos cuantos colaboradores muy idóneos, sin perjuicio, además, de que la revista iniciara encuestas y provocara debates literarios, artísticos, filosóficos, etc. Era un programa muy arduo, pero algo se consiguió.

Contando con la buena disposición de algunos amigos en cuyo criterio podía fiar, *Atenea* comenzó a publicar estudios de primera calidad. Debo citar ante todo a la señora Amanda Labarca, que número a número, mientras yo dirigí la revista, escribió las que ella misma iba a titular *Meditaciones breves* (1928-31), es decir, pequeños ensayos sobre temas siempre elevados, expresados en prosa de ejemplar valía. Por motivos políticos emergentes en aquella hora, esta colaboración hubo de salir firmada con el seudónimo Juliana Hermil, de sabor d'annunziano, que en realidad la autora había empleado ya, algunos años antes, en el diario *La Opinión*, que dirigía Tancredo Pinochet y administraba Guillermo Labarca Hubertson.

Otro de estos colaboradores, Eduardo Solar Correa, confió a la revista los estudios que componen su libro *Semblanzas literarias de la Colonia* (1933), celebrado con voz unánime por la crítica de sus días y de más adelante. Todavía recuerdo la pulcritud de los originales de Solar, la esmerada corrección que hacía de las pruebas, y las templadas discusiones que alguna vez hubimos de sostener sobre puntos de aquellos estudios en que la posición del crítico parecía ser sobradamente audaz. Solar Correa iba por aquellos meses a leer, en horas de la tarde (en la mañana hacía clases), a la Sala Medina de la Biblioteca Nacional, sitio quieto, silencioso, bien abastecido de todo. Allí dio la lectura final a los escritores del periodo colonial que le estaban interesando, y tomó notas para la versión definitiva de las *Semblanzas*. Como entonces tenía yo oficina en el mismo piso y a corta distancia de la Sala Medina, más de una vez coincidimos en la salida o en la entrada. Conozco, pues, la elaboración de las *Semblanzas* casi desde su origen, y mucho me enorgullece el haberles dado acogida en las páginas de *Atenea* (1928-31).

Habré de hacer aquí un paréntesis acerca de la pulcritud editorial, en la cual tan empeñoso como yo se mostraba Solar Correa. Me apliqué con ardor a combatir el original sucio, desgredado, lleno de correcciones manuscritas y de tachaduras, donde termina por no saberse qué deseaba decir el autor, y a todos los colaboradores les insté a que corrigieran con claridad. Cuando el asunto no ofrecía remedio a la vista, era necesario copiar el original a fin de que en la imprenta no hubiese dudas. Creo que en el periodo a que me estoy refiriendo, siempre se estamparon en forma recta los apellidos extranjeros, generalmente alterados en las publicaciones chilenas, y se introdujo cierto

orden material en el escrito, que sin llegar a estorbar el estilo personal del autor, contribuye en cambio a dejarlo más en evidencia.

Mariano Latorre fue uno de los favorecidos por esta nueva política. En las páginas de *Atenea* publicó algunos de sus mejores relatos, como *Cavinza* (titulado después *El llamado del mar* por su propio autor), *El zapatero de Llali* (*Salteadores en Chillahue* después) y *Marimán y el cazador de hombres*, que aparecieron entre marzo de 1928 y octubre de 1930. Mariano produjo siempre sus originales a mano, y cuando necesitaba hacer publicar uno, debía hacerlo copiar a personas de buena voluntad y de mala ortografía, que o no sabían mucho de letras o no dominaban los secretos de la máquina de escribir. Yo me apliqué a corregir sus escritos, para mostrarle cómo habían sido infieles y en qué grado esos ocasionales amanuenses, y más de una discusión hube de librar con él para contentarle en los puntos de duda. Años después, a raíz de su muerte, se publicó *La paquera* (1958), novela que no alcanzó a dar en vida, y allí se ve, de nuevo, el descuido en el original que llega hasta el libro mismo y embaraza su texto. Pero de esas discusiones quedamos tan amigos como antes, porque Mariano, muy inteligente, pronto percibió la ventaja que había en la clara lectura de sus escritos.

En estas labores me ayudaba no poco Manuel Rojas, que tenía práctica de taller, probada en seguida cuando tomó a su cargo la dirección de las Prensas de la Universidad de Chile. Manuel Rojas había sido linotipista profesional, y mucho de lo que yo sé de tipografía se lo debo al trabajo de *Atenea* realizado en consorcio. En cuanto a su colaboración, debe señalarse que Manuel Rojas comenzó entonces, en las páginas de *Atenea*, su carrera de ensayista, y el fruto de sus producciones de esos días fue congregado en *De la poesía a la revolución* (1938), libro que el autor creyó conveniente dedicarme precisamente por la muy estrecha camaradería en que nos unimos durante ese tiempo. Su otro libro de ensayos, *El árbol siempre verde* (1960), ha venido mucho después a confirmar las aptitudes insinuadas en el primero.

Hay en *Atenea*, por los años de mis evocaciones, varios colaboradores menores, no por la calidad de su obra, sino por su aportación, reducida a un corto número de producciones. Entre ellos recuerdo, por hoy, a Eugenio González, a Carlos Charlín Correa, a Carlos Keller, a Julio Heise González entre los ensa-

yistas; a Ricardo Donoso, brillante y polémico expositor de temas de la historia; al poeta Joaquín Cifuentes Sepúlveda, que había sido alumno del señor Molina en el Liceo de Talca; al famoso criollista Carlos Acuña y a María Baeza, poética voz de amor tronchada en plena juventud. El viejo periodista don Carlos Silva Vildósola, entonces director de *El Mercurio*, escritor ya fogueado en toda suerte de publicaciones literarias, aportó el ensayo titulado *Los griegos y el concepto de la belleza*, muy bien calibrado al helenismo transparente de *Atenea*.

Capítulo especial merece el de los colaboradores extranjeros, algunos de los cuales fueron contratados a través de una agencia internacional de colaboración literaria con sede en París. Gran número de peruanos figuran en esa nómina, otros tantos emigrados a quienes por motivos políticos no era fácil ni cómodo ni decoroso vivir en su país natal. Son peruanos, desde luego, Alberto Guillén, Víctor Raúl Haya de la Torre, Alberto Hidalgo, Magda Portal, Manuel Seoane y Francisco García Calderón, sin que de éste pueda yo afirmar que fuese precisamente emigrado político. De otras nacionalidades vemos a Jaime Torres Bodet, José Vasconcelos, Manuel Ugarte y Paul Schostakowsky, y a los franceses Jean Prévost y Romain Rolland, de cuyos artículos que llegaban en francés me era preciso hacer traducción.

Conforme el concepto que indiqué más arriba sobre lo que en mi entender debe ser una revista, no puede extrañarnos nada que en *Atenea* quisiera dar yo, por ese tiempo, mucha representación a la literatura crítica, y efectivamente no son pocos los comentarios de este corte que allí aparecieron. Alone, es decir, Hernán Díaz Arrieta, redactó finos comentarios sobre Salvador de Madariaga y sobre el ya mentado Paul Schostakowsky, que en Chile desarrolló parte de su carrera literaria, proseguida después en Buenos Aires. Armando Donoso escribió sobre Carlos Pezoa Véliz, que le había dado tema a una prolija investigación biográfica, y sobre José Ortega y Gasset, de quien había sido amigo personal en su último viaje por España. A Roberto Meza Fuentes, mentado ya entre los comentaristas de libros, se deben varios ensayos de mayor vuelo, y especialmente uno de 1928 donde daba a conocer a Federico García Lorca. Milton Rossel, que ocupa actualmente la dirección de *Atenea*, comenzó también por esos días su brillante labor de ensayista de crítica literaria. En la misma cuerda pueden citarse los nombres de Arturo Troncoso, que colaboraba desde Concepción, de

Alfonso M. Escudero, O. S. A., autor de páginas bibliográficas, y de Osvaldo Vicuña Luco, parco y hasta esquivo para echar su nombre al público.

Otros escritores de entonces son Juan Espinosa, quien solía entretener a los clientes de *Atenea* con amenas divagaciones sobre las voces de la lengua castellana; Luis Enrique Délano, que por ese tiempo iniciaba su carrera de escritor imaginista; Ricardo Latcham, aficionado a escribir sobre sus viajes; Alberto Rojas Jiménez, traductor de O'Neill; González Vera, que pausadamente iba dando a conocer las callejuelas de Alhué; Carlos Préndez Saldías, cuya atención se repartía entre la prosa y el verso, y Pablo Neruda, que desde el Oriente, donde residía consularmente desterrado, alcanzó a enviar a la revista las primeras producciones de su nuevo estilo, el que iba a mostrarse a cabalidad con *Residencia en la tierra*. Salvo con Neruda, a quien me ligó entonces sólo la carta, espaciada en largos viajes oceánicos, a todos los demás los trataba personalmente y, a menudo, necesitaba instarlos a colaborar.

La prosa de gran calidad era, naturalmente, muy buscada por mí para la colaboración en *Atenea*, y por eso podemos ver, a más de los nombres mencionados, los de Marta Brunet, que entonces proporcionó dos de sus mejores trabajos, *María Rosa*, *flor del Quillén*, y *Plaza de mercado*; de Alfonso Bulnes, o Juan de Armaza, con sus bien perfiladas *Viñetas*, y de Ernesto Montenegro, que en *Atenea* precisamente dio las primeras noticias de su muy sabroso Tío Ventura.

Se correría el peligro de hacer una enumeración fastidiosa si se pretendiera mencionar aquí a todos los escritores que por ese tiempo pasaron por las páginas de *Atenea*. Algunos son ya venerables sombras escurridas por la muerte hacia el empíreo de las letras; otros siguen apareciendo en el tablado de la publicidad, y de entre todos puede recordarse que no pocos tuvieron en *Atenea* sus primeros contactos con el público. Y es algo decir. A la sazón en que compagino estas memorias, hace casi dos años que estoy viviendo en los Estados Unidos, en el medio universitario, y en las bibliotecas de las universidades que aquí conozco encuentro colecciones de *Atenea*, algunas casi completas, que constituyen el más autorizado arsenal de información sobre literatura chilena de que pueden disponer tanto el profesor como el alumno de aquellas instituciones. Sus cuarenta años de vida la hacen servir muy bien a la consulta sobre los escritores chilenos de mayor notoriedad internacional, y por

la seriedad de sus estudios, de sus notas críticas, de sus comentarios e informaciones sobre la vida cultural de la nación, cuanto en ella se imprime parece infalible.

Este mismo valor de consulta fue revelado por la Organización de los Estados Americanos, cuando publicó el índice de *Atenea*, índice que también vio la luz en los Estados Unidos hace pocos años. Gran homenaje, con el cual *Atenea* quedó señalada para los extranjeros como la mejor guía y exposición de la literatura chilena moderna; pero el homenaje admite algunos añadidos, retoques y complementos, cuya urgencia torna notoria el paso de los días. Desde luego, como la revista no está concluida sino que ha seguido publicándose, nuevos números de ella podrían agregarse al escrutinio. Fuera de esto, debe aceptarse, para una nueva edición o para aquellos añadidos, que no es el orden alfabético de la colaboración de cada escritor, el mejor para la consulta. Los trabajos de un mismo autor deben ponerse en orden cronológico, que es el propio de la historia, el que indica el paso gradual de un escritor por la actividad creadora, el único en suma que sirve de algo para la investigación y el estudio, que son precisamente los fines propios de los índices. Tal vez la ocurrencia de los cuarenta años a que hemos aludido aclare mejor la necesidad de un buen índice. El que estamos aludiendo es, además, erróneamente selectivo, y no comprende, por ejemplo, los comentarios sobre libros, con lo cual se amputa una buena proporción de la actividad literaria de *Atenea*, y sin duda una de sus funciones más útiles.

Yo, desde luego, en estos recuerdos nada he querido amputar o reducir. Si por debilidad de la memoria algo falta, anticipadamente pido benevolencia. Los años que trabajé en *Atenea* aparecen hoy ante mí aureolados de luz, llenos de iniciativas, proyectos y empuje, lo propio de la inexperta juventud, que se ilusiona fácilmente y cree hacederas cosas en realidad muy difíciles.

En torno a la mesa de redacción, donde un día de cada semana trataba yo de reunir a los colaboradores más frecuentes, se pasó en revista, más de una vez, la actualidad literaria y política del país y de otros que estaban proyectados hacia nuestra atención. No eran días plácidos, y la propia Universidad de Concepción vio en diversas ocasiones amagados sus recursos. Entonces me fue dado admirar la extrema serenidad de don Enrique Molina, que sorteaba algunos peligros con la sonrisa, que argüía con calor y emoción, cuando así lo creía necesario,

y que sin alterarse, sin ceder a la nerviosidad, lograba que por lo menos se oyeran sus cuerdas alegaciones, para pesarlas en seguida. Le vi más de una vez triunfar; pero jamás envanecido de sus avances. El puesto que ocupaba en la Universidad de Concepción y de que hubo de alejarse sólo por achaques insalvables de salud, lustros después, le imponía el aplomo, la prudencia, el equilibrio, la ponderación, y como la Naturaleza le había otorgado estas dotes en la propia hora de su nacimiento, no es raro que allí haya dejado una huella sumamente honda, que equivale ya a una tradición. De él, en fin, el autor de estos recuerdos mereció siempre agradable trato, confianza, apoyo, estímulo, aliento en horas difíciles, todo lo cual pasa y se olvida cuando la vida, que ruge en torno, asorda nuestros oídos, pero vuelve y se recapitula si el caso llega. Y el caso ha llegado. A esta altura de la vida, puedo afirmar ya que el señor Molina, con alma de verdadero maestro, sabía despertar la dignidad y la propia estimación en sus colaboradores, y velaba por la expresión sosegada y prudente del carácter de cada uno. El modestísimo colaborador suyo de hace treinta años no vacila en afirmarlo y en decirlo públicamente, para agradecersele.

PEQUEÑOS ENSAYOS

## EL CORO DE LA CANCIÓN NACIONAL

EL 14 de agosto de 1826 nació en Santiago, calle de la Compañía, Eusebio Lillo Robles. A los veintiún años el Ministro del Interior don Manuel Camilo Vial le encargó que escribiera una nueva Canción Nacional, porque la antigua, redactada por Bernardo Vera y Pintado, chocaba a los sentimientos de los españoles que formaban, como hoy, una colonia muy respetable en el país. El joven poeta cumplió el encargo y dio nueva forma al himno patrio, que fue paulatinamente sustituyendo al antiguo; pero conservó el coro de Vera, porque, según confesión propia, no se sintió capaz de hacer otro mejor.

Según muchas versiones, que acaso son la mayoría, el coro debe leerse así:

Dulce Patria, recibe los votos  
conque Chile en tus aras juró  
que o la tumba será de los libres,  
o el asilo contra la opresión.

Según otras versiones, todo discurre idéntico, pero en el tercer verso se leería: "La tumba serás de los libres."

Vamos a proceder a un ligero examen de estas palabras para desentrañar la verdad y para dejar establecido que la primera versión debe prevalecer.

El poeta ha procedido a una personificación en la cual figuran como tercera persona Chile, como segunda la patria y como primera, el poeta mismo. Estas tres personas comparecen, por decirlo así, en el instante en que el poeta se encara con la patria, y he aquí lo que ocurre con ellas.

1) La patria, a la cual el poeta llama "dulce" como sinónimo de tierna, va a recibir los votos que en sus aras, esto es, en los altares de la patria, ha formulado Chile, mediante la fórmula usual del juramento.

2) El poeta, el intermediario entre la patria y Chile (es decir, el pueblo chileno en este caso), enuncia el objeto del juramento que ha hecho éste en las aras de aquélla, y dice que, según este juramento, Chile ha prometido ser o la tumba de los libres (todos los chilenos) o el asilo contra la opresión.

3) Ninguna de las personas segunda y tercera dicen una palabra en el coro, sólo el poeta habla. Pero mientras la segunda

persona calla absolutamente, la tercera no se encuentra ausente del todo de la relación ya que el poeta habla por ella o, mejor, la representa diciendo lo que ha jurado.

De este breve análisis desprendo que debe leerse "la tumba será de los libres" y no "la tumba serás", ya que no se jura para comprometer a otro, ni menos se juraría en las aras de la patria para hacer una determinada promesa que el poeta se encargaría de comunicar a la patria misma. En este último caso, holgaría la narración que el poeta hace y, de consiguiente, holgaría todo el coro.

En suma, sustituyendo el verso por la prosa para precisar los conceptos, debe entenderse que el poeta dijo en esas líneas más o menos todo lo que sigue: "El pueblo de Chile juró en tus aras, dulce Patria, que será el asilo contra la opresión o, si no, la tumba de los libres. Recibe, oh Patria, esos votos."

Si es eso lo que el poeta dijo en la forma sintáctica no poco esquemática que concede el verso, entonces debe leerse como se dijo más arriba:

Dulce Patria, recibe los votos  
conque Chile en tus aras juró  
que o la tumba será de los libres,  
o el asilo contra la opresión.

Insistimos en señalar que hay muchas versiones en las cuales, por no haberse hecho el análisis que procede, se ha dicho "serás", con lo cual, a juicio nuestro, se hace cometer al poeta un paralogismo mayúsculo. No parece conducente hacer una apreciación meramente estadística en virtud de la cual se aceptaría la versión que mayor número de veces se haya impreso. Lo conducente es que el asunto quede entregado a la consideración de un cuerpo de entendidos en gramática que zanjen de una vez para siempre cómo debe entenderse el coro de Vera.

En pocos días más se cumplen cien años desde la fecha en que por primera vez, como iniciación de las fiestas patrias de septiembre de 1847, se cantó la Canción Nacional compuesta por Lillo en donde, como se sabe, se conservó el coro del himno de Vera. No es inoportuno, pues, plantear el problema conceptual que se ha formulado.

## INDUMENTARIA CURSI Y TEATRO EXPERIMENTAL

Los espectáculos teatrales organizados por los conjuntos universitarios incurren en un tópico acaso condenable cuando, al dar representaciones de época, empujan el detalle típico, característico de un determinado periodo de la historia, hasta lindar en la cursilería o, más aún, en el afeminamiento. Puede aceptarse que cuando así se procede, se maneja un número insuficiente de informaciones, y que si el decorador hubiera tenido la prudencia de enterarse mejor de las cosas, tal vez habría desempeñado su cometido en otra forma. Podría ser. Lo que está a la vista es que para el público común y corriente de estos días, especialmente para los muy jóvenes, carentes de toda perspectiva histórica, cuanto pertenece al mundo de sus padres y de sus abuelos es materia de risa y de comentario zumbón y despectivo, sea por grotesco o, como ya decíamos, por afeminado. El error, además de envolver una crueldad intempestiva, se basa en una ignorancia histórica que cabe someter a revisión.

Si nos restringimos a Chile, tenemos bellos ejemplos. Cuando se presentó el *Martín Rivas* de Blest Gana, adaptado a formas teatrales, llegó a escena una surtida colección de señoritos afeminados, a quienes un sastre implacable martirizó dentro de vestidos que no se podían empeñar en ningún movimiento violento porque habrían estallado como cohetes. El director, además, les aconsejó caminar, saludar, inclinarse en barrocas reverencias y gesticular en la conversación. Para entender el problema que estamos evocando, conviene retener la fecha de la obra: 1850, pues las últimas escenas, ocurridas algunos meses tras las que sirven a Blest Gana para exponer los conflictos trabados por sus personajes, aparecen ligadas al motín del 20 de abril de 1851, con el cual se ensangrentaron las calles de Santiago.

Del motín, asimismo, se pasó a hechos de guerra más sostenidos y riesgosos, como la rebelión del sur, con centro en Concepción, y la rebelión del norte, en que La Serena hubo de verse más de una vez en peligro de ser incendiada por las acciones bélicas desarrolladas en sus vecindades inmediatas. Finalmente, y por si todo fuera poco, en diciembre de 1851 alcanzó desenlace aquel periodo de agitaciones revolucionarias en la acción de Loncomilla, donde murieron varios miles de indi-

viduos. Estos hechos cruentos, con los cuales se coronó este periodo de perturbaciones políticas, me parece que dicen algo acerca de lo que estamos evocando.

Dicen, por ejemplo, que aquellos mismos señoritos de ademanes fingidos y de cursi apariencia, que se nos quiere hacer pasar como los pobladores de los salones de Santiago, se atrevieron a desafiar al ejército en los encuentros mencionados, y son los mismos, en fin, que en Loncomilla condujeron al desenlace a los grupos cuyo mando ejercían. Salvo una transformación psicológica tan violenta como inesperada, habrá de contarse que este comportamiento con no poco de heroico, pues entraña desprecio por la vida, era el que menos podía esperarse de esos señores enfundados en trajes de chocante estilización. Y es que, cual decíamos ya al comenzar, el error ha sido de los directores y asesores de esos teatros universitarios, quienes pretenden sugerir que en otras edades los hombres eran todos, sin excepción alguna, afeminados y cursis, porque no vestían exactamente igual como se visten hoy quienes asumen el difícil compromiso de representar piezas teatrales donde alguna parte cobra la evocación histórica.

Otro ejemplo útil. ¿Cómo vestían los jóvenes enrolados por el ejército cuando llegó la Guerra del Pacífico? Hay miles de testimonios gráficos útiles para el caso. En esa época se cultivaban los bigotes y las barbas, y el rostro masculino se agregaba años, hasta el punto de aparentar la madurez en una edad que hoy pasaría por extremadamente juvenil. Y claro está, el hombre elegante, *soigné*, anheloso de hacer buen papel en el salón y en el círculo de categoría a que le daban derecho su apellido y su cultura, no sólo dejaba una parte de su faz invadida por la pilosidad natural en el rostro masculino, sino que además afilaba las puntas del bigote, encrespaba la barba y la recortaba en forma artificiosa, para alargar o abreviar el conjunto del rostro, como conviniera a su tipo físico o, también, a la moda. Hubo épocas durante las cuales predominaron las patillas separadas, con el mentón desnudo, llamadas entonces con el nombre de *favoris*, porque en Europa difundieron este uso ciertos reyes y príncipes a quienes en el resto del mundo se atribuía el cetro de la moda. Y a veces esta intervención de la mano barberil en el rostro tenía un sentido político. En la República Argentina, durante el periodo de Rosas, por ejemplo, la barba cortada en forma de U mostraba ostensiblemente al portador como unitario, esto es, enemigo del régimen, y a

veces bastó para perseguir cruelmente a quien aparecía llevándola. El federal debía usar la barba cerrada, sin el artificio que la diseña en la forma de la letra inicial del partido unitario.

En los años de 1850 y 1851 el elegante se vestía con un frac de paño negro si era de edad avanzada, y si más joven, de paño verde oscuro, o azul, donde apuntaban las luminosas manchas de los botones de bronce. Una corbata de plastrón descendía desde el cuello hasta el chaleco, que era, a su vez, una vigorosa sinfonía de colores. En láminas de la época se ven chalecos de brillante seda, con ramas, puntos y rayados de fantasía. Los puños de la camisa, que siempre asomaban de las mangas del frac, eran bordados y a menudo llevaban encajes, pero en un caso o en otro, debían ser de inmaculada blancura. Ese elegante de los promedios del siglo xix completaba su vestimenta con un pantalón blanco, sin abertura central y sin rastro de plancha, que caía sobre el zapato y quedaba fijo en éste y estirado merced a una traba. Pantalones de ese corte se han usado como uniforme militar hasta hace pocos años. El bastón era de rigor. Y aquella vestidura que hoy nos puede parecer muy incómoda para andar por la calle, estaba coronada por un sombrero de copa alta, *huit réflets*, que en nada contribuía, naturalmente, a hacerla más llevadera. El sombrero de copa alta se usaba, en fin, hasta para montar a caballo.

Pues bien, ese mismo elegante conspiraba contra el gobierno, acopiaba armas y municiones, distribuía agentes para soliviantar grupos que le eran adictos, redactaba periódicos revolucionarios y exponía su vida, su dinero, todo, para lograr, por la vía de la fuerza, el triunfo de sus ideales. Si arriesgarse indica algo, de él podría decirse que no era un afeminado, aun cuando así le parezca a la juventud de hoy.

Conviene mantener a la vista estas menudencias de otras épocas. Así nos daremos cuenta cómo los cambios sobrevenidos en las modas masculinas nada tienen que ver con el pretenso afeminamiento de nuestros antepasados. Hoy no se llevan bastones ni polainas, pero ello no implica que los hombres que los llevaron, hasta hace menos de treinta años, fuesen poco viriles. La proscripción de las flores en el ojal y de las camisas almidonadas, nada tiene que ver con una mayor reciedumbre en la vocación masculina de quienes llevan pantalones. Si se hubiera de juzgar por tan mezquinas apariencias, podría concluirse que a mayor abandono en el culto de las formas sartoriles, corresponden inclinaciones más vehementes por las sendas estrechas

del sexo intermedio, donde hermandades crípticas se establecen más allá de las apariencias del atuendo. Pero no: no juzgaremos por lo aparente, que es precisamente el objeto de este ensayo.

En 1890 una vigorosa oposición al régimen político ensayado por el Presidente de la República hubo de salir a las calles y librar encuentros esporádicos con la policía. Cundió la alarma, y en los primeros días de 1891 difundióse la impresionante noticia de que el Congreso Nacional en masa se había rebelado. Comenzaba así la revolución, la más decisiva y sangrienta de que hay noticias en la historia de Chile. Muchos elegantes jóvenes de sentimientos opositores, distribuidos en diversos partidos políticos, hicieron viaje a Iquique, afrontando toda suerte de penalidades, para ponerse a las órdenes del comando revolucionario. Quedan también abundantes muestras fotográficas de estos improvisados jefes de un ejército que se batió con las fuerzas balmacedistas y las derrotó en las cruentas acciones de Concón y Placilla. Y de esos testimonios gráficos se desprende la misma lección en que venimos insistiendo: los elegantes, a quienes nuestros directores teatrales de hoy querrían convertir en otros tantos afeminados, los señoritos de encrespado bigote y cuya barba se recortaba artísticamente, son los mismos sujetos que arrostrando toda suerte de peligros en la campaña salieron al encuentro de la muerte después del desembarco en Quintero.

Cursis ha habido en todas las épocas de la historia, y seguramente los hay también en nuestros días. Pretender que todos los hombres comprometidos en una acción histórica han de ser cursis porque no son nuestros contemporáneos, es una ingenuidad que parece, por lo menos de lejos, no poco necia. Y de cerca también, porque, como ya se ha venido diciendo en las líneas anteriores de este ensayo, esos hombres a quienes se quiere disparar a mansalva, desde el escenario del teatro, para infamarles como afeminados, manifestaron sentimientos y actitudes viriles, y su comportamiento cívico, en escogidos instantes de la vida nacional, prueba de sobra cuál era la medida de su interés por el progreso patrio.

Esta severidad crítica aplicada por los directores teatrales a la vestidura masculina de otras épocas nos lleva, en fin, a pensar cómo se comportarán los del futuro. ¿Serán tan frívolos como los de hoy? Si lo son, se inclinarán a suponer que la vestimenta típica de la segunda mitad del siglo xx es de soberana cursilería, está llamada a despertar la hilaridad en el espectador y sirve en quienes la llevan para caracterizar a otros tantos afe-

minados. No puede pretenderse distinta reacción, si aceptamos válida aquella otra señalada en las líneas anteriores. Si el no vivir en una época determinada basta para no entender nada de cuanto en ella pasó, no hay exageración alguna al suponer lo que sentirá de nosotros el joven experimentador del teatro llamado a juzgarnos, en el año 2500, como tema de estudio de vestimentas y adornos.

En estas observaciones nada hemos dicho —nótese bien— acerca de otras manifestaciones del arte, nada de la música, por ejemplo, ni de las danzas, ni de otros usos donde cierta parte alcanza el gusto estético y el amor a lo bello. El que alguna vez se hayan bailado gavotas, pавanas y minués, mazurcas y galopas, valeses y polkas, y se hayan adornado las habitaciones con sedas y espejos con predominio de las curvas sobre las líneas rectas, podría ser grave indicio de afeminamiento. Es satisfactorio, sin embargo, tomar nota de que no pocos de estos motivos decorativos son contemporáneos de algunos de los sucesos más sangrientos de la historia, muestra de que precisamente cuando el artista así decoraba, como ciudadano y como patriota no vacilaba en ofrendar su vida para sostener una causa. Juzgado por el director teatral y el decorador de nuestros días, sería un pobre afeminado, hundido en la ridiculez y en la cursilería. Contemplado con mayor serenidad, como nosotros pretendemos juzgarle, parece un ser perfectamente respetable, y ante su comportamiento viril en los accidentes y percances de la vida de su tiempo, no nos cabe otra actitud que la de la admiración.

## EL HUMOR EN PEDRO PRADO

¿SERÁ irrespeto hablar de humor ante una tumba? Tal vez no. Los humoristas también mueren, y a veces se suicidan taladrándose el cuerpo sufridor con una bala, como Larra. En el caso de Pedro Prado, el humor corre en sordina, embovedado tras las apariencias, y para captarlo habría sido preciso estar al lado del poeta en horas y días de confidencial amistad. El perezoso estudiante que lo busque en sus libros, se quedará tal vez con las manos vacías. Y cuando los años pasen y la corporeidad de Prado se haya esfumado casi totalmente, ¿quién podrá reconstituir el manantial de sana risa que a menudo brotó de sus labios? Para ayuda de esos estudiantes perezosos vamos a contar, pues, algo de lo que sabemos de cierto.

Cuando yo conocí a Prado cumplía el poeta un deber de caballero y de artista. Su íntimo amigo Julio Bertrand Vidal había sido autorizado por un próspero capitalista de la época para levantar en terrenos del Parque Forestal el hermoso palacio renacentista en que se alberga hoy la Embajada de Estados Unidos. Pero Bertrand murió a destiempo, en plena juventud, y Prado, arquitecto además de poeta, tomó a su cargo la tarea de proseguir la obra. Me mostró, en dilatada visita, los salones, las salas, el piso de residencia, todos los exquisitos pormenores de que se componía aquel delicado conjunto, y después de hacer varias veces el cálido elogio de Bertrand, cuyo espíritu quería prolongar en la obra, me condujo a los subterráneos. Según el plan de la construcción, allí se alojarían cocinas, calderos de calefacción y bodegas, todo en proporción a la magnificencia que se había dado al recinto. Asomó el humorista.

—¿No cree usted —me dijo— que sería mejor vivir aquí que allá arriba?

Y para probarlo me llevó a admirar la amplitud de la nave, de techo arqueado, que hacía pensar en que el autor de aquellos planos se había inspirado, al trazarlos, en las arquerías de las iglesias románicas. El subsuelo entonces se hallaba traspasado de luz, que le venía del poniente, antes de que el jardín se poblara con árboles, y en su soledad luminosa evocaba inclusive la sombra de las basílicas románicas, por contraste. Para precisar su ensueño, Prado agregó:

—Aquí se puede poner la mesa de dibujo, que estará muy

bien iluminada, y en ese rincón disponer los libros, y más allá estaría el comedor. Todo está previsto. Y cabe una familia numerosa, como la mía. . .

Prado tenía nueve hijos, a todos los cuales se les verá evocados en sus obras. A ocho de ellos está dedicado *Alsino*, porque el noveno en esas horas no había nacido. Llevado de la mano por la evocación, imaginé las literas para los mayores, las cunitas para los chicos, y me quedé creyendo, como quería el poeta, que eran mejores las plantas bajas de los edificios que los pisos superiores, columpiados en el aire.

Más adelante, tratándolo más a fondo, comprendí aquella paradoja de humorista. Prado vivía en una casa grande, antigua, sólida, que en las horas ya remotas en que fue construida, alarmó por sus comodidades y sus "lujos" más o menos en el mismo grado en que alarmaba el Palacio Bruna. La existencia oficial del poeta como hombre de hogar llenaba gran parte del ámbito de la chacra Santa Laura; pero en una esquina se alzaba aquella torre con que se había querido, en días coloniales, coronar el granero. Era un atalaya: no servía para otra cosa. Y cuando la casa se fue incorporando a la ciudad por medio de calles que reemplazaron a los caminos, y cuando los potreros aceptaron habitantes y dejaron que en sus planicies aposentaran casas de habitación, el atalaya pasó a pérdida. Nada era ya preciso avizorar desde su encumbrada viguería. El granero, abajo, podía pasar por una capilla abandonada, si se aceptaba que la torre contenía campanas. Allí, en torno a esos vestigios de una realidad agraria desvanecida por la distancia de varias generaciones de Prados no agricultores, allí nació la extraña superchería de Los Diez.

Quien lea la literatura surgida en torno a Los Diez creará que aquello fue una academia o centro de estudios donde las letras se cultivaban como planta de invernadero. Nada más lejos de la realidad. De cultivarse algo, sería la risa tal vez la especie más adecuada. Contaba Prado, por ejemplo, que un día decidió la cofradía aceptar en su seno, tras las ceremonias de estilo, a un neófito. Alguien había pertenecido a la masonería y recordaba los pases de la iniciación. Los adaptó un tanto a la ceremonia, y se ofreció además para officiar en la liturgia, no sin recomendar a todos la más perfecta seriedad para no perturbar el acto. El neófito era un diplomático mexicano, Antonio Cas-

tro Leal, quien ayudó después a Prado a forjar el ente de razón Karez-I-Roshan, por cierto otro capítulo del humor en nuestro poeta. Castro Leal no sabía que todo aquello iba a ser tan a lo vivo. Cuando lo llevaron vendado hasta el granero, le dirigieron palabras extrañas, lo hicieron arrodillarse, sentarse, extenderse en una mesa y demás operaciones que al oficiante le parecían inherentes a la liturgia, comenzó a sonreír y a retorcerse nerviosamente. Las ahogadas risas de su inquietud despertaron dormidos remordimientos en sus amigos, y llegó un instante en el cual, olvidados todos de los pases masónicos, de las palabras rituales, de mandiles, compases y demás embelecós, una sola inmensa carcajada repletó de extrañas vibraciones el aire quieto del granero, que parecía romperse en aquella tempestad de hilarantes estallidos. Aceptaron uno a uno que la liturgia era una farsa, pero a todo esto, Castro Leal no cesaba de reír, y de su risa fluía el llanto y del llanto pasaba a las convulsiones.

—Nos llevamos un gran susto —comentaba Prado—, porque la risa era histérica y se tornaba hipante. Y como a grandes males, grandes remedios, optamos por regarlo con la misma agua que hasta entonces le estábamos dando a sorbos, a ver si se calmaba.

La consecuencia de semejante partida fue muy simple: nunca más se intentó iniciar a nadie en Los Diez. La cofradía quedó sin ceremonial de iniciación, y la parodia de lo masónico pasó al olvido. Esto concordaba mejor con el espíritu de la secta que lo otro. Cuando Prado quiso señalar, en la revista de su grupo, de qué manera funcionaba aquello, decía: 'Los Diez deben obedecer ciegamente al Hermano Mayor. Lo que él diga se hará; pero no hay temor de que diga cosa alguna, porque nadie sabe cuál es el Hermano Mayor, y cada uno puede y debe creer que él lo es.' Igualmente, no es legítimo suponer que las designaciones de oficios para los hermanos estuviesen asignadas de una vez para siempre. Algunas personas de fe cándida han creído, por ejemplo, que el nombre de Hermano Errante se había reservado a d'Halmar. Nada menos exacto. En la *Somera iniciación al Jelsé* de que hemos citado algunas líneas, aparece englobado un discurso del Hermano Errante, que corresponde a Prado y que nadie por cierto osaría discutirle.

Por ser fácil, renunciamos a la tarea de señalar en la obra misma del poeta y del novelista los fragmentos humorísticos. Se hallan en *Alsino*, a pesar de la tesitura trágica del libro, abundan mayormente en *Un juez rural* y definen la historia, ya aludida,

de *Karez-I-Roshana*. El barbado personaje a quien se presentó en aquel folleto como autor, envuelto en túnica de espesa tela oriental, era un modesto vendedor de pollos, apellidado Naranjo, a quien Pedro León Riveros fotografió un día en que creyó sorprender la nobleza de los rasgos faciales bajo los toscos modales del oficio. Y la túnica era la carpeta de la mesa en donde el fotógrafo hacinaba sus bártulos de aficionado. . .

En la obra de Prado, por lo demás, abundan las pequeñas sorpresas, los hallazgos. En la novela ya mencionada, *Un Juez rural*, ¿quién esperaría encontrarse un pequeño poema en prosa digno hermano de los de otras horas? Leedlo: "Las frutillas frescas, blandas, dulces y aromáticas, se deshacían suaves en la boca como tiernos y pequeños corazones a quienes agotara un beso." El libro, además, está lleno de viejos caminos rurales, solitarios casi en todo tiempo. Por ellos pasó el poeta mil veces en busca de rincones para llevar a la tela en calidad de "manchas", las mismas manchas que hicieron la gloria de su amigo Juan Francisco González. Y la influencia de éste sobrevive también ahí. Es el epicúreo, el mismo que exclama: "¿Mañana? No te enturbies el ánimo ni desprecies el hoy por el mañana. No te acostumbres a vivir por adelantado. Si te encuentras en la hora de hoy y señalas la hora de mañana, eres un mal reloj que induce a error." Y así, hermanados por la risa, los dos artistas reposan hoy, si no bajo la misma losa, en espera de un mismo destino.

Pasaron los años, y se fue apretando el cerco. ¿Cómo hacía frente Prado a aquellas embestidas que parecían encaminadas a derribarlo? La vieja salud, que había soportado soles y nieves, se derruía como si una piqueta invisible la fuese debilitando por dentro. Entonces se refugiaba en la risa. Y de la risa extraía un criterio para sobrevivir.

—¿Sabe usted? —solía decirnos—. Ayer vi a Fulano, lo detuve en la calle y le dije: "¿Está usted enfermo?" Me respondió que no, y habiéndome preguntado por qué se lo decía, le repliqué: "Me pareció que debe estar enfermo, o convaleciente, porque iba tan serio. . ."

Él mismo jamás tomó demasiado seriamente lo que pasaba. En los últimos meses, cuando debía sujetarse una mandíbula para articular mejor, solía decir que nadie, cuando muriera, le podría quitar lo mucho que se había reído en la vida de los trances duros por los cuales debió atravesar. Y entre risas con-

taba cuánto pagó para ir dejando a flote su cuenta bancaria, y cómo le había servido el parecerse tanto al gerente del banco, que más de una vez concedió hipotéticos avances y descuentos de letras. Y como de un tema iba a otro con facilidad extrema, agregaba la reflexión oportuna.

—¿Qué es el crédito? Una ficción. Si lo puedo conceder yo, sólo por parecerme al gerente del banco, ¿qué tiene de extraño que éste me lo conceda? Estoy seguro de que, al hacerlo, cree estárselo autorizando a sí mismo.

Creía inclusive el poeta que el reírse un hombre de sus propias angustias formaba parte de la buena educación. Una sensibilidad exquisita le había servido para profetizar la muerte de algunos amigos, para percibir, de Colombia a Chile, lo que estaba ocurriendo a un miembro de su familia y para combinar fechas en forma de presagios. Con semejante carga sobre los hombros, se decía Prado, cualquiera se podría sentir agobiado de temor. Un hecho ligero despierta resonancias en lejanía remotas, porque los destinos de los hombres están entrelazados y ninguno puede romperse o desviarse sin repercutir en los demás. Para apurar experiencias, había asistido a sesiones de espiritismo y soportado la superchería de mesas tembladoras y saltarinas, que daban repiquetes en el suelo. "Hay que probarlo todo", explicaba a veces. Y cuando, agobiado por los presagios, se volvía sobre sí mismo, irritado contra la dolencia agresora que le iba quitando una por una sus potencias, era una vez más la risa el tónico que le restauraba las fuerzas declinantes.

## GRACIAS Y DESGRACIAS DE LA ORATORIA

A SU PASO por Chile, el distinguido escritor español don José María Pemán dejó encendidos los fuegos de una polémica que ha versado casi toda sobre los méritos y deméritos de algunos chilenos señalados en el cultivo de la oratoria. Se ha vuelto así a las obras de Lastarria, de Isidoro Errázuriz, de Tocornal, de Abdón Cifuentes, de Enrique Mac Iver, de Barriga, algunos entre los muchos oradores chilenos dignos de mención. Ha habido negaciones y afirmaciones tajantes. De unos se ha dicho que carecían de condiciones para pretender un sitio en la galería de los oradores, y los nombres de otros han sido levantados a nivel nada común. Se ha intentado, en fin, una especie de revisión de valores conveniente sin duda para la historia literaria, porque nos indica los cambios habidos en el gusto de las generaciones que leen.

Nos permitimos señalar esta última circunstancia: las generaciones que ahora leen a los oradores ya difuntos, o en general repasan las obras oratorias, están expuestas a emitir sobre éstas juicios muy diversos a los que suscribieron los contemporáneos. Sólo a éstos es dado pronunciar sobre el orador una impresión de conjunto, pues la acción personal, el timbre de la voz, el fuego de la mirada, las inflexiones con que se emiten ciertas palabras, son condiciones del éxito en la oratoria. Y cuando la oración pasa a un texto impreso, todo aquello queda afuera. Con el tiempo, nos vemos obligados a considerar a los oradores como escritores, y entonces comienzan las dudas.

Son por lo menos las dudas personales que me han solido asaltar a mí sobre el gusto de los auditores chilenos cuando aplaudieron a tales o cuales oradores. Abro, por ejemplo, al azar, un volumen de discursos de Isidoro Errázuriz y busco lo que allí pudo entusiasmar a quienes lo oyeron en la hora en que fueron pronunciados. Mi busca es inútil. Cuanto ofrece el texto es una triste parodia de lo que debió impresionar a nuestros padres y abuelos, porque con esa materia no parece posible hablar de un auditor conmovido hasta las lágrimas, ni se explican las repercusiones nacionales de palabras que hoy nos parecen frías y nos suenan a hueco. La oratoria, dicho sin menoscabo de las personas que la han cultivado, exige empleo de grandes dosis de histrionismo, sin las cuales queda completamente inexplicable el

imperio que ha podido ejercer sobre quienes tuvieron el privilegio de escucharla.

Un elegante crítico español, Eduardo Gómez de Baquero, *Andrenio*, encaró en su libro *Nacionalismo e hispanismo* (Madrid, 1928) algunos aspectos de lo que llamó *Grandeza y decadencia de la oratoria*. ¿Por qué decadencia? Porque, a su juicio, seguramente compartido por muchos lectores, la oratoria comenzó a perder pie desde el momento en que se inventó la imprenta, instrumento llamado a ganar en el corazón del pueblo un terreno que la oratoria perdía progresivamente a medida que con el concurso de la prensa se iban abriendo otras pistas a la forma primitiva de influir sobre el espíritu de las muchedumbres. Evoca el crítico los días en que los ciudadanos de las ciudades atenienses, que siempre se contaron en corto número, se juntaban en un ágora para oír al orador, y comprueba que las grandes aglomeraciones urbanas, las naciones que tienen gran número de ciudades y vasta población agrícola, dotada también de intervención en las decisiones de la cosa pública, y la prensa diaria y el libro, han ido haciendo menguar el poder expansivo de la oratoria, por lo menos como instrumento llamado a influir sobre los sentimientos populares. Desde el ensayo de *Andrenio* han sobrevenido, sin embargo, algunos cambios que han vuelto a revivir a la oratoria, por lo menos en una corta medida. Los oradores del presente se hacen ayudar de altavoces, o altoparlantes, que con el empleo de la electricidad pueden llevar sus peroraciones a todos los ámbitos de la nación y hasta más allá de ella, si es preciso. El ágora se ha extendido, y teóricamente puede llegar a ser el mundo entero.

Los grandes éxitos oratorios de jefes de muchedumbres, por lo menos en algunos países de los llamados ahora totalitarios, se explican en parte con el empleo de esos medios mecánicos de difusión que fueron desconocidos de los oradores del pasado. Por lo demás, siempre sigue siendo la presencia física de la multitud que escucha el ideal de los grandes conductores de hombres. Lo prueban los festivales realizados en las ciudades alemanas para escuchar a Hitler, las concentraciones celebradas en la Piazza Venezia para oír a Mussolini y otros actos semejantes en que la antigua comunicación entre el orador y el pueblo se ha restablecido y se ha ampliado, por lo menos en parte, hasta la medida compatible con el progreso mecánico.

Sigo temiendo, sin embargo, que las recopilaciones de los discursos de estos hombres que manejan a millones de sus semejan-

tes vayan a dar a nuestra posteridad una muestra tan pálida de los recursos oratorios, como las que se nos ofrecen en el caso de don Isidoro Errázuriz, a quien cité ya como ejemplo de gran orador chileno. Y es que, sin duda, la oratoria reducida a texto impreso no puede conservar sino una pequeña parte del efecto que pudo producir cuando era proferida con la voz impostada del orador.

Queda por estudiar entonces para qué sirve la oratoria si es tan escaso el alcance de las piezas en que se manifiesta. El teatro participa de algunas de las limitaciones de la oratoria, pero la vence porque no es en absoluto imposible encontrar para poner en escena determinadas obras, a artistas que no sólo alcancen sino que también superen el nivel alcanzado por los buenos intérpretes de un día. ¿Se concebiría que un orador repitiera hoy el discurso de uno de sus predecesores en el género, tratando de agregar al texto impreso todos los matices que pueden ofrecer la dicción elegante magistralmente conducida, la acción de manos y rostro y todos los demás recursos de que dispone el orador? Sería un disparate, y sólo proponerlo nos indica una de las más graves limitaciones de la oratoria, contra la cual nada valdrán los inventos de la ciencia, que puede, sin duda, conservar la voz y también el aspecto físico del orador mientras pronuncia su oración, pero que nada más puede entregarnos.

Participo en todo del punto de vista que manifestaba *Andrenio* en su ensayo más mencionado, y creo que en definitiva a los oradores habrá que inscribirlos en la historia literaria sólo a condición de que las obras que les dieron nombre como oradores tengan caracteres sólidos de creación literaria, de modo que puedan seguir leyéndose como buenas páginas de prosa después de haber sido escuchadas. Si una obra oratoria no reúne todos estos requisitos, nada se saca con decir que X era excelente orador y con pedirnos que asintamos a la opinión corriente que le declara un magnífico artista de la palabra. La imprenta suplantó el sitio que en otros periodos de la civilización acaparaba la oratoria, y no parece próximo el día en que hubiéramos de retrogradar a restablecer las condiciones necesarias para que la oratoria recupere sus antiguos dominios. Tal vez la oratoria no haya muerto triturada por el engranaje de las prensas, pero es visible que éstas siguen teniendo muchos elementos de que aquella no dispone ni dispondrá nunca más.

¿Para qué sirve entonces la oratoria? Se nos dice que conserva imperio en los actos académicos, y se citan soberbios fragmentos

orales que han sido dedicados al público especial de aquellas reuniones, como si la oratoria, después de haber aspirado a tanto más que todo eso, pudiera conformarse con tan menguada audiencia. Y digo menguada no porque el público de los actos académicos me parezca despreciable, ni mucho menos, sino porque las oraciones que en ellos se pronuncian quedan muy lejos, como importancia intrínseca, de las piezas de oratoria comicial o destinadas a la multitud. Con éstas se pretende nada menos que influir sobre los rumbos del Estado, formar opinión para que la nación entera termine por tener un credo o un programa de acción; mientras con la oratoria académica se aspira sólo a demostrar unas cuantas cosas de muy secundaria trascendencia. ¡Cuando se aspira a demostrar! Porque bien sabemos que la oratoria académica, por lo menos en Chile, hace tiempo olvidó esa misión que es fundamental y característica suya, y no pocos discursos académicos hemos visto en los cuales ya no se pretende demostrar nada. Se me dirá que son restos deformes de una especialidad literaria que pudo ser mejor tratada. Lo concedo, pero también quiero que se me conceda que es triste cosa un género literario que tan fácilmente puede abandonar en manos inexpertas los caracteres que deben definirlo.

No se podría negar, empero, que la oratoria ha conocido días triunfales y que tiempo hubo en que a ella se confiaban algunas de las realizaciones que hoy espera el gobernante de actos políticos menos espectaculares, pero también más duraderos. La dictación de una ley llamada a influir sobre el rumbo material o moral de un pueblo, es cosa que supera con mucho a los triunfos oratorios del pasado. Y no es inverosímil suponer que ella se logre sin mayor despliegue de oratoria, o que la parte de ésta sea muy menuda. Se ve todos los días en todos los parlamentos del mundo que los oradores pronuncian discursos inspiradísimos, en los cuales acumulan argumentos para pulverizar al adversario. No se trata ya sólo de persuadir sino también de convencer. ¿Se convence a alguien? No, por cierto, y sería muy precario el estado político de un pueblo en el cual los miembros del Parlamento fueran a variar de opinión al discernir sobre importantes asuntos sometidos a su estudio, porque un orador excepcionalmente dotado los diese vuelta. ¿Qué se diría de un partido que, comprometido a votar en determinada forma una proposición de ley, no contara en el momento oportuno con todos los votos de sus filas, porque los oradores del partido contrario los

habían dispersado? No se concibe gobierno en estas condiciones, con lo cual parece resultar que el triunfo decisivo de la oratoria es contrario a la esencia del régimen de mayorías que ha hecho imperar la democracia.

Nada de esto influye en la oratoria académica: no se alteran los cimientos del Estado, ni siquiera se hace cambiar a los hombres que ejercen el poder, porque el orador plantea ante la academia una proposición de orden literario, filosófico, moral, ni siquiera porque hace asentir en ella a su auditorio y cosecha aplausos que por un instante le envanecen. Por lo demás, también dispone la literatura académica de formas mucho más permanentes para desenvolver su influencia sobre los entendidos. Un modesto artículo crítico apoyado en buenos documentos y redactado con alguna habilidad consigue lo mismo que el más fogoso discurso, con la diferencia, en favor del artículo, de que allí se pueden emplear formas de persuasión y de convicción infinitamente más profundas que las concedidas al orador. Debe éste, desde luego, dejar imperar siempre en su oración cierta tersura, cierta amenidad, radicalmente incompatibles con la demostración llevada hasta el último extremo, mientras que el artículo puede tocar ese y otros extremos sin perder nada de su alcance, y acaso robusteciendo la impresión que está llamado a causar.

Hay en la historia de los oradores muchos momentos curiosos en los cuales el defensor de la oratoria encuentra argumentos de sobra para exponer por qué este género le parece excelente. Debe haber también otros que permitan exponer la opinión contraria. Por mi parte encuentro uno muy sabroso en la historia de la Revolución francesa. El célebre tribuno Danton abogó en la Convención de que formaba parte por la creación de un tribunal revolucionario para juzgar sumariamente y con la anticipada certeza de que los eliminaría, a cuantos él y sus compinches llamaban ya "enemigos de Francia". Danton obtuvo pleno éxito y el tribunal fue creado. No todos los panegiristas de la oratoria nos cuentan que una de las víctimas de ese tribunal *sui generis*, pero en todo característico de los periodos turbulentos de la historia de los pueblos, fue el propio Danton, a quien se descubrió la madera suficiente para llamarle "enemigo de Francia"...

¡Vanidad de vanidades! El orador, por lo menos en este dramático caso de Danton, es algo así como el aprendiz de brujo: aprendió de su amo la fórmula para evocar a los genios, pero

no la que necesitaba para hacerlos entrar de nuevo en las redomas y matraces del brujo mayor. Y cuando los genios salieron de sus cárceles, asfixiaron y estrangularon al imprudente aprendiz, quien buscaba en vano por su memoria, más indócil mientras mayor era la angustia, la fórmula que había de salvarlo.

1941

## LO QUE ESCONDE LA SONRISA

HACE años vengo pensando en la posibilidad de formar una especie de antología de *mots d'esprit*, es decir, de frases agudas, espirituales, que den a conocer tanto la psicología de quien las dice como el ambiente dentro del cual nacieron. Y es una lástima, pero no he podido hallar equivalente español para la expresión francesa. En otros siglos, pudo decirse sal, pero esta palabra aplicada ya en definitiva a otras cosas, pasaría hoy por una pedantería insufrible para los entendidos y no captaría en absoluto su significado el ignaro. En términos generales, podría decirse que en los *mots d'esprit* hay sal, pero no sólo eso. Algunas de las oídas entre nosotros, como apropiadas para definir el espíritu de las altas clases sociales, son sobradamente altaneras y carecen de piedad para con el individuo a quien con ellas se quiso afligir. No son, entonces, *mots d'esprit* sino rasgos de venganza, desprecio disfrazado por la sonrisa, si sonrisa hubo.

El *mot d'esprit*, cual yo lo entiendo, no puede estar basado en el concepto de la desigualdad de clases sociales, aun cuando, como es de rigor, se dé con más frecuencia entre los seres cultivados que entre los otros. El vivir con gentes educadas afina el espíritu, y, a contrario sensu, al rústico pocas oportunidades se le alcanzan de agilizar el ingenio; pero cuando el rico, o el influyente, o el que se cree superior a los demás, acuña una frase en la cual se sugieren aquellos sentimientos de superioridad, no resulta un *mot d'esprit* sino una pulla despectiva y cruel.

Es lo que ocurre, por ejemplo, con cierta chocante frase de un personaje que para poner en solfa el afán de saber de un muchacho esforzado y digno le habría dicho *oui, musiú*, cuando éste preguntaba si era difícil el arte de gobernar. Habiendo prepotencia de por medio, se logra no el *mot d'esprit* como exhalación del alma sino la simple patochada. Yo habría querido ver por dentro al sujeto aquel, con treinta años menos, sumergido entre gentes graves a quienes reverencia, y recibiendo aquella frase que a él, por ser suya, le pareció muy chistosa y que corearon los áulicos a quienes en Chile, por variar, llamamos pateros. No: de una vez para siempre: el *mot d'esprit* es incompatible con la crueldad.

De esto parece desprenderse que el mejor *mot d'esprit* será el que cambien y reciban individuos de una misma clase social, de

niveles muy parejos de cultura, caso en el cual no hay subentendidos que amengüen la delicadeza de la sonrisa; porque el toque está allí, en la sonrisa. Un *mot d'esprit* es una frase, una sentencia, una palabra sola a veces, que hace sonreír, y en ocasiones tan tenuemente, que sólo lo perciben dos o tres de los circunstantes, los que están en el secreto. De Daniel Riquelme se cuenta que estando en un corrillo oyó que un tipo se quitaba la edad en forma descarada:

—Tengo sólo cuarenta y cinco años.

Riquelme, que era ingenio apto para improvisar excelentes *mots d'esprit*, le dijo en el acto:

—Claro, claro; de cuarenta y ocho peniques.

En un país en que no haya inflación y donde la moneda conserve su valor incólume, el dicho de Riquelme no cabe suponerlo. En Chile, en cambio, se eleva a la categoría de un genuino *mot d'esprit*, porque los cuarenta y ocho peniques legendarios constituyen una piedra de tope en la cual se estrellan, a una, la pretensión del que se reduce la edad y el aire serio y compungido de quienes oyen la mentira sin atreverse a repelerla. Las palabras nada altaneras de Riquelme consiguen, suavemente, lo que nadie se habría atrevido a intentar, y son, en consecuencia, un delicioso y auténtico *mot d'esprit*.

Si se empeñara uno en definirlo, podría tal vez decir, que es todo sonrisa, entendiendo que es la sonrisa, más allá de la expresión física, un ademán del alma. Este gesto, el más huidizo de las facciones del rostro humano, el más sutil, aquél que a veces, temeroso de asomarse a los labios, busca mejor acomodo en los ojos, donde entre los párpados puede agazaparse para pasar inadvertido, es el compañero insistente de las agudezas. Por eso, si queréis saber cuándo hay *mots d'esprit* en la conversación, no dejéis de mirar a los ojos de vuestro interlocutor, pues es allí donde hallaréis la intención de lo que dice. Y un *mot d'esprit*, que bien puede ser inaudible si las circunstancias aconsejan musitarlo, en todo caso siempre saltará a los ojos y en ellos se reflejará como eco retardado de la sonrisa.

El *mot d'esprit* no es un género literario, ni se puede pretender que logre la fijeza de las obras escritas. Oído, bien puede conservársele en palabras, pero no nos extrañe que leído produzca menos encanto que el que pudo lograr en la charla, según los relatos de los contemporáneos. La improvisación lo quiere fugaz, y hay circunstancias concomitantes, palabras anteriores, situaciones de que el *mot d'esprit* viene a ser como epifonema,

ambiente en fin que no es posible repetir a voluntad cuando los espectadores ya se dieron vuelta las espaldas y cada mochuelo se fue a su olivo. El *mot d'esprit* nace en el comercio humano, y es difícil en la discusión áspera, pero absoluta y radicalmente imposible en la soledad del misántropo.

Por eso es, también, poco probable que se alcance a formar una antología de *mots d'esprit*, más percederos que el crepúsculo, escasos y espantadizos como el picaflor de los jardines. Lo que sí cabe, en cambio, es buscar la compañía de aquellas personas delicadas y sonrientes de quienes, como hallazgo que la curiosidad solicita, pueden esperarse la sugerencia, el sutil aletazo del ingenio, el súbito chisporroteo de que suele nacer el *mot d'esprit*.

## POR LA RAZÓN O LA FUERZA

EN UNA edición reciente de *El Averiguador Universal* se preguntaba un lector si el lema nacional debía leerse como lo hemos puesto en el encabezamiento, o si era más justo poner: "Por la razón y la fuerza." Para contribuir a esclarecer el problema, veamos algunos antecedentes históricos que tal vez nos ayuden.

La moneda de una onza de oro acuñada como primera moneda republicana de Chile, es de 1818. Un grabado muy claro de ella se ostenta en el libro publicado por la Superintendencia respectiva con motivo del segundo centenario de la fundación de la Casa de Moneda, y en él puede verse que la leyenda reza: "Por la razón o la fuerza." Se dice allí que esa moneda fue mandada acuñar por el bando de 9 de junio de 1817. La verdad es que éste se refiere a monedas de plata y no de oro, que indica como lema "Unión y fuerza" y contiene una descripción que no calza con el modelo grabado en el libro.

La ley de 24 de octubre de 1834 cambió la redacción del lema en el reverso de las monedas de plata, y dispuso que allí se leyese: "Por la razón y la fuerza", pero por el mismo tiempo circulaban monedas en las cuales se leyeron otros lemas diferentes, entre los que hallamos uno solo parecido: "Unión y fuerza."

Por decreto de 19 de marzo de 1851, que reglamentaba la aplicación de una ley reciente sobre la materia, se volvió al lema antiguo, y en ese documento, efectivamente, se repite por lo menos dos veces que aquél será: "Por la razón o la fuerza." Por lo demás el que siguió usándose hasta que en años posteriores se suprimieron los lemas en las monedas, cualquiera fuese su corte o tipo.

La frase misma, fuera de la numismática, es antigua en Chile.

Un periódico de 1824, *El Avisador Chileno*, decía en su segundo número: "Si nos asedian peligros, es necesario no olvidar que hemos dicho a la faz del mundo que nos constituimos independientes por la razón o la fuerza..." Lo que es una manera a la vez elocuente y digna de aplicar la frase.

Por la referencia de ese periódico, parecía verosímil que el origen de la expresión se encontrara en el acta de la independencia de Chile. En ella se hallan, en efecto, dos pasajes del fragmento que acabamos de citar. En uno se habla de "la resolución de separarse para siempre de la monarquía española y proclamar

su independencia a la faz del mundo". El otro, en fin, está compuesto de las primeras palabras del acta, que prácticamente todos saben de memoria: "La fuerza ha sido la razón suprema que por más de trescientos años..." En donde, como se ve, no se dice lo mismo pero en todo caso se juntan los conceptos razón y fuerza en forma casi tan estrecha como han venido a parar en el lema de las monedas.

Nótese, por otra parte, que en un mismo año, 1818, se redactó esa acta y se dieron a la circulación las monedas que llevan por primera vez el lema "Por la razón o la fuerza".

Siguiendo hacia atrás, vemos que la Junta de Gobierno dispuso en junio de 1813 cuál debía ser la bandera nacional, sin describirla en el decreto respectivo. En éste se dice que "en lugar de la bandera española que se ha usado hasta hoy, se sustituirá la tricolor, en la forma del modelo que se ha puesto en la secretaría, que para los buques mercantes será sin escudo". Había, pues, bandera y escudo. Cómo era y qué contenía la primera no nos interesa en estos instantes, pero en el escudo encontramos la clave del problema planteado a *El Averiguador Universal*.

En el escudo se leían dos leyendas alegóricas. En la parte superior *Post tenebras lux*, que equivale a "La luz sucede a las tinieblas." En la parte inferior: *Aut consilio aut ense*, que aproximadamente podría traducirse: "Por el consejo o por la espada."

El concepto alternativo "razón o fuerza" aparece ya aquí perfectamente formado, aun cuando en lugar de expresiones abstractas como éstas se empleen las expresiones algo más concretas "consejo" y "espada". En todo caso, debe insistirse en que el concepto es alternativo y no sucesivo, y que por lo tanto exige ineludablemente el empleo de la conjunción adversativa y rechaza el de una copulativa. De esto se desprende que la ley de 1834 se equivocó al proponer el lema, si —como nosotros creemos— el de 1818 fue mera traducción libre de la frase puesta en el escudo de 1813.

El lema "Por la razón o la fuerza" no tiene nada de vergonzante para el pueblo chileno como han dicho algunos censores, entre los cuales descuella Unamuno. Para entenderlo así, los ligeros rasgos históricos que hemos dado muestran qué sentido debe darse a la expresión. Conforme la versión de *El Avisador Chileno*, por ejemplo, los lemas alegóricos del escudo de 1813 podrían unirse en uno solo que dijese más o menos: "Por el consejo o por la espada, la luz sucederá a las tinieblas."

Lo que es muy antiguo en la vida de los pueblos, tanto sin duda como la definición de la guerra que la llama *ultima ratio*. Si la razón no basta, en las disputas de los hombres se acude a la fuerza, que viene a ser entonces la "razón postrera". Otra cosa es discernir si el vencido y no el vencedor estaba en lo justo.

En suma, creemos que el lema de Chile debe leerse "Por la razón o la fuerza", y que cualquier cambio introducido en él, aun cuando posea la majestad de una ley, no pasa de ser un *lapsus* del legislador o del amanuense.

## ELOGIO DE LA LOCURA

LA LOCURA no es privativa de Chile, a pesar de lo mucho que entre nosotros se la exhibe. La diferencia está en que mientras la locura goza de la impunidad aquí, en otras partes se la oculta y se la reserva a los patios de los manicomios. Los casos de locura exhibicionista que prevalecen en Chile merecen una ligera mención.

Una, muy reciente, es la maratón de los garzones. A un ocioso con ribetes de loco se le ocurrió que era muy divertido hacer correr a los pobres tipos disfrazados de garzones, con un plato en la mano; pero no un plato vacío, ¡vive Dios!, sino con un cubierto y una botella de vino en equilibrio. Esto se llama la maratón de los garzones. La gana aquél que llega a la meta con el plato completo en la mano sin haber perdido nada en el camino.

Los garzones se divierten mucho cuando corren y los ociosos que los contemplan también se divierten. El único que sufre es el sentido común. En la vida cotidiana los garzones no deben correr de la cocina al comedor, sino andar con paso firme y sostenido, ni les corresponde equilibrar cosas sino tomarlas en forma racional. En consecuencia, la maratón de los garzones no tiene nada que ver con la destreza profesional de los corredores. El ganador puede ser un mal mozo, y los perdedores, buenos mozos. He aquí un juego de palabras tan inesperado como hilarante.

Lo que se podría pedir a los garzones, para demostrar que son expertos en su oficio, es que no echen pelos en la sopa y que cuando la distribuyen no la repartan sobre el mantel, los cubiertos y las cabezas de los comensales sino estrictamente en el plato.

Pero como de esto no se hace maratón ni hay ociosos que se diviertan, es de temer que jamás sabremos cuáles son buenos garzones sino a costa de las consabidas experiencias en el sitio mismo del suceso.

Otra muestra de locura exhibicionista es la famosa exposición de pintura de los médicos.

¿Qué extraña concomitancia existe entre el médico y la pintura? Nadie lo sabe; el hecho es que los médicos han dado en la chifladura de pintar cuadros en sus horas de ocio, y como si esto fuera poco, han caído en la tentación de conservarlos des-

pués de pintados y de reunirlos en una exposición. Como pintores, los médicos deben ser necesariamente mediocres ya que para ejercer la medicina han necesitado seis años de estudios, mientras para pintar debieron seguramente olvidar algo de lo que ya sabían. Para estar a tono con los demás pintores de la época, por ejemplo, deberían pintar a las señoritas con seis dedos en las manos y con los ojos en la nuca. De otra suerte, correrían peligro de ser denostados como pintores *pompieri*, lo que, según tenemos entendido, es el colmo del denuesto entre artistas. ¿Y qué decir de la pintura abstracta?

Un médico que pinta un riñón en buen estado, la glándula pineal en su contorno preciso, las amígdalas extirpadas limpiamente, debe ser también titulado *pompier*. Lo justo es pintar lo abstracto, es decir, aquello que nadie ha visto nunca antes en la naturaleza, de manera que no haya motivo de censurar al pintor. Rayas cruzadas, sutiles pinceladas de colores contrastados, bloques, rectángulos, líneas onduladas o rectas: todo es posible allí, a condición de que no diga nada ni represente nada.

¿Adoptarán los médicos la pintura abstracta renunciando a los meniscos, el páncreas, los intestinos y la tibia? Es lo que veremos en la próxima exposición.

¿Por qué, me pregunto yo, no adoptamos los periodistas una locura para nuestro propio uso? Sonaría bien, y acaso nos ganaría admiradores. ¿Qué inconveniente hay por ejemplo, para devolver la mano a los médicos, en que nos dediquemos a presentar una exposición de operaciones quirúrgicas? Se argüirá que no tenemos título profesional para hacer intervenciones, y que somos intrusos, pero igualmente intrusos son los médicos en la pintura, y nadie les dice nada.

Organicemos, pues, cuanto antes la exposición de los periodistas cirujanos, que no tendrá nada de abstracta, naturalmente, y que en materia de comicidad bien puede ganársela a la maratón de los garzones. El bisturí y la sierra en lugar de la máquina de escribir vendrán bien, de vez en cuando, para relajar los nervios del periodista sumergido por años en la rutina de su oficio. Y si llega un médico a intrusear en la exposición y afea alguna de las operaciones allí exhibidas, se le puede responder con una amplia sonrisa:

—Cuidado, señor médico, que usted también ha exhibido cuadros.

## RECUERDOS DE UN RITMO ANTIGUO

CUANDO Marconi inventó la transmisión de señales a la distancia, empleando el éter como camino y las vibraciones eléctricas de vehículo, no pudo presumir hasta dónde llegaría semejante novedad. Es el destino de todo inventor y de todo descubridor. Reducidos al modesto papel de precursores o de guías, limítanse a mostrar un camino y a decir: "Por ahí va la huella; síganla los que puedan, los que gusten, los que quieran, todos los hombres..." Y tan efectiva es esta colaboración, que los auditores de la radio no saben ya siquiera quién fue Marconi y todo lo que le deben, así como hablamos por teléfono sin acordarnos de Graham Bell o subimos en aviones sin saber siquiera qué ha sido de los hermanos Whright. Pues la verdad es que Marconi, según parece, pensó primordialmente en un instrumento que permitiera el envío de "señales" a la distancia, lo que equivale a definir la radiotelegrafía, y no en la transmisión de "discursos", que es la radiotelefonía. Aquélla precedió a ésta, pero no cabe duda: la hermana menor ha crecido más que la otra, se ha emancipado y es, disimulos aparte, quien maneja hoy el cetro en la familia...

De la transmisión de "discursos" se ha pasado a la de partituras, solos, pasajes orquestales, cantos de masas corales, liturgias y toda suerte de especies afines, hasta el punto de que cuando tenemos el dial en la mano y lo giramos en busca de una estación, nueve de cada diez ondas nos ofrecen música. Si resucitáramos a Marconi y lo lleváramos frente a estos resultados remotos de su iniciativa, seguramente torcería un poco el gesto. Como hombre culto, no le desagradaría que se empleen sus ondas para transportar la música de preferencia a ruidos inarmónicos; pero, en todo caso, podría preguntarse si la radio no puede más o mejor dicho, si los hombres que hay tras de las radios tienen tan angosto el repertorio de los sentidos, tan reducidas la inteligencia y la agudeza crítica con que se han debido manejar en la vida, tan parcial el criterio selectivo, para haberse dejado ganar por la música en proporción rápidamente creciente. Hace algunos años, las radios trasmitían de todo y música también. Hoy trasmiten música a todas horas, música de toda laya, desde la más encumbrada hasta la más plebeya, y en medio de los resquicios que dejan las partituras intercalan avisos y noticias. El cambio es notorio. La música está triunfando.

Ahora bien, ¿qué pasa con esto de que la música gane los espacios de tiempo que se pueden conceder en las transmisiones radiales? Pasan muchas cosas que por el momento no nos interesa desentrañar. Nos limitaremos al extrañísimo fenómeno de que la música con esta nueva frecuentación que ahora tiene, ha perdido algo de su majestad primitiva porque se le han quitado el misterio y el privilegio.

El misterio. No se necesita ser viejecito de incontables años para saber que la música era como el ritual secreto de una secta. Hundidos en la penumbra de un teatro por lo común desvencijado, los auditores de la música en los años 20 de este siglo éramos como visitantes de catacumbas. La sombra nos dilataba los ojos y nos empalidecía la tez. Salfamos de la sesión con los sentidos vibrantes, excitados. El silencio parecía indispensable para reposar del rito, pero las calles nos acogían llenas de vibraciones simpáticas. Los aires escuchados en la sala tenebrosa repercutían aún en las losas del pavimento y parecían —¡oh alucinación!— perderse en las luces de la calle haciéndoles halo. Las citas, por lo demás, no eran demasiado frecuentes. Había una temporada de música circunscrita a ciertos meses del año, y sólo los profesionales tocaban todos los días.

Con aquella carga emocional a cuesta no se habría podido sobrevivir demasiado. Una dosificación prudente, sobre la cual existía acuerdo tácito entre ejecutantes y auditores, se había establecido para que los nervios volvieran a su quietud hasta la temporada siguiente. Así se conseguía recuperar el equilibrio después de la dosis, como se dice que hacen los fumadores de opio.

El privilegio. La música, además, era necesario pagarla, y nunca fue barata. La generación a que me refiero tenía acceso nada más que a la galería, en donde, según fama, se aglomeraban los más exigentes auditores. Los asientos se repletaban desde temprano. Había que tener buenos músculos para subir hasta los pisos superiores del teatro, a buscarse un huequecito y esperar a que el maestro diera la orden de partida. Los rezagados debían pisar en puntillas. Sólo las ondas balsámicas de la orquesta podían calmar la cólera que su ingrata presencia había producido a la entrada. Todos se reconocían por ciertos misteriosos emblemas colocados en el pecho o en la frente, emblemas que eran, por cierto, invisibles para los "profanos", o "filisteos", como decíamos copiando a Nietzsche.

La radio ha pulverizado estas convenciones. Rompió el misterio haciendo oír sus ondas pautadas en todas partes, y suprimió el privilegio al llevarlas a todos los oídos, fuesen los de los iniciados o fuesen los de los profanos. La radio hace oír la música en cualquier tiempo. No separa a los auditores en categorías, ni les impone gravamen alguno. Entrega su carga sonora de acuerdo con los términos de su programa, y basta poseer oídos para oír lo que ella ofrece. De allí que se haya llegado a la aberración de que se fijan amplificadores en los talleres y en las fábricas, para acompañar la tarea de los cajistas de imprentas, de las costureras y de los tejedores, así como en los almacenes, tiendas y restaurantes, para aliviar a quienes envasan, miden, despachan y sirven. Se trata, desde luego, de una aberración simpática y no censurable. Si le damos ese nombre es sólo porque parece haber cierta incompatibilidad de fondo entre el trabajo normal y la actitud receptiva y atenta que exige la música para la debida captación de todos sus matices, sin duda los más sutiles de entre las artes.

En ese ambiente de catacumba que recordamos al comenzar, había un instante sobre manera solemne. Cuando aparecía el director en la escena y, apoderándose de la batuta, la esgrimía como para tomarle el peso y la dejaba caer en el atril para imponer silencio, la sala entera se sumía en el recogimiento. Con el primer golpe de anestésico cesaban las charlas y se adoptaba una postura conveniente para no tener que proceder más tarde a cambios ingratos para los vecinos. Pero no era eso todo. El maestro hacía callar también a los instrumentos, que estaban desde antes emitiendo notas sueltas, rápidos acordes. Era preciso el silencio absoluto en sesenta ejecutantes y en dos mil auditores, para que la partitura echara a caminar.

Todos estos preliminares, indispensables para lograr el recogimiento adecuado a la recepción pasiva, los ha suprimido brutalmente la radio. En los programas de ésta la música entra sin ceremonia alguna de preparación. El rito ha sido amputado. Hoy se escucha música como se bebe el agua, porque el agua es inocua. Antes se la oía con precauciones, porque había el consenso tácito pero unánime de que no era totalmente inocua y, por lo tanto, precisaba administrarla con cautela. ¿Se podría decir que los auditores de hoy, indiferentes, frívolos, las manos y los sentidos ocupados en una labor que la música no interrumpe, son mejores oyentes que los de ayer?

Roto el misterio, suprimido el privilegio, abiertas las puertas a todos, sin pagar entrada ni sufrir la imposición de ciertos ritos, quienes oyen son incontables millones, sin que tal vez por eso hayan aumentado grandemente los que "perciben" el mensaje musical, los que adivinan, los que interpretan aquellos tímidos balbuceos de la partitura que el ejecutante eleva al nivel de los sentidos prontos y ágiles.

## PERIODISMO CATASTRÓFICO

LA LECTURA continuada, persistente, de los diarios, nos da con frecuencia una imagen un tanto catastrófica de la vida colectiva. Se informa en ellos de incendios, suicidios, choques de ferrocarril, caídas de aviones, y no se omite pormenor alguno relativo a las víctimas, sobre todo si ellas pertenecen a los dos extremos de la existencia: los grandes hombres y los niños, de quienes nada puede predecirse. Si el tren que corre todos los días entre dos ciudades sale a la hora fijada y llega al término de su recorrido sin alteración alguna, no hay noticia; pero si en el camino sobreviene un percance y hay muertos y heridos, la noticia se produjo y pasa en el acto a los diarios. En la sección llamada vida social suele darse cuenta de hechos placenteros, como el nacimiento de las criaturas, el matrimonio y el viaje feliz de los recién casados; pero esas noticias generalmente se publican en forma muy recatada, casi tímida, en letra pequeña, sin títulos llamativos; y es notorio que para obtenerlas el personal de los periódicos no ha llevado a cabo esfuerzos de investigación ni de exploración en ningún sentido. En muchos casos, las noticias de vida social no son tales sino simples participaciones, pues emanan de las familias interesadas en hacer saber el nacimiento de un nuevo hijo o la muerte de uno de los suyos, con el objeto de que a estos acontecimientos se unan, en visitas de regocijo o de duelo, los amigos próximos o distantes.

Más allá, en casi todas las demás secciones del diario, prevalecen los sucesos extraordinarios, las rarezas, los acontecimientos no previstos o que en algún grado han interrumpido la normalidad de las cosas. Si los barcos que van de Inglaterra a Estados Unidos cumplen su ruta y entregan a sus pasajeros sin molestia en el puerto de destino, la noticia interesa poco y puede inclusive ser omitida; pero si chocan contra un iceberg, como el *Titanic*, o embisten a otra nave, como el *Andrea Doria*, la noticia da la vuelta al mundo y conmueve hasta las lágrimas a los seres más lejanos. El nacimiento de un ternero en la majada bien poco tiene de particular; pero si el ternero presenta cinco patas o dos cabezas, no faltará diario ingenuo que dé la noticia como si revistiese importancia cósmica. Lo que vale para la vida interna de una nación vale también para las demás en sus relaciones oficiales. Si entre Francia y Alemania existe paz, no hay noticia; el

caudal noticioso comienza cuando, como ha sido tan frecuente en la historia, aquellas dos grandes naciones entran en conflicto y colocan frente a frente sus ejércitos con ánimo de que uno aniquile el otro.

Debe notarse que en la vida de los periódicos suele hacerse descollante la tarea de algunos corresponsales, a quienes se delega en sitios remotos para "cubrir" la novedad, y por lo común quienes mejor nombradía adquieren dentro del gremio son los corresponsales de grandes catástrofes, especialmente los de guerra. Suelen pasar tribulaciones que ponen a prueba su paciencia y su amor al oficio, y algunos han perdido la existencia en aventuras que salían de lo común y que honran por cierto al gremio en conjunto. En todo caso, queda en claro que a los diarios, en términos generales, sea cual fuere el idioma en que se compongan, les llaman mucho la atención los sucesos extraordinarios, de los cuales se hace caudal en llamativas informaciones, adornadas con fotografías tanto más preciadas cuanto más imprevistas y espontáneas sean.

Esta difusión de los hechos excepcionales, no pocas veces llamados a producir explosiones emotivas, caracteriza a la prensa como agente psicológico en la formación de estados colectivos de ánimo. El mundo moderno es tanto más consciente de sus valores desde que la prensa le proporciona noticias sin cesar, durante las veinticuatro horas del día. Es satisfactorio tomar nota, por ejemplo, cómo ante el rapto del chico de Lindbergh, su desaparición y su muerte, vastas multitudes de madres, dispersas en todos los continentes, elevaban preces para pedir la pronta aparición del niño, mientras que no se tuvo la certidumbre de que había muerto, y para impetrar el pronto castigo de los culpables una vez que aquel trágico desenlace se patentizó como hecho. Sobre el mundo, materialmente muy tosco en sus contornos físicos, se ha trabado una red sutil de prolongaciones nerviosas que comunican, a la distancia, las grandes emociones de la vida humana, y es la prensa la que está proporcionando constantemente sustancias vitales para que esa red siga palpitando.

Uno de los rasgos más nobles que cabría destacar en la prensa es precisamente la hermandad supranacional de emoción y de sentimiento creada con sus apariciones. Uniendo vibraciones dispersas, que aisladamente nada habrían significado, forma cada día la conciencia de la humanidad entera, o por lo menos de grandes grupos dentro de ésta, conciencia que juzga de ciertos hechos en

el propio grado que le franquea la literatura periodística y que a los diarios también toca, en alguna medida, guiar y fomentar.

A propósito de la información lograda a través de los diferentes órganos que tienen el propósito de servirla —prensa, radio, televisión, cine...—, conviene advertir que sigue teniendo la primacía el periodismo impreso, como se ve por la ninguna mella que en su circulación han logrado hacer, a la larga, quienes aparécían, de primera intención, competidores. La explicación nos la dará el gran Georges Duhamel, quien además de médico es periodista muy distinguido. En uno de sus artículos, *Problemas de la información*, el académico francés decía:

El periódico continúa siendo el órgano de información por excelencia, y la radio, reconociéndolo día y noche, sugiere a su público, para conocer mayores detalles, que acuda a su diario habitual... En realidad, no se trata sólo de pormenores. Lo propio del periódico, de la hoja impresa, es el permitir la repetición: quien no ha comprendido al vuelo las palabras del locutor de la radio, no puede pedirle que las vuelva a repetir. Pero si tiene ante sus ojos su periódico favorito, le es muy fácil leer y releer diez veces el artículo o el fragmento de artículos que retiene su interés.

Se nos permitirá aducir estas palabras del gran escritor francés para dejar en claro, al paso, la eximia responsabilidad que contrae el periodista con su público, pues de la adhesión que éste muestra a su diario nacen también el creer en la información que allí se da y el reputarla suficientemente firme como para cimentar en ella conceptos y aun doctrinas y teorías.

Pero a fuerza de leer hechos desapacibles, noticias de sangre, informaciones acerca de catástrofes que interrumpen la vida cotidiana desarrollada dentro de la paz y de la concordia, podría llegar el lector a preguntarse por qué la prensa muestra esta frecuentísima exhibición de los sucesos insólitos. ¿Influye en algo la voluntad mal encaminada de los periodistas? ¿Es sólo el capitalista ansioso de mayores utilidades quien mueve la atención de sus colaboradores especializados hacia la caza de los sucesos lucuosos? ¿O hay, en el espíritu humano, propensión invencible para preferir la noticia catastrófica? En este último extremo, el periodista no sería otra cosa que el *secretario de los acontecimientos*, y su papel no estaría demasiado distante del que asu-

me el notario cuando atestigua y da fe. La tarea de buscar la noticia implicaría además cierta selección íntima, a cuyo ejercicio ningún periodista podría escapar, selección que habría de terminar necesariamente dejando fuera del periódico las noticias gratas y los sucesos apacibles para incorporar en él sólo los hechos tremendos.

Continuemos indagando, si la verdad no se entrega con esta sola pesquisa. Cuando el lector desprevenido toma en sus manos la hoja fresca, recién estampada, que se le proporciona con el nombre de diario, y en ella, sin mayor esfuerzo, descubre o verifica cómo el día anterior se ha producido un accidente del tránsito en el cual han perecido tales o cuales personas, ¿qué siente? Dolor a veces por solidaridad con las víctimas y aun con los sobrevivientes; pero no a veces sino siempre curiosidad de conocer los nombres y las demás circunstancias personales de aquellos sujetos. Curiosidad para atisbar las condiciones en que se produjo el hecho; curiosidad persistente, a cada paso, letra a letra de la información, para saber quiénes eran, a dónde iban, qué buscaban, por qué viajaban o se movían o estaban quedos. Parece, pues, que hay en el espíritu humano insaciable curiosidad respecto de la vida de los demás hombres, en general y en particular, a la cual se trata de dar alimento por medio de la prensa. Y esta curiosidad, en fin, lleva a dar prominencia a las noticias donde por algún lado se hacen vibrar las fibras emotivas de la organización espiritual del ser humano.

Hay quienes creen, entre los periodistas desde luego, que por este motivo deben preferirse las noticias de sangre, ya que éstas serían las llamadas a satisfacer más abiertamente, sin deliberación previa del lector, aquella curiosidad. Se da el nombre de noticias de *interés humano* a las que en algún grado aparecen vinculadas a la sangre, lo que no pasa de ser un error de nomenclatura o de perspectiva. Todas las noticias que se incorporen en un diario poseen en idéntico grado interés humano, primero porque corresponden a las vidas de hombres distantes a quienes tal vez conocemos pero de cuya identidad con nosotros, los lectores, no nos cabe la menor duda; y en seguida porque las noticias fueron también manejadas por hombres, desde que alguien las comunicó al periódico en el sitio del suceso, hasta que la información vino a parar a manos del lector. Una red prolongada y sucesiva de esfuerzos humanos vincula, en fin, la noticia con el lector que la recorre, estudia y asimila u... olvida. Todas las noticias son humanas y ostentan calidad para emocionarnos. La

diferencia, cuando existe, es sólo de grado, no de virtud o de esencia.

Volviendo, pues, al comienzo, y aceptando que hay en los diarios cierto predominio inquietante de las noticias aviesas, cabe preguntarse qué remedio ha descubierto la prensa, a lo largo del tiempo, para contrarrestar aquella inclinación que podría llegar a ser odiosa y que en realidad lo es cuando se exagera en la llamada prensa amarilla. La triaca, a nuestro modestísimo parecer, no es otra que la redacción editorial de los diarios, que ocasionalmente aprovecha aquellas noticias aviesas para obtener de ellas lecciones estimulantes, enseñanzas, advertencias, alguna moral en suma capaz de levantar el espíritu del lector desde el bajo nivel a que podría haberlo hecho descender el alud de las noticias catastróficas.

Si nos limitamos a leer aquellos comentarios editoriales, fácil nos será advertir cómo prevalece en ellos cierta estudiada vaguedad. Las cosas se aluden, porque se da por aceptado que los lectores del diario conocen los hechos del día y no es necesario repetirlos, y a las personas no se las nombra más de lo justo y conveniente, y a veces muy poco. El comentario editorial, en suma, parece haber querido vivir en una atmósfera distante de la tierra misma, repitiendo los contornos de ésta pero atenuados y dulcificados por obra de la lejanía. Dice pero no insiste demasiado, y a veces no dice y sólo insinúa. Y entonces venimos a comprender que entre las noticias, con tanta frecuencia castastrofícas, que pueden invitar a la desolación, y el comentario editorial, intencionadamente benévolo, hay una armonía sutil. Corresponde tal vez al director ejercerla. El director de un diario es un ser humano como cualquier otro en el sentido de que nace y muere, pero algo posee de taumaturgo en el manejo de los escondidos resortes de que se vale el diario en sus cotidianas apariciones. De conocer muy bien la máquina que imprime su diario, para saber lo que ella es capaz de rendir, hasta conocer muy a fondo el espíritu de cada uno de sus colaboradores, para saber qué puede esperarse de ellos en la labor periodística, la amplitud de su registro es declaradamente enorme. Es, pues, al director a quien corresponde establecer el equilibrio y mantener a las noticias catastróficas en su marco propio, y aun para contrarrestarlas oportunamente en el comentario editorial elevado, digno, encaminado con nobleza. Da vuelo a la emoción del público lector con el titular ancho, provocativo y alarmante, pero la res-

tringe en seguida con el comentario cauto, escrito en tono reflexivo y encaminado a producir la serenidad.

Si alguna conclusión fuera posible como término de estas observaciones, ella no sería otra que poner en relieve la enorme responsabilidad de quien lleva en un periódico el título de director y quiere, dentro del ejercicio de las funciones directivas, mantenerse en el nivel deseable para que su hoja sea todo lo eficaz que pueda ser en el manejo de las emociones y de los sentimientos del pueblo a cuya masa aparece dirigida. El director no puede abandonarse inerte a la fluencia de los sucesos que le ofrece la actualidad, ni mucho menos preferir entre ellos los más odiosos, los más discordantes, los que más provoquen el sufrimiento ajeno. Buen director será quien administre con prudencia y tino el guante y el látigo, y mejor todavía aquel que dé al látigo suavidades de terciopelo. El público a que se dirige el periódico está compuesto de muchos niveles diferentes de cultura. Apelar sólo al más bajo podría parecer, numéricamente, lo deseable; apelar al más elevado llevaría sin duda al diario a disfrutar de tan pequeña circulación, que pronto habría de verse extinguido por la competencia. Pero como todos los lectores de los diarios son seres humanos y forman parte de una sola comunidad nacional, con determinadas tradiciones y costumbres, no es difícil distinguir cuánto tienen de común todos, por su condición humana primero y por su ser nacional en seguida. El director del diario tiene ancho campo en el cual operar, a condición de que no se vea —¡él también!— arrastrado a creer, de buenas a primeras, que los hechos de sangre son más interesantes que los descubrimientos de la ciencia y que los horrores de la guerra han de ser necesariamente preferibles a los sucesos de la paz.

Si alguna conclusión fuera posible, ella pues podría ser tornar la mirada al carácter ecuménico asumido por el diario para que todos los servidores de la prensa no lo olviden y se mantengan en fin a su servicio en cualquiera de las funciones que el periodismo les lleve a desempeñar.

## BREVE HISTORIA DE UNA "ANTOLOGÍA POÉTICA"

EL POETA serenense Fernando Binvignat me escribe para pedirme noticias de una *Antología poética* de Rubén Darío, que publiqué hace años. No se halla en las librerías de su ciudad; he podido comprobar que tampoco se encuentra en las de Santiago. Veo nuevamente los últimos catálogos de la empresa editora que la publicó, y observo a mi turno que no se la menciona. ¿Por qué? Si hubiera ejemplares, un elemental espíritu de lucro llevaría a aquellos editores a ofrecerla. Los libros se publican para eso, no para que se queden guardados en las bodegas a esperar que los devoren los ratones. En suma, la famosa *Antología* está agotada...

Y, en efecto, a eso ha llegado, pero no sin algunas peripecias. Desde luego, puedo notar que de ella se hicieron dos tiradas por lo menos, la primitiva u original, y otra poco más tarde, para responder al agotamiento de aquélla, sobre planchas de fototono, procedimiento de impresión que permite eliminar la nueva composición del libro. Es decir, que desde el principio gozó de cierto éxito.

Cuando se publicó la primera vez, en junio de 1936, existía en ciertos editores nacionales el convencimiento de que la poesía no era rubro de venta. Me propuse demostrar que había allí un error, y a mi instancia se creó la categoría de *Antologías poéticas* en que conforme al programa que tracé, deberían publicarse sendos florilegios de los principales poetas americanos, españoles y chilenos de todos los tiempos. Se preferiría a los muertos, a fin de evitar lo que Menéndez y Pelayo llamaba con tanta agudeza "las impertinencias de los vivos". De esa manera se podía seleccionar mejor, y se podía proceder sobre seguro. Esta última reserva es, como se comprenderá, la más importante en el negocio editorial. No gastar dinero en ensayos baldíos, es la mejor manera de obtener buenas utilidades. Y tal era el caso con poetas que disfrutaban y disfrutaban de amplísima popularidad en la lengua española.

La publicación de la *Antología*, con su agotamiento en poco tiempo y la necesidad de hacer una nueva tirada, fue prueba contundente de que aquel convencimiento era erróneo. Y no es raro que lo sea. Los editores, como son comerciantes, no tienen por qué saber cuál es la sensibilidad literaria ambiente. Los es-

critores, en cambio, la conocemos. Más aún: tenemos que contar siempre con ella, salvo que no nos agrada que nos lean, extremo que sólo se registra para los efectos lógicos, es decir, para llegar al absurdo. Los escritores escribimos para que se nos lea, y no para quedar inéditos. Sin embargo, los editores, que propenden a sentirse infalibles en esto de gustos, no pocas veces nos salen con apotegmas infalibles y con sentencias que son para dejarnos tiesos. "La poesía no se vende" era el apotegma de moda en los días de que hablo, es decir, en 1936. La venta de varios miles de ejemplares de la *Antología poética* de Rubén Darío, fue la respuesta a aquella vana palabra...

Como sabe mi ilustrado amigo Binvignat, yo venía trabajando en Rubén Darío de varios años a esa parte. Había explorado en la prensa chilena de 1886 a 1889 en busca de producciones del poeta, y con las que tuve la fortuna de encontrar formé en 1934 las *Obras desconocidas*, vale decir: trescientas y tantas páginas de prosa y de verso con la firma de Darío que hasta esa fecha no habían considerado sus críticos. Más todavía: sobre la base de aquella nueva documentación pude cimentar el diagnóstico de que "el Modernismo había nacido en Chile", ya que de 1886 son las primeras manifestaciones propiamente "modernistas" de Darío y de 1888 la publicación del *Azul*... en Valparaíso. Con estos modestos trabajos me había adherido yo a la falange de escritores chilenos que tenían a Darío como tema. Francisco Contreras fue autor de una biografía completa de Rubén. Arturo Torres-Rioseco le había dedicado su tesis de doctorado en los Estados Unidos. Armando Donoso, la recopilación de las *Obras de juventud*, y Roberto Meza Fuentes, Julio Saavedra Molina y otros escritores más, estudios y monografías de variada índole.

En la *Antología poética*, hoy agotada, se dio cabida a las producciones del poeta en orden cronológico. No se pudo precisar entonces el de todas ellas, pero sí el de las principales. Julio Saavedra Molina no había llevado a cabo todavía su formidable exploración bibliográfica, que ha datado muchas composiciones de fecha incierta; ni Arturo Marasso, erudito argentino, había publicado su extraordinario libro sobre la creación poética de Darío. En suma, la ordenación se produjo conforme las fechas de edición de los principales libros de nuestro poeta, y para las de data incierta, se abrió un capítulo final. De este modo, pare-

cía acabado el intento de señalar la forma en que el poeta evolucionó desde los años juveniles hasta los de la madurez. El libro gana calidad a medida que se pasan las páginas, y seduce más al final, cuando el poeta se mostraba más maduro y más dueño de su instrumento. ¿No ha dicho Rilke que para que el poeta sepa escribir poesía es preciso que haya vivido mucho? Esta bella ley psicológica se cumplió de modo admirable en Darío. Es verdad que algunas poesías suyas del final son deformes. pero también lo es que la trayectoria del creador no fue de las más despejadas. La disolución orgánica se manifestó en él, antes que en el cuerpo y en la vida de relación, en la creación literaria misma.

En suma, el agotamiento de aquella *Antología* no me sorprendió. Todo lo contrario: lo había previsto, pues al insistir en que el libro se publicara me proponía nada menos que contrarrestar el severo dictamen ya referido: "La poesía no se vende..."

Por lo demás, como sabe mi querido poeta, este dictamen ha sido una especie de lugar común de muchos editores. A Zola, por ejemplo, que estando de muchacho trabajando en la casa Hachette, le había dado por hacer versos, se le cortó el aliento cuando sus patrones repudiaron el conjunto por él formado, con el mismo gélido apotegma:

—Los libros de versos no se venden... Escriba prosa.

Y lo decían, ¡asómbrense todos los escritores!, en los mismos días, en los propios años en que los más grandes éxitos literarios de Francia se cifraban tanto en la prosa como en la poesía, y tal vez más en ésta. Víctor Hugo, sin ir más lejos, hacía temblar a la crítica de varias lenguas con los últimos soplos huracanados de su altanera poesía, y los grandes triunfos de Musset, Lamartine y Vigny no estaban tan distantes como para ser cosa olvidada. Con aquel consejo, se dice que Zola derivó de una vez para siempre a la novela. Es posible. Lo que en todo caso queda en pie es que el editor que se atreve a proclamar que la poesía "no se vende", ni sabe vender ni menos sabe lo que es la poesía, perezca embeleso del espíritu humano.

Pero en la historia de la *Antología* sobre cuya suerte me ha consultado el amigo Binvignat queda todavía un rasgo, menudo si se quiere, pero sabroso.

Deben entender los editores argentinos, a diferencia de los

nuestros, que "la poesía se vende", porque en Buenos Aires se publicó una edición clandestina de la *Antología poética* de Rubén Darío. Y no sólo clandestina, sino fraudulenta en todo y por todo. Desde luego, sin pie de imprenta, sin año de edición y... sin el nombre del antologista. Todos estos "sin" aparecen contrastados por un soberbio y macizo "con": la edición bonaerense, por desdicha para mí, enemigo nato de las erratas, contiene disparates de impresión que torturan el sentido de algunos versos y destruyen la armonía fluente de otros. El editor que apechugó con este libro era, como se ve, bastante desaprensivo, pero en todo caso debe haber creído que el libro se iba a vender cuando cortando por lo sano lo prohibió bajo la extraña sigla de *Ediciones Chadopyf*.

Ahora bien, la supresión del nombre del antologista, que era, parece, una de las condiciones para poder hacer aquella tirada, fue tan mal fraguada como se verá en seguida. Al iniciarse una de las porciones de la *Antología* había puesto yo: "En 1934 recopiló el mismo autor de esta selección una serie de obras, en prosa y verso, escritas por Rubén Darío en Chile entre 1886 y 1889. De ellas, y de otras del mismo tiempo, se escogen las mejores para esta *Antología*." Suprimido el nombre del autor de la *Antología*, aquella nota debió desaparecer. Si quedaba, se estaba señalando en forma inequívoca la fuente de la fraudulenta publicación. Pues bien, la nota quedó, como permanente muestra no tanto del descuido de la edición Chadopyf como del origen de la *Antología* misma, de la patria y de la persona de su autor y de la obra paciente de descubrimiento de las publicaciones poco conocidas de Darío que aquél había venido realizando.

Ligado como he estado, en varias ocasiones, al negocio editorial, se me permitirá que alegue en defensa de los derechos de los autores, a veces desconocidos en las oficinas de las empresas editoras. Se comprende que no se reediten los libros de circunstancia, ciertos panfletos políticos que responden a motivos ambientales que pronto caducan; y es perfectamente legítimo que el editor no vuelva a publicar un libro que le costó mucho vender, o que fue objeto de serias críticas adversas. Hay una ética editorial como en cualquiera otra industria, profesión u oficio, con normas más o menos obligatorias. Una de ellas podría ser que si un libro se vende, es de buen tino comercial disponer siempre de ejemplares para que se le compre. De no ser así las cosas, el

mejor editor sería aquel que publicara un catálogo reducido a la menguada hoja donde cupiera una sola leyenda: "Todos los libros de esta empresa editora se hallan agotados." Pero si esto fuera posible, también lo sería el almacén —la librería para el caso— cuyos anaqueles se mostraran todos vacíos, y en donde los vendedores (¿de qué?) le dijeran a cada visitante:

—Perdone usted, señor: nuestro éxito ha sido tan grande, que nada tenemos a la venta. Vaya usted con Dios.

Estas verdades gruesas como puños no han sido oídas por nuestros editores, y por eso el poeta Binignat no encuentra en La Serena la *Antología poética* de Rubén Darío de que soy autor, publicada en 1936, reeditada poco después y víctima, en fin, de un revelador atentado de publicación clandestina, en Buenos Aires. Nuestros editores siguen creyendo que el mejor catálogo es el que ofrece sólo títulos agotados, y la mejor tienda la que nada puede ceder al comprador ansioso de adquirir. . .

Y esto, aun cuando se disfrace como se quiera, interesa a los escritores. Volviendo al punto de partida, si el escritor escribe para que sus producciones sean conocidas de aquella fracción del público a quien potencialmente interesan, ¿cómo puede declararse satisfecha la ambición del escritor si sus libros no se reeditan una vez agotados? Para la historia literaria debe registrarse el hecho ciertamente asombroso de que cuando Gabriela Mistral recibió el Premio Nobel, en noviembre de 1945, no circulaba en Chile ninguno de sus libros, y particularmente no existían a la venta ejemplares de *Desolación*. Todos, agotados, no habían sido reimpresos. . . ¡Tal vez porque los editores han seguido creyendo, después de 1936, que "la poesía no se vende"!

## ÍNDICE

### ESTAMPAS LITERARIAS

Cien años de Martín Rivas . . . . .	9
Pedro Antonio González . . . . .	17
Doña Amalia y doña Blanca . . . . .	31

### ESTAMPAS HISTÓRICAS

O'Higgins junto al arado . . . . .	43
San Martín glorificado en Chile . . . . .	51
Dos notas sobre Portales. . . . .	61

### ENSAYOS POLÍTICOS

Estados Unidos y desunidos. . . . .	73
La historia y la geografía, 74; Lo que enseña la biología, 75; Las causas telúricas, 76; Nuevas nacionalidades, 78	
Oligarquía y democracia . . . . .	80
Peligros de la efebolatría . . . . .	95

### NUESTRA LEYENDA NEGRA

Verdejo y anti-Verdejo . . . . .	103
El latifundio chileno . . . . .	107
¿Quién habla bien el español? . . . . .	114
¡No más roto chileno! . . . . .	117

### REMEMORANDO

Años de vida en <i>El Mercurio</i> . . . . .	123
El director, 124; Algunos personajes, 125; En la crónica, 126; Aparece don Agustín, 128; En otros rincones, 130; Con la voz de Stentor, 132; Algunas ilusiones fallidas, 134; Frente al portillo de la colmena, 135; Equilibrio y prudencia, 137; Balance de una vocación, 139; La gran familia, 140	

Recuerdo de <i>Atenea</i> . . . . .	142
-------------------------------------	-----

## PEQUEÑOS ENSAYOS

El coro de la canción nacional . . . . .	155
Indumentaria cursi y teatro experimental. . . . .	157
El humor en Pedro Prado . . . . .	162
Gracias y desgracias de la oratoria. . . . .	167
Lo que esconde la sonrisa . . . . .	173
Por la razón o la fuerza . . . . .	176
Elogio de la locura . . . . .	179
Recuerdos de un ritmo antiguo . . . . .	181
Periodismo catastrófico . . . . .	185
Breve historia de una <i>Antología poética</i> . . . . .	191

Este libro se acabó de imprimir el día 24 de agosto de 1968 en los talleres de Gráfica Panamericana, S. de R. L., Parroquia 911, México 12, D. F., siendo Director del FCE el licenciado Salvador Azuela. Se tiraron 3 000 ejemplares y en su composición se utilizaron tipos Baskerville 10:11 y 8:9 puntos. La edición estuvo al cuidado de *Carlos Villegas.*

**Nº 0118**

